



el arretrato
de Lol V.
Stein

MARGUERITE
DURAS

Lectulandia

Todos saben que la extraña locura de Lol V. Stein tuvo su inicio en la sala de baile del casino municipal de T. Beach, donde su prometido sucumbió al hechizo de otra mujer. Todos piensan que Lol, quien asistió impávida al prolongado abrazo de ambos, no pudo resistir el abandono, el desamor. Todos se equivocan.

Han pasado diez años. Lol V. Stein se ha casado, se ha ido a vivir muy lejos, ha tenido hijos y parece completamente restablecida de su pasada postración. Ahora vuelve a S.Tahla, su ciudad natal, por donde realiza diariamente largos paseos. Allí reencuentra a Tatiana Karl, una antigua amiga de la infancia. A través de ella y de su amante, Jacques Hold —narrador de esta historia—, Lol intentará reconstruir las piezas del drama de amor absoluto e imposible que provocó su arrebató aquella noche de baile, en el casino de T. Beach.

Lectulandia

Marguerite Duras

El arretrato de Lol V. Stein

ePub r1.1

Titivillus 26.07.15

Título original: *Le ravisement de Lol V. Stein*
Marguerite Duras, 1964
Traducción: Ana María Moix
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Lol V. Stein nació aquí, en S. Tahla, y aquí vivió durante gran parte de su juventud. Su padre era profesor en la Universidad. Tiene un hermano nueve años mayor que ella —nunca lo he visto—, dicen que vive en París. Sus padres murieron.

No he oído decir nada acerca de la infancia de Lol V. Stein que me haya sorprendido, ni siquiera a Tatiana Karl, su mejor amiga durante los años de colegio.

Bailaban las dos, los jueves, en el patio vacío. No querían salir en fila como las demás, preferían quedarse en el colegio. A ellas se les permitía hacerlo, dice Tatiana, eran encantadoras, sabían pedir ese favor mejor que las demás, se les concedía. ¿Bailamos, Tatiana? En un edificio vecino una radio tocaba bailes pasados de moda —una emisión para el recuerdo— con los que se contentaban. Ausentes las celadoras, solas en el gran patio donde esos días, entre bailes, se oía el ruido de las calles, vamos, Tatiana, va, ven, Tatiana, bailemos, ven. Eso es lo que sé.

También esto: Lol conoció a Michael Richardson a los diecinueve años, una mañana, en el tenis, durante las vacaciones escolares. El tenía veinticinco años. Era hijo único de unos grandes terratenientes de los alrededores de T. Beach. No hacía nada. Los padres autorizaron la boda. Debía de hacer seis meses que Lol estaba prometida, la boda debía celebrarse en otoño, Lol acababa de dejar definitivamente el colegio, pasaba las vacaciones en T. Beach cuando tuvo lugar el gran baile de la temporada en el Casino municipal.

Tatiana no cree que el famoso baile de T. Beach tuviera un papel preponderante en la enfermedad de Lol V. Stein.

Según Tatiana Karl, los orígenes de esta enfermedad se remontan a mucho antes, mucho antes incluso de su amistad. Estaban ahí, en Lol V. Stein, incubados, pero sin llegar a exteriorizarse debido al gran afecto que siempre la había rodeado en su familia y luego, a continuación, en el colegio. En el colegio, dice, y no era la única en pensarlo, a Lol ya le faltaba algo para estar —dice: ahí—. Daba la impresión de soportar con un sosegado fastidio a una persona a quien debía parecerse pero de la que se olvidaba a la menor ocasión. Aureola de dulzura, se descubrió muy pronto que también de indiferencia, nunca pareció sufrir ni sentirse apenada, nunca se le vio una lágrima de muchacha. Tatiana también dice que Lol V. Stein era bonita, que en el colegio se la disputaban, aunque se te escurría de entre las manos como el agua, porque lo poco que retenías merecía el esfuerzo. Lol era divertida, burlona impenitente y muy aguda aunque una parte de sí misma estuviera siempre ida lejos de ti y del momento presente. ¿Dónde? ¿En los sueños adolescentes? No, responde Tatiana, no, diríase que en nada aún, exactamente, en nada. ¿Era el corazón el que no estaba ahí? Tatiana tiende a creer que quizá fuera, en efecto, el corazón de Lol V. Stein lo que no estaba ahí —dice: ahí—; sin duda llegaría, pero ella no lo conoció. Sí, al parecer era esa zona del sentimiento lo que, en Lol, se diferenciaba de los demás.

Cuando corrió el rumor del noviazgo de Lol V. Stein, Tatiana sólo creyó la noticia a medias: ¿a quién habría podido descubrir Lol que fuera capaz de retener toda su atención?

Al conocer a Michael Richardson y ser testigo de la loca pasión que Lol le produjo, quedó trastornada pero, sin embargo, le quedó una duda: ¿no convertía Lol en un fin su corazón inacabado?

Le pregunté si la crisis de Lol, más tarde, no le proporcionó la prueba de que se equivocaba. Me repitió que no, que creía que esa crisis y Lol no eran sino una misma cosa desde siempre.

Ya no creo en nada de cuanto dice Tatiana, no estoy seguro de nada.

He aquí desarrollados, mezclados, a la vez, esa falsa semblanza expuesta por Tatiana Karl y lo que yo invento acerca de la noche del Casino de T. Beach. A partir de todo ello contaré mi historia de Lol V. Stein.

No quiero conocer ni contar tampoco, o apenas, ni siquiera según su cronología, los diecinueve años que han precedido a esta noche, aunque encubran un minuto mágico durante el que debí de conocer a Lol V. Stein. No quiero porque la presencia de su adolescencia en esta historia correría el peligro de atenuar un poco a ojos del lector la agobiante actualidad de esta mujer en mi vida. Voy, pues, en su busca, la cojo, ahí donde creo que debo hacerlo, en el momento en que creo que empieza a moverse para venir a mi encuentro, en el preciso momento en que las últimas en llegar, dos mujeres, franquean la puerta del salón de baile del Casino municipal de T. Beach.

La orquesta dejó de tocar. Terminaba un baile.

La pista se había vaciado lentamente. Estaba vacía.

La mujer de más edad se había rezagado un instante para contemplar la concurrencia, luego se había vuelto sonriendo a la joven que la acompañaba. Esta, sin lugar a dudas, era su hija. Las dos eran altas, de constitución similar. Pero si la joven aún se avenía con torpeza a esta alta estatura, a esta estructura un tanto dura, su madre llevaba tales inconveniencias cual los emblemas de una oscura negación de la naturaleza. Su elegancia, en reposo y en movimiento, cuenta Tatiana, inquietaba.

—Estaban en la playa esta mañana —dice Michael Richardson, el novio de Lol.

Se había quedado inmóvil, había contemplado a las recién llegadas, después se había llevado a Lol hacia el bar y hacia las verdes plantas de la sala.

Ellas habían atravesado la pista y se habían dirigido hacia la misma dirección.

Lol, sumida en la inmovilidad, había visto, al igual que él, avanzar esta gracia en abandono, encorvada, de pájaro muerto. Era flaca. Debía de serlo desde siempre. Había vestido esta delgadez, recordaba claramente Tatiana, con un traje negro de doble forro de tul igualmente negro, muy escotado. Se gustaba así arreglada y

vestida, y lo estaba a su antojo, irrevocablemente. Se adivinaba la admirable osamenta de su cuerpo y de su rostro. Igual que aparecía, igual, en adelante, se extinguía, con su cuerpo deseado. ¿Quién era? Se supo más tarde: Anne-Marie Stretter. ¿Era hermosa? ¿Qué edad tenía? ¿Qué sabía ella que los demás ignoraban? ¿Por qué caminos misteriosos había llegado a lo que aparecía como un pesimismo alegre, clamoroso, una sonriente indolencia de la ligereza de un matiz, de una ceniza? Al parecer tan sólo una audacia penetrada de sí misma la mantenía en pie.

Y cuán graciosa resultaba ésta, igual que ella. Su caminar mullido las llevaba a ambas aparejadas a donde quiera que fueran. ¿Adónde? Nada podía ya sucederle a esta mujer, pensó Tatiana, ya nada, nada. Sólo el fin, pensaba.

¿Había mirado a Michael Richardson al pasar? ¿Lo había barrido con esa no mirada que paseaba por el baile? Era imposible saberlo, es imposible saber cuándo, por consiguiente, empieza mi historia de Lol V. Stein: en ella, la mirada —de cerca se comprendía que ese defecto provenía de una decoloración penosa de la pupila— se alojaba en toda la superficie de los ojos, resultaba difícil captarla. Iba teñida de pelirrojo, quemada de rojo. Eva marina que la luz debía afean.

¿Se reconocieron cuando pasó cerca de él?

Cuando Michael Richardson se volvió hacia Lol y la invitó a bailar por última vez en su vida, Tatiana Karl lo había sorprendido pálido de repente y bajo el impacto de una súbita preocupación tan invasora que supo que, también él, había reparado perfectamente en la mujer que acababa de entrar.

Sin duda, Lol percibió ese cambio. Diríase que se sentía transportada ante él, sin temerlo y sin haberlo temido nunca, sin sorpresa, la naturaleza de ese cambio parecía resultarle familiar: concernía a la propia persona de Michael Richardson, traicionaba a quien Lol había conocido hasta aquel momento.

El había cambiado. Todo el mundo podía comprobarlo. Comprobar que ya no era el que creían. Lol lo contemplaba, lo contemplaba cambiar.

Los ojos de Michael Richardson se habían iluminado. Su rostro se había afianzado en la plenitud de la madurez. En él se leía el dolor, pero el viejo, el de la edad primera.

En cuanto se le veía así, se comprendía que nada, ninguna palabra, ninguna violencia en el mundo había sido la causa del cambio de Michael Richardson. Que ahora estaría obligado a vivirlo hasta el final. La nueva historia de Michael Richardson empezaba ya a nacer.

En Lol, esta visión y esta certidumbre no parecían ir acompañadas por el sufrimiento.

Tatiana también la encontró cambiada. Acechaba el acontecimiento, abrigada su inmensidad, su precisión de relojería. De haber sido el agente mismo no sólo de su llegada sino también de su éxito, Lol no se hubiera sentido más fascinada.

Bailó una vez más con Michael Richardson. Fue la última vez.

La mujer estaba sola, un poco apartada del buffet, su hija se había reunido con un

grupo de conocidos junto a la puerta del baile. Michael Richardson se dirigió hacia ella con una emoción tan intensa que asustaba pensar que pudiera ser rechazado. Lol, pendiente, también esperó. La mujer no rehusó.

Habían salido a la pista de baile. Lol los había contemplado, una mujer muy vieja cuyo corazón está libre de todo compromiso contempla así a sus hijos mientras se alejan, parecía amarles.

—He de invitar a bailar a esta mujer.

Tatiana lo vio claramente comportarse en su nueva faceta, avanzar, como hacia el suplicio, inclinarse, esperar. Ella frunció ligeramente las cejas. ¿Lo había reconocido, ella también, por haberle visto esta mañana en la playa y sólo por eso?

Tatiana había permanecido junto a Lol.

Lol, instintivamente, había dado algunos pasos en dirección a Anne-Marie Stretter al mismo tiempo que Michael Richardson. Tatiana la había seguido.

Y entonces vieron: la mujer entreabrió los labios para pronunciar nada, sumida en la maravillosa sorpresa de ver el nuevo rostro de ese hombre entrevisto por la mañana. En cuanto la mujer estuvo en sus brazos, Tatiana comprendió, por su repentina torpeza, por su expresión atontada, petrificada por la rapidez de la irrupción, que el desconcierto que lo había invadido acababa de prender en ella.

Lol había vuelto a situarse detrás del bar y de las plantas verdes; junto a Tatiana.

Habían bailado. Bailaron más. El, con la mirada fija en un punto desnudo de su hombro. Ella, más baja, no miraba sino a la lejanía del baile. No hablaban.

Finalizado el primer baile, Michael Richardson se había acercado a Lol como siempre había hecho hasta entonces. Había en sus ojos la súplica de una ayuda, de un consentimiento. Lol le sonrió.

Después, al final del baile que había seguido, no fue al encuentro de Lol.

Anne-Marie Stretter y Michael Richardson no se habían vuelto a separar.

A medida que avanzaba la noche, parecía las posibilidades de sufrir que Lol pudiera tener habían incluso disminuido, que el sufrimiento no había encontrado en ella dónde deslizarse, que había olvidado el viejo álgebra de las penas de amor.

Con las primerísimas luces del alba, terminada la noche, Tatiana había visto cómo habían envejecido. Aunque Michael Richardson fuera más joven que aquella mujer, la había igualado y juntos los tres —con Lol—, habían acumulado años, muchos años, cientos de años, esa edad adormecida en los locos.

Hacia esa misma hora, bailando, hablaron, algunas palabras. Durante las pausas, siguieron absolutamente callados, en pie uno al lado del otro, manteniéndose a distancia de los demás, siempre a la misma distancia. Salvo sus manos unidas durante el baile, ya no volvieron a acercarse más de lo que hicieron la primera vez, cuando se miraron.

Lol permaneció allí donde el acontecimiento la había sorprendido al entrar Anne-Marie Stretter, tras las plantas verdes del bar.

Tatiana, su mejor amiga, permaneció también allí, acariciando su mano posada en

una mesita, bajo las flores. Sí, fue Tatiana quien había tenido ese gesto de amistad a lo largo de la noche.

Con la aurora, Michael Richardson había buscado a alguien con la mirada hacia el fondo de la sala. No había descubierto a Lol.

Hacía ya mucho rato que la hija de Anne-Marie Stretter había desaparecido. Al parecer, su madre no había advertido su partida ni su ausencia.

Sin duda, Lol, al igual que Tatiana, al igual que ellos, aún no había tenido en cuenta ese otro aspecto de las cosas: su final al llegar el día.

La orquesta dejó de tocar. El baile parecía casi vacío. Sólo quedaban algunas parejas, la suya y, detrás de las plantas verdes, Lol y esa otra joven, Tatiana Karl. No se habían dado cuenta de que la orquesta había dejado de tocar: en el momento en que hubiera debido volver a empezar, como autómatas, se habían vuelto a unir, sin percatarse de la inexistencia de la música. Fue entonces cuando los músicos pasaron ante ellos, en fila india, con sus violines encerrados en sus fúnebres cajas. En vano hicieron un gesto para retenerles, para hablarles.

Michael Richardson se pasó la mano por la frente, buscó alguna señal de eternidad en la sala. La sonrisa de Lol V. Stein, en aquel momento, lo era, pero no la vio.

Se habían contemplado silenciosamente, largamente, sin saber qué hacer, cómo salir de la noche.

En aquel momento, una mujer de cierta edad, la madre de Lol, había entrado en el baile. Injuriándoles, les había preguntado qué habían hecho con su hija.

¿Quién pudo haber advertido a la madre de Lol de lo que sucedía en el baile del casino de T. Beach aquella noche? No fue Tatiana Karl, Tatiana Karl no había abandonado a Lol V. Stein. ¿Había llegado por propia iniciativa?

Buscaron en torno suyo a quien merecía tales insultos. No contestaron.

Cuando la madre descubrió a su hija detrás de las plantas verdes, una modulación quejumbrosa y tierna invadió la sala vacía.

En cuanto su madre llegó hasta Lol y la tocó, Lol se despegó por fin de la mesa. Sólo en ese instante comprendió que un final, aunque confusamente, se dibujaba, sin aún distinguir cuál sería. La pantalla de su madre, entre ellos y ella, constituía la señal precursora. De la mano, con mucha fuerza, la tiró al suelo. El lamento sentimental, cenagoso, cesó.

Lol gritó por vez primera. Entonces unas manos se posaron de nuevo alrededor de sus hombros. No las reconoció en absoluto. Evitó que cualquiera tocara su rostro.

Comenzaron a agitarse, a avanzar hacia las paredes, buscando imaginarias puertas. La penumbra de la aurora era la misma dentro y fuera de la sala. Por fin encontraron la dirección de la verdadera puerta y habían empezado a dirigirse muy lentamente en esa dirección.

Lol había seguido gritando argumentos: no era tarde, la hora de verano engañaba. Había suplicado a Michael Richardson que la creyera. Pero como la pareja siguió su

marcha, Lol corrió hacia la puerta —habían intentado impedirselo pero se escapó— y se arrojó contra los batientes. La puerta, afianzada en el suelo, resistió.

Pasaron ante ella con la mirada baja. Anne-Marie Stretter empezó a descender, y, después, Michael Richardson. Lol les siguió con la mirada a través de los jardines. Cuando dejó de divisarles, cayó al suelo, desvanecida.

Lol, cuenta Mme. Stein, fue conducida a S. Tahla, y permaneció en su habitación, sin salir en absoluto, durante algunas semanas.

Su historia se hizo pública, y también la de Michael Richardson.

La postración de Lol, dijeron, revelaba señales de sufrimiento. Pero, ¿qué pensar de un sufrimiento sin motivo?

Siempre decía lo mismo: que la hora de verano engañaba, que no era tarde.

Pronunciaba su nombre con ira: Lol V. Stein —así era como se nombraba.

Además se quejaba, más explícitamente, de sentir un cansancio insoportable de esperar de ese modo. Se aburría, hasta gritar. Y, en efecto, gritaba que no tenía nada en qué pensar mientras esperaba, reclamaba con la impaciencia de un niño un remedio para tal carencia. Sin embargo, ninguna de las distracciones que se le ofrecieron podía nada contra este estado.

Después Lol dejó de quejarse por cualquier cosa. Poco a poco, dejó también de hablar. Su ira se avejentó, perdió fuerza. Sólo hablaba para decir que le resultaba imposible expresar lo aburrido y largo, largo que era ser Lol V. Stein. Le pedían que hiciera un esfuerzo. No comprendía por qué, decía. Su dificultad ante la búsqueda de una sola palabra parecía insuperable. Parecía que ya no esperara nada.

¿Pensaba en algo, en ella?, le preguntaban. No entendía la pregunta. Hubiérase dicho que no era necesario pensar en el cansancio infinito de no poder desprenderse de eso, que se había convertido en un desierto al que un poder nómada la había arrojado en la persecución interminable de ¿qué? No se sabía. No contestaba.

Sólo el tiempo daría razón de esta postración de Lol, de su abatimiento, de su inmensa pena, decían. Se juzgó menos grave que su primer delirio, no era susceptible de durar mucho, de acarrear una modificación importante en la vida mental de Lol. Su extrema juventud la barrería pronto. Resultaba explicable: Lol sufría una inferioridad pasajera a sus propios ojos porque había sido abandonada por el hombre de T. Beach. Ahora pagaba, debía ocurrir tarde o temprano, la extraña omisión de su dolor durante el baile.

Después, aun siguiendo muy silenciosa, empezó a pedir comida, que abrieran la ventana, el sueño. Y pronto empezó a gustarle mucho que se hablara a su lado. Asentía a todo lo que decían, contaban, afirmaban ante ella. Para Lol, todas las palabras tenían la misma importancia. Escuchaba con pasión.

Nunca pidió noticias de ellos. No planteó ninguna pregunta. Cuando se consideró necesario ponerla al corriente de su separación —de la partida de él se enteró más

tarde— su calma fue juzgada como un buen augurio. El amor que sentía por Michael Richardson moría. Sin duda, ya, se hizo eco del asunto con una parcela de su razón recuperada, la misma con que acogió el retorno de las cosas, la justa revancha a la que tenía derecho.

La primera vez que salió era de noche, sola y sin avisar.

Jean Bedford caminaba por la acera. Se hallaba a unos cien metros de ella — acababa de salir—, ella aún estaba delante de su casa. Al verle, se escondió detrás de un pilar del portal.

El relato de esa noche hecho por Jean Bedford a la propia Lol contribuye, creo, a su historia reciente. Esos constituyen los últimos hechos evidentes. Después, desaparecen casi completamente de esta historia durante diez años.

Jean Bedford no la vio salir, la creyó una paseante que tuviera miedo de él, de un hombre solo, tan tarde, por la noche. La calle estaba desierta.

La silueta era joven, ágil, y al llegar él delante del portal la miró.

Lo que le hizo detenerse fue la sonrisa ciertamente temerosa pero que resplandecía con una alegría muy viva al ver acercarse al primero en llegar, a él, aquella noche.

Se detuvo, le sonrió a su vez. Ella salió de su escondrijo y fue hacia él.

Nada en su porte ni en su actitud hablaba de su estado, salvo, quizá, su pelo, que aparecía en desorden. Pero podía haber corrido y hacía un poco de viento esa noche. Era muy probable que hubiera corrido hasta allí, pensó Jean Bedford, precisamente porque tenía miedo, desde el otro extremo del bulevar desierto.

—Si tiene miedo puedo acompañarla.

No respondió. El no insistió. Empezó a andar y ella hizo lo mismo a su lado con un placer evidente, casi curioso.

Fue al llegar al final del bulevar, hacia las afueras, cuando Jean Bedford empezó a pensar que ella no seguía ninguna dirección exacta.

Tal comportamiento intrigó a Jean Bedford. Evidentemente pensó en la locura pero no la consideró lógica. Ni la aventura. Sin duda, jugaba. Era muy joven.

—¿Hacia dónde va?

Ella hizo un esfuerzo, miró al otro lado de la calle, de donde venían, pero no lo señaló.

—Yo... —dijo.

El empezó a reír y rió con él, de buen grado.

—Venga, vayamos por allí.

Dócil, dio media vuelta, como el hombre.

Sin embargo, su silencio lo intrigaba cada vez más. Porque iba acompañado de una curiosidad extraordinaria por los lugares que atravesaban, aunque fuesen absolutamente banales. Hubiérase dicho no sólo que acababa de llegar a la ciudad,

sino que había venido para encontrar de nuevo un lugar donde buscar algo, una casa, un jardín, una calle, incluso un objeto que hubiera sido de gran importancia para ella y que sólo pudiera hallar de noche.

—Vivo cerca de aquí —dijo Jean Bedford—. Si busca algo puedo informarla.

Contestó con franqueza:

—Nada.

Si se detenía, ella se detenía también. A él le divertía hacerlo. Pero ella no se dio cuenta del juego. El continuó. Una vez se detuvo durante bastante rato: ella le esperó. Jean Bedford dejó de jugar. La dejó a su aire. Aunque parecía guiarla, la seguía.

Advirtió que poniendo mucha atención, al proporcionarle la ilusión, en cada esquina, de seguir, ella continuaba el movimiento, avanzaba, pero ni más ni menos que el viento al precipitarse allí donde encuentra espacio.

La hizo caminar un poco más, después tuvo la idea, para ver qué sucedía, de regresar al bulevar donde la había encontrado. Ella se giró en redondo al pasar ante una casa determinada. El reconoció el portal, aquel en el que ella se había escondido. La casa era grande. La puerta de entrada permanecía abierta.

Fue entonces cuando se le ocurrió que quizá se tratara de Lol Stein. No conocía a la familia Stein pero sabía que vivía en ese barrio. Conocía la historia de la muchacha, como toda la burguesía de la ciudad que iba, en su mayor parte, a pasar sus vacaciones a T. Beach.

Se detuvo, le cogió la mano. Ella le dejó hacer. Besó esta mano, despedía un olor insípido, de polvo, en su anular había un precioso anillo de prometida. Los periódicos habían anunciado la venta de todos los bienes del rico Michael Richardson, y su partida hacia Calcuta. El anillo brillaba con todos sus destellos. Lol también lo miró, con la misma curiosidad con que miraba todo lo demás.

—¿Es usted la señorita Stein, verdad?

Hizo un gesto con la cabeza repetidas veces; primero, de modo inseguro; después, por fin, más rotundo.

—Sí.

Siempre dócil, le siguió a su casa.

Allí, se abandonó a una indolencia feliz. El le habló. Le dijo que trabajaba en una fábrica de aviación, que era músico, que acababa de pasar sus vacaciones en Francia. Ella escuchaba. Que se sentía feliz por haberla conocido.

—¿Qué desea?

A pesar de un visible esfuerzo, no llegó a contestar. La dejó en paz.

Sus cabellos exhalaban el mismo olor que su mano, un olor a objeto inutilizado. Era hermosa pero presentaba una palidez gris, a causa de la tristeza, de la lentitud de la sangre para remontar su cuesta. Sus rasgos ya empezaban a desaparecer en dicha palidez, a hundirse de nuevo en la profundidad de la carne. Había rejuvenecido. Se le hubieran calculado quince años. Incluso cuando yo, a mi vez, la conocí, se mantenía enfermizamente joven.

Se desprendió de la fijeza de su mirada sobre él y entre lágrimas dijo, implorante:

—Tengo tiempo, el tiempo es largo.

Se levantó y fue hacia él, alguien que se asfixia, que busca el aire, y él la abrazó. Es lo que ella quería y, a su vez, se le aferró, hasta hacerle daño, como si amara al desconocido. El, amigablemente, le dijo:

—Quizá todo vuelva a empezar entre ustedes dos.

Le gustaba. Le despertaba el deseo que le enamoriscaba en las niñas a medio crecer, tristes, impúdicas, y sin voz. Sin querer, le dio la noticia:

—Quizá regrese.

Buscó las palabras, lentamente dijo:

—¿Quién se ha marchado?

—¿No lo sabe? Michael Richardson ha vendido sus bienes. Se ha ido a la India para reunirse con la señora Stretter.

Bajó la cabeza de un modo un tanto convencional, tristemente.

—¿Sabes? —dijo él—, yo no les echo la culpa como hace la gente.

Se excusó, le dijo que iba a telefonar a su madre. Ella no se opuso.

La madre, avisada por Jean Bedford, llegó por segunda vez a buscar a su hija para llevarla a casa. Fue la última. En aquella ocasión Lol la siguió como, un momento antes, había seguido a Jean Bedford.

Jean Bedford la pidió en matrimonio sin volver a verla.

Su historia se propagó —S. Tahla no era lo bastante grande como para callar y tragar la aventura—, se sospechaba que Jean Bedford sólo amaba a las mujeres con el corazón destrozado, se le suponía también, con más gravedad, tener extrañas inclinaciones hacia las jóvenes abandonadas, enloquecidas por otros.

La madre puso en conocimiento de Lol el singular trámite del paseante. ¿Lo recordaba? Lo recordaba. Aceptaba. Jean Bedford, le dijo, se veía obligado a alejarse de S. Tahla, por causa de su trabajo, durante algunos años, ¿aceptaba también? También aceptaba.

La boda tuvo lugar en una intimidad relativa, pues Lol estaba mucho mejor, decían, y sus padres querían, en la medida de lo posible, hacer olvidar su primer noviazgo. Sin embargo, se tomó la precaución de no avisar ni invitar a ninguna de las jóvenes viejas amigas de Lol, ni siquiera a la mejor de ellas, a Tatiana Karl. Tal precaución produjo efectos contrarios. Dio la razón a quienes creían —entre ellos, Tatiana Karl— que Lol se sentía profundamente herida.

Así, Lol se casó sin haberlo deseado, del modo que le convenía, sin pasar por el

horror de una elección, sin tener que plagiar el crimen que hubiera supuesto, ante algunos, la sustitución por un ser único del que partió de T. Beach y sobre todo sin haber traicionado el abandono ejemplar en el que la había dejado.

Lol abandonó S. Tahla, su ciudad natal, durante diez años. Vivió en U. Bridge.

A lo largo de los años que siguieron a su matrimonio tuvo tres hijos.

Durante diez años, así se creía a su alrededor, fue fiel a Jean Bedford. No hay duda de que nunca se supo si esa palabra tenía o no algún significado para ella. Nunca fue problema entre ellos, nunca, ni el pasado de Lol ni la famosa noche de T. Beach.

Incluso después de su curación, nunca se preocupó por saber qué había sido de la gente que había conocido antes de su matrimonio. La muerte de su madre —había deseado verla lo menos posible después de casada— la dejó sin una lágrima. Pero esta indiferencia de Lol nunca se puso en cuestión a su alrededor. Se había vuelto así desde que había sufrido tanto, decían. Tan tierna antaño —decían eso como todo lo demás, acerca de su pasado que se había vuelto, con el tiempo, de hojalata—, se había vuelto despiadada, e incluso un poco injusta, desde su historia con Michael Richardson. La disculpaban, sobre todo cuando su madre murió.

Parecía confiada en el futuro desarrollo de su vida, no desear apenas cambiar. Parecía a gusto en compañía de su marido, e incluso feliz. A veces lo seguía en sus desplazamientos de negocios. Asistía a sus conciertos, le animaba a todo lo que le gustaba hacer, incluso a engañarla, decían, con las muy jóvenes obreras de su fábrica.

Jean Bedford decía amar a su mujer. Tal como era, tal como ella había sido siempre, antes y después de su matrimonio; decía que siempre le gustaba, que no creía haberla cambiado pero sí haberla elegido bien. Amaba a aquella mujer, a Lola Valérie, esa presencia calma a su lado, esa durmiente viva, ese continuo eclipsarse que le hacía ir y venir entre el olvido y las reapariciones de su pelo rubio, de ese cuerpo de seda que el despertar jamás cambiaba, de esa virtualidad constante y silenciosa que él denominaba su dulzura, la dulzura de su mujer.

Un orden riguroso reinaba en la casa de Lol en U. Bridge. Tal orden era casi como ella lo deseaba, casi, en el espacio y en el tiempo. Se respetaban las horas. Igual que la colocación de todas las cosas. Imposible acercarse más a la perfección, convenían todos alrededor de Lol.

A veces, sobre todo en ausencia de Lol, aquel orden inmutable debía de impresionar a Jean Bedford. También aquel gusto, frío, de encargo. La disposición de la sala, de las habitaciones, era la réplica fiel de la de los escaparates de las tiendas; la del jardín del que Lol se ocupaba, la de otros jardines de U. Bridge. Lol imitaba, pero, ¿a quién?, a los demás, a todos los demás, al mayor número posible de las demás personas. La casa, al mediodía, en su ausencia, ¿no se convertía en el escenario vacío donde se interpretaba el soliloquio de una pasión absoluta cuyo sentido no se dejaba

aprehender? ¿Y no resultaba inevitable que a veces Jean Bedford sintiera miedo? ¿Que fuese allí donde debía acechar el primer crujido de los hielos invernales? ¿Quién sabe? ¿Quién sabe si los oyó algún día?

Pero es fácil tranquilizar a Jean Bedford y cuando su mujer se hallaba presente — la mayor parte del tiempo—, cuando se encontraba en medio de su reino, éste debía de perder su agresividad, provocar menos preguntas. Lol volvía su orden casi natural, le convenía.

Transcurrieron diez años de matrimonio.

Un día ofrecieron a Jean Bedford elegir entre varias situaciones, mejores de la que gozaba, en diferentes ciudades, entre ellas S. Tahla. Siempre había añorado un poco S. Tahla, que había dejado después de su boda, a petición de la madre de Lol.

El mismo período de diez años había transcurrido desde la partida definitiva de Michael Richardson. Y Lol no sólo nunca había hablado de ese asunto sino que se había vuelto cada vez más alegre, con la edad. Si Jean Bedford dudó un poco en aceptar la oferta que se le hacía, Lol resolvió fácilmente su indecisión. Sólo dijo que se sentiría dichosa por recobrar la casa de sus padres, hasta aquel momento en alquiler.

Jean Bedford le proporcionó ese placer.

Lol V. Stein dispuso su casa natal de S. Tahla con el mismo y estricto esmero que la de U. Bridge. Consiguió introducir en ella el mismo orden glacial, hacerla funcionar al ritmo del mismo horario. No cambiaron los muebles. Se ocupó mucho del jardín, que habían dejado en estado de abandono; se había ya ocupado mucho del anterior, pero en esa ocasión cometió un error en su trazado. Deseaba senderos regularmente dispuestos en abanico alrededor del porche. Los senderos, ninguno de los cuales desembocaba en otro, resultaron inutilizables. Jean Bedford se divirtió con semejante olvido. Se hicieron otros senderos laterales que cortaron los primeros y que, lógicamente, posibilitaron el paseo.

Habiendo mejorado tanto la situación de su marido, Lol tomó una sirvienta en S. Tahla, y se encontró liberada del cuidado de los niños.

Dado que hay que inventar los eslabones que me faltan en la historia de Lol V. Stein, considero más apropiado allanar el terreno, desfondarlo, abrir las tumbas donde Lol se hace la muerta, que levantar montañas, forjar obstáculos, accidentes. Y creo, conociéndola, que esta mujer hubiera preferido que yo paliara, en este sentido, la penuria de los hechos de su vida. Por otra parte, siempre lo hago a partir de hipótesis no gratuitas y que, en mi opinión, han recibido un principio de confirmación.

Así, si Lol nunca habló a nadie de lo que sigue, la sirvienta lo recuerda vagamente: la calma de la calle determinados días, el pasear de los amantes, el gesto

de recogimiento de Lol —no hacía mucho tiempo que estaba en casa de los Bedford y aún no la había visto comportarse de ese modo. Y dado que yo, por mi parte, creo recordar algunas cosas, continúo:

Una vez instalada la casa —sólo quedaba una habitación del segundo piso por amueblar—, una tarde de un día gris una mujer pasó por delante y llamó su atención. Esta mujer no iba sola. El hombre que la acompañaba volvió la cabeza y miró la casa recién pintada, el parquecillo donde los jardineros trabajaban. En cuanto Lol vio aparecer a la pareja en la calle, se ocultó detrás de un seto y no la vieron. La mujer, a su vez, miró, pero de una manera menos insistente que el hombre, como alguien que ya sabe. Intercambiaron algunas palabras que Lol no oyó a pesar de la calma que reinaba en la calle, salvo éstas, pronunciadas por la mujer:

—Muerta, quizá.

Una vez dejado atrás el parque, se detuvieron. El tomó a la mujer entre sus brazos y la besó furtivamente, con mucha intensidad. El ruido de un coche le obligó a soltarla. Se separaron. El hombre retrocedió y, con paso más rápido, volvió a pasar por delante de la casa sin mirar.

Lol, en su jardín, no está segura de haber reconocido a la mujer. Las semejanzas flotan en torno a ese rostro. En torno a ese modo de andar, en torno a esa mirada. Pero el beso culpable, delicioso, que se han dado al separarse, sorprendido por Lol, ¿no aflora también levemente en su memoria?

No intenta recordar a quién ha o no ha vuelto a ver. Espera.

Es poco tiempo después cuando se le ocurre —a ella, a quien parecía no ocurrírsele nada— salir a la calle.

Veo la relación entre esas salidas y el paseo de la pareja, más que en el parecido de la mujer entrevisto por Lol, en las palabras que aquélla pronunció negligentemente y que Lol, probablemente, oyó.

Lol se agitó, se revolvía en sueños. Lol salía a las calles, aprendió a caminar sin rumbo.

Después de salir de su casa, en cuanto llegaba a la calle, en cuanto empezaba a caminar, el paseo la cautivaba por completo, la liberaba de querer ser o hacer mejor que hasta aquel momento la inmovilidad del sueño. Las calles arrastraban a Lol V. Stein durante sus paseos, lo sé.

La he seguido en repetidas ocasiones sin que jamás me sorprendiese, no se vuelve atrapada bruscamente, en pie.

Una casualidad insignificante, y que quizá ni siquiera hubiera podido mencionar, determinaba sus rodeos: el vacío de una calle, la curva de otra, una, tienda de modas, la tristeza rectilínea de un bulevar, el amor, las parejas abrazadas en los rincones de los jardines, bajo los porches. Seguía sumida en un silencio religioso. A veces los enamorados sorprendidos, que nunca la veían llegar, se sobresaltaban. Se veía obligada a excusarse, pero en voz tan baja que nadie debió nunca de oír sus excusas.

El centro de S. Tahla es extenso, moderno, formado por calles perpendiculares. El

barrio residencial se halla al oeste de dicho centro, ancho, confortable, lleno de meandros, de imprevistos callejones sin salida. Después de este barrio hay un bosque y campos, carreteras. Lol, por ese lado de S. Tahla, nunca iba más allá del bosque. Por el otro, iba por todas partes, es allí donde se encuentra su casa, situada en el gran suburbio industrial.

S. Tahla es una ciudad bastante grande, bastante poblada como para que Lol se sintiera segura de que sus paseos, mientras los llevaba a cabo, pasaban desapercibidos. No teniendo un barrio predilecto, iba por todas partes, sólo pocas veces volvía a pasar por los mismos lugares.

Por otra parte, nada en la vestimenta, en la conducta de Lol, podía suscitar una especial atención. Lo único que podía provocarla era su propio personaje, Lola Stein, la joven abandonada del casino de T. Beach, que había nacido y crecido en S. Tahla. Pero si algunas personas reconocieran en ella a aquella joven, víctima de la impropia, monstruosa conducta de Michael Richardson, ¿quién hubiera tenido la malevolencia, la indelicadeza de recordárselo? ¿Quién hubiera dicho?:

—Quizá me equivoque, pero, ¿no es usted Lola Stein?

Al contrario.

Si había corrido el rumor de que los Bedford habían regresado a S. Tahla y si algunos lo confirmaron al ver pasear a la joven, nadie se había dirigido a ella. Sin duda, consideraban que había dado un paso enorme al regresar y que se merecía la paz.

No creo que a Lol se le ocurriera pensar que evitaban reconocerla para no verse en la molesta situación de recordarle una antigua pena, los sinsabores de su vida pasada, desde el momento en que no se dirigía a nadie y parecía manifestar así el deseo de olvidar.

No, Lol debió de apropiarse el mérito de sus paseos de incógnito por S. Tahla, considerarlo una prueba a la que cada día se sometía y de la que cada día salía victoriosa. Debía de seguir tranquilizándose más después de sus paseos: si no lo deseaba apenas se la veía, muy poco. Se creía vertida en una identidad de naturaleza indecisa que podía nombrarse con nombres indefinidamente diferentes, y cuya visibilidad dependía de ella.

La instalación definitiva de la pareja, su acomodo, su hermosa casa, su buena posición, los hijos, la tranquila regularidad del transcurrir de Lol, el rigor de su abrigo gris, sus oscuros vestidos a la moda, ¿no demostraban que había salido para siempre de una dolorosa crisis? No lo sé. Pero la realidad es ésta: nadie la abordó durante esas semanas de bienaventurado errar a través de la ciudad, nadie.

¿Reconocía a alguien en S. Tahla? ¿A alguien, aparte, y mal, de aquella mujer, delante de su casa, aquel día gris? No lo creo.

Vi, al seguirla —apostado y oculto frente a ella— que a veces sonreía a determinados rostros, o al menos parecía hacerlo. Pero la sonrisa cautiva de Lol, la inmutable suficiencia de su sonrisa, hacía que uno no fuera más allá de sonreírse a sí

mismo. Parecía burlarse de ella y del otro, un poco molesta pero divertida por encontrarse al otro lado del ancho río que la separaba de los de S. Tahla, del lado en el que no había nadie.

Así, Lol V. Stein volvía a encontrarse en S. Tahla, su ciudad natal, esa ciudad que conocía de memoria, sin disponer de nada, de ninguna señal que testimoniara ese conocimiento ante sí misma. Reconocía S. Tahla, la reconocía sin cesar por haberla conocido mucho antes, por haberla conocido la víspera, pero sin pruebas en las que apoyarse, nunca, bala cuyo impacto hubiera sido siempre el mismo; por sí sola empezó a reconocer menos, después, de manera diferente, empezó a regresar día tras día, paso a paso, a su ignorancia de S. Tahla.

Ese lugar del mundo donde se cree que ella vivió su pasado dolor, ese pretendido dolor, se borra poco a poco de su memoria en su materialidad. ¿Por qué esos lugares antes que otros? En cualquier lugar donde se halle Lol, allí está como si se tratase de la primera vez. Ya no dispone de la distancia invariable del recuerdo: ahí está. Su presencia hace la ciudad pura, irreconocible. Empieza a avanzar hacia el fastuoso palacio del olvido de S. Tahla.

Cuando regresaba a su casa —Jean Bedford lo ha testimoniado ante Tatiana Karl— y recobraba el lugar en el orden que había establecido, estaba alegre, tan poco cansada como al levantarse, soportaba mejor a los niños, se sometía más aún ante su voluntad, se comprometía incluso, contra las criadas, a garantizar su independencia, a proteger sus tonterías; excusaba como siempre sus insolencias con ella; después de sus paseos apenas advertía los pequeños retrasos que por la mañana no hubiera podido constatar sin sufrir, las pequeñas irregularidades en los horarios, los pequeños errores en el fundamento de su orden. Por otra parte, empezó a hablar de ese orden con su marido.

Un día le dijo que quizás él tuviera razón, ese orden quizá no fuera el necesario —no dijo por qué—, posiblemente lo cambiara, algo más tarde. ¿Cuándo? Más tarde. Lol no precisó.

Cada día, como si fuera la primera vez, decía que había paseado por allí o por allá, en qué barrio, pero nunca daba a conocer el menor incidente al que hubiera asistido. Jean Bedford consideraba natural la reserva de su mujer sobre sus paseos. Desde el momento en que esta reserva abarcaba toda la conducta de Lol, todas sus actividades. Sus opiniones eran escasas, sus relatos inexistentes. ¿El contento de Lol, cada vez mayor, no demostraba que no hallaba nada amargo ni triste en la ciudad de su juventud? Ahí radicaba lo principal, debía de pensar Jean Bedford.

Lol nunca hablaba de las compras que pudiera haber hecho. Nunca las hacía durante sus paseos por S. Tahla. Ni del tiempo.

Cuando llovía se sabía, a su alrededor, que Lol acechaba los claros detrás de las ventanas de su habitación. Creo que ahí, en la monotonía de la lluvia, debía de encontrar esa otra parte uniforme, insípida y sublime, más adorable para su espíritu que ningún otro momento de su vida presente, esa otra parte que buscaba desde su

regreso a S. Tahla.

Consagraba sus mañanas enteras a su casa, a sus hijos, a la celebración de ese orden tan riguroso que tan sólo ella tenía la fuerza y el saber capaces de hacer reinar, pero cuando llovía demasiado para salir no se ocupaba de nada. Se esforzaba por no demostrar esta febrilidad doméstica, se disipaba por completo a la hora en que salía o hubiera debido salir, incluso si la mañana había sido difícil.

¿Qué hacía a tales horas durante los diez años precedentes? Se lo pregunté. No supo decirme qué. ¿No hacía nada en U. Bridge durante esas horas? Nada. ¿Qué más? No sabía decir cómo, nada. ¿Detrás de los cristales? Quizá, también, sí. También.

Lo que creo:

Los pensamientos, un hormigueo, todos igualmente afectados de esterilidad una vez terminado el paseo —ninguno de esos pensamientos ha traspasado nunca la puerta de su casa— sobrevienen a Lol V. Stein durante su marcha. Diríase que es el desplazamiento maquinal de su cuerpo el que los hace surgir, todos juntos, en un movimiento desordenado, confuso, generoso. Lol los recibe con placer y con idéntico asombro. El aire se precipita en la casa, la perturba, la expulsa. Los pensamientos llegan.

Pensamientos nacientes y renacientes, cotidianos, siempre los mismos, que llegan atropelladamente, toman vida y respiran en un universo abierto a los confines vacíos y entre los cuales uno, sólo uno, llega con el tiempo, por fin, a leerse y a verse un poco mejor que los demás, a acosar un poco más que los demás a Lol, hasta retenerla.

El baile temblaba a lo lejos, antiguo, única pavesa de un océano ahora tranquilo, en la lluvia, en S. Tahla. Más tarde, cuando se lo dije, Tatiana compartió mi opinión.

—Así, ¿era para eso para lo que paseaba, para pensar mejor en el baile?

El baile recobra un poco de vida, se estremece, se aferra a Lol. Lo abriga, lo protege, lo alimenta. Crece, sale de sus repliegues, se despereza, un día está listo.

Entra en él.

Entra en él cada día.

Lol no ve la luz de las tardes de aquel verano. Entra, entra en la luz artificial, prestigiosa, del baile de T. Beach. Y en este recinto largamente abierto a su sola mirada, ella reanuda su pasado, su verdadera morada, la ordena, la arregla.

Una viciosa, dice Tatiana, debía de pensar siempre en lo mismo. Opino como Tatiana.

Conozco a Lol V. Stein a través del único medio del que dispongo: el amor. En razón de este conocimiento he llegado a creer lo siguiente: de los múltiples aspectos del baile de T. Beach, es el final el que retiene a Lol. Es el instante preciso del final, cuando llega la aurora con una brutalidad inaudita y la separa para siempre, para siempre, de la pareja que forman Michael Richardson y Anne-Marie Stretter. Lol progresa día a día en la reconstrucción de este instante. Incluso llega a captar algo de su fulminante rapidez, a desplegar, a aprisionar los segundos en una inmovilidad de una fragilidad extrema, pero que para ella resulta de una gracia infinita.

Sigue paseando. Ve cada vez con más precisión, con más claridad lo que desea ver. Lo que reconstruye es el fin del mundo.

Se ve, y ése es su verdadero pensamiento, en el mismo sitio, en este final, siempre, en el centro de una triangulación de la que la aurora y ellos dos son los límites eternos: acaba de descubrir esta aurora cuando ellos aún no lo han advertido. Ella, sabe, ellos todavía no. Es impotente para impedirles saberlo. Y vuelve a empezar.

En ese preciso instante algo, pero ¿qué?, debió de haberse intentado, pero no se intentó. En ese preciso instante Lol aparece desgarrada, sin voz para pedir ayuda, sin argumento, sin la prueba de la importancia del día frente a esta noche, arrancada y arrastrada de la aurora a su pareja en un enloquecimiento regular y vano de todo su ser. Ella no es Dios, no es nadie.

Sonríe, de verdad, a este minuto pensado de su vida. Surge la candidez de un dolor eventual o incluso de una tristeza cualquiera. De este minuto sólo queda su tiempo puro, de una blancura ósea.

Y vuelve a empezar: las ventanas cerradas, selladas, el baile amurallado en su luz nocturna los habría contenido a los tres y sólo a ellos. Lol está segura: juntos se habrían salvado de la llegada de un nuevo día, de uno, al menos.

¿Qué habría sucedido? Lol no se aventura lejos en el desconocimiento al que se abre este instante. No dispone de ningún recuerdo, ni siquiera imaginario, de ese desconocimiento, no tiene noción alguna. Pero cree que debía penetrar en él, que era lo que tenía que hacer, que hubiera resultado definitivo para su cabeza y para su cuerpo, su dolor más grande y su más grande alegría confundidos hasta en su definición, única pero innombrable a falta de una palabra. Me gusta creer, como creo, que si Lol es silenciosa en la vida es porque ha creído, durante la brevedad de un relámpago, que esa palabra podía existir. Carente de su existencia, calla. Sería una palabra-ausencia, una palabra-agujero, con un agujero cavado en su centro, ese agujero donde se enterrarían todas las demás palabras. No se habría podido pronunciarla, pero se habría podido hacerla resonar. Inmensa, sin fin, un gong vacío, habría retenido a los que querían partir, les habría convencido de lo imposible, les habría hecho sordos a cualquier otro vocablo distinto, de una sola vez los habría nombrado, a ellos, al futuro y al instante. Faltando, esa palabra estropea a todas las demás por el hecho de faltar, las contamina, es también el perro muerto en la playa en pleno mediodía, ese agujero de carne. ¿Cómo han sido halladas las otras? Desprendidas de algunas aventuras paralelas a la de Lol V. Stein, abortadas, pisoteadas y las masacres, ¡oh!, cuántas hay, cuántas historias inacabadas sangrientas a lo largo del horizonte, amontonadas, y, entre ellas, esta palabra, que no existe, está ahí sin embargo: os espera a la vuelta del lenguaje, os desafía, indómita, a levantarla, a hacerla surgir fuera de su reino horadado por todas partes a través del cual fluye el mar, la arena, la eternidad del baile en el cine de Lol V. Stein.

Habían contemplado el paso de los violines, sorprendidos.

Hubiera sido necesario amurallar el baile, construyendo este navío de luz en el que Lol se embarca todas las tardes pero que permanece ahí, en este puerto imposible, amarrado para siempre y presto a abandonar, con sus tres pasajeros, este futuro en el que Lol V. Stein se halla ahora. A veces, hay en los ojos de Lol el mismo ímpetu que el primer día, la misma fuerza fabulosa.

Pero Lol no es aún Dios, ni nadie.

El la habría despojado de su traje negro, lentamente, y durante el transcurso del tiempo empleado en hacerlo se hubiera salvado una larga etapa del viaje.

Vi a Lol desnuda, inconsolable todavía, inconsolable.

Para Lol resulta inconcebible estar ausente del lugar donde se realizó ese gesto. Ese gesto no hubiera tenido lugar sin ella: está con él, carne con carne, forma con forma, los ojos cerrados a su cadáver. Nació para verlo. Otros nacen para morir. Ese gesto, sin ella para verlo, muere de sed, se pulveriza, se desmorona, Lol está hecha cenizas.

El cuerpo alto y delgado de la otra mujer aparecería poco a poco. Y en una progresión rigurosamente paralela e inversa. Lol sería sustituida por ella cerca del hombre de T. Beach. Sustituida por esta mujer, de aliento próximo. Lol retiene ese aliento: a medida que el cuerpo de la mujer aparece ante ese hombre, el suyo se borra, se borra, voluptuosidad, gente.

—Tú, tú sola.

Lol no ha conseguido nunca llevar a término ese despojamiento, muy lento, del vestido de Anne-Marie Stretter, esa extracción de terciopelos de su propia persona.

Creo que nunca piensa en lo que sucedió entre ellos después del baile, fuera de su presencia. Sería una señal a su favor si, después de su separación, pensara que él se había ido para siempre; a pesar de sí misma, la confirmaría en la idea que siempre había tenido de él: que sólo viviría la verdadera felicidad a través de la brevedad de un amor sin regreso, con coraje, nada más. Michael Richardson había sido amado en su tiempo con un amor demasiado intenso, nada más.

El hombre de T. Beach sólo tiene una función que cumplir, siempre la misma en el universo de Lol: Michael Richardson, cada tarde, empieza a desnudar a una mujer que no es Lol, y cuando aparecen otros senos, blancos, bajo el vestido negro, no pasa de ahí; embelesado, un Dios agotado por ese desnudamiento, su única tarea, y Lol espera en vano que vuelva a cogerla, desde el cuerpo enfermo de la otra grita, espera en vano, grita en vano.

Después, un día, ese cuerpo enfermo se mueve en el vientre de Dios.

Lol, en cuanto lo vio, lo reconoció. Era el que había pasado por delante de su casa hacía algunas semanas.

Aquel día iba solo.

Salía de un cine del centro. Mientras todo el mundo se apretujaba en el pasillo, él no se precipitaba. Una vez hubo llegado a la acera parpadeó a la luz, se detuvo para mirar a su alrededor, no vio a Lol V. Stein, con un movimiento del brazo atrajo hacia sí la chaqueta que sujetaba con una mano sobre el hombro, la lanzó ligeramente al aire, después se la puso, sin precipitación.

¿Se parecía a su novio de T. Beach? No, no se le parecía en nada. ¿Tenía algo, en los gestos, de aquel novio desaparecido? Sí, sin duda, en las miradas que dirigía a las mujeres. Este también debía de correr detrás de todas las mujeres, no ser capaz más que con ellas de soportar ese cuerpo difícil, que sin embargo exigía aún, en cada mirada. Sí, decidió Lol, había en él, salía de él, aquella primera mirada de Michael Richardson, el que Lol había conocido antes del baile.

No era tan joven como le había parecido la primera vez. Pero quizá se equivocara. Se le antojó que, sin duda, debía ser impaciente, quizá fácilmente cruel.

Escrutó el bulevar, en los alrededores del cine. Lol lo había rodeado.

Detrás del hombre, Lol, parada, con su abrigo gris, espera que se decida a irse.

Veo esto:

El calor de un verano que Lol ha padecido distraídamente hasta ese día estalla y se propaga. Está inmersa en ese calor. Todo lo está, la calle, la ciudad, ese desconocido. ¿Qué calor, qué es este cansancio? No es la primera vez. Desde hace algunas semanas desearía a menudo algo como una cama, ahí, para tender ese cuerpo pesado, plomizo, de difíciles movimientos, esa madurez ingrata y tierna, completamente al borde de su caída en una tierra sorda y devoradora. ¡Ah! ¿Qué es ese cuerpo del que se siente provista de repente? ¿Dónde está el de alondra infatigable que había sido el suyo hasta entonces?

El se decidió: se dirigió hacia lo alto del bulevar. ¿Dudó? Sí. Consultó su reloj y se decidió por esa dirección. ¿Sabía ya Lol nombrar a aquella a cuyo encuentro iba el hombre? No del todo aún. Ignora que es a ella a quien ha seguido por medio de ese hombre de S. Tahla. Y, sin embargo, esa mujer ya no es sólo la entrevista delante de su jardín, creo que ya es algo más, para Lol.

Si él tenía un lugar preciso a donde dirigirse a una hora dada, disponía de cierto tiempo entre tal hora y ese mismo instante. En tal caso, lo empleaba así, dirigiéndose más bien allí que a otra parte, con la vaga esperanza, que nunca lo abandonaba, creía Lol, de encontrar aún a otra, de seguirla, de olvidar a aquella con quien iba a encontrarse. Para Lol, el modo de emplear ese tiempo era divino.

Caminaba con paso regular, junto a los escaparates. No es el primero desde hace algunas semanas que camina así. Se volvía en dirección a las mujeres solas y hermosas, a veces se detenía, vulgar. Lol se sobresaltaba cada vez, como si se tratara de ella misma.

En una playa, en plena juventud, había ya observado una conducta parecida en la de muchos hombres de S. Tahla. ¿Recuerda haberlo padecido, de repente? ¿Sonríe?

Es probable que, en lo sucesivo, esos balbuceos de su juventud ocupen un lugar en un recuerdo de Lol, un recuerdo dulce y feliz. Ahora ve cómo las miradas de éstos se dirigen hacia ella, secretamente, en una equivalencia determinada. La ven, a ella que no se ve a sí misma, en las otras. Ahí está la omnipotencia de su modo de ser, sin puerto de amarre singular.

Caminan por una playa, para ella. No lo saben. Le sigue sin esfuerzo. Su paso es largo, él deja casi inmóvil, detenida, la parte superior del cuerpo. No sabía.

Era un día laborable. Había poca gente. Se acercaba el apogeo de las vacaciones.

Veo esto:

Prudente, calculadora, camina bastante alejada de él. Cuando el hombre sigue con la mirada a otra mujer, ella baja la cabeza o se vuelve un poco. Lo que él quizá pueda ver, el abrigo gris, el sombrero negro, nada más, no es peligroso. Cuando él se detiene ante un escaparate o ante cualquier otro sitio, ella aminora el paso para no detenerse al mismo tiempo. Si los hombres de S. Tahla la vieran, Lol huiría.

Desea seguir. Seguir y sorprender, amenazar con la sorpresa. Desde hace algún tiempo. Aunque a su vez desea ser sorprendida, no quiere que suceda sin antes haberlo decidido.

El bulevar asciende ligeramente hacia una plaza a la que llegaron juntos. De ahí arrancan otros tres bulevares hacia las afueras. El bosque queda hacia este lado. Gritos de niños.

El enfiló por el que más se alejaba del bosque: un bulevar recto, recientemente trazado, donde el tráfico es más intenso que en los demás, la salida más rápida de la ciudad. Apresuró el paso. El tiempo transcurría. El margen de tiempo del que disponía antes de su cita, del que disponían, por tanto, los dos, Lol y él, seguía disminuyendo.

Empleaba, pues, ese tiempo de un modo perfecto, a los ojos de Lol, buscando. Lo perdía bien, caminaba, caminaba. Cada uno de sus pasos se suma en Lol, golpea, golpea exacto en el mismo lugar, el clavo de la carne. Desde hace algunas semanas, los pasos de los hombres de S. Tahla golpean igual.

Imagino, veo:

Sólo siente el sofoco del verano cuando él hace un gesto adicional al caminar, cuando se pasa la mano por el cabello, cuando enciende un cigarrillo y, sobre todo, cuando mira a una mujer que pasa. Entonces Lol cree que ya no tiene fuerzas para seguir, mientras sigue haciéndolo, a ese hombre entre los de S. Tahla.

Lol sabía adónde conducía ese bulevar una vez dejados atrás los pocos chalets de la plaza, una vez dejado atrás también un islote popular, separado del cuerpo de la ciudad, donde hay un cine, algunos bares.

Invento:

A tal distancia él no puede ni siquiera oír sus pasos en la acera.

Lol lleva los zapatos planos y silenciosos que se calza para pasear. Sin embargo adopta una precaución suplementaria, se quita el sombrero.

Cuando él se detiene en la plaza en la que desemboca el bulevar, ella se quita el abrigo gris. Va de azul marino, una mujer a la que el hombre sigue sin ver.

El se detuvo cerca de una parada de autobuses. Había mucha gente allí, más que en la ciudad.

Lol entonces da la vuelta a la plaza y se aposta cerca de la parada de autobuses situada en sentido contrario.

El sol ya había desaparecido y rozaba lo alto de los tejados.

El encendió un cigarrillo, dio algunos pasos a lo largo y lo ancho de un lado a otro del anuncio. Consultó su reloj, vio que no era la hora, esperó, a Lol le pareció que miraba a todas partes a su alrededor.

Había mujeres a montones, que esperaban el autobús, que cruzaban la plaza, que pasaban. No se le escapaba ninguna, imaginaba Lol, ninguna que, eventualmente, pudiera ser de su agrado ó como máximo del agrado de otro que no fuera él, ¿por qué no? Curioseaba los vestidos, creía Lol, parecía a gusto ahí, entre la gente, antes de esa cita de la que ya tenía el sabor anticipado al alcance de la mano, cogiendo, imaginando poseer durante unos segundos, después rechazando, a las mujeres, de luto por todas, por cada una, por sólo una, por aquella que aún no existía pero que hubiera podido hacerle perder en el último momento a la que entre mil iba a llegar, a llegar hacia Lol V. Stein y a quien Lol V. Stein esperaba con él.

Ella llegó, en efecto, se apeó de un autobús atestado de gente que regresaba a su casa al atardecer.

Desde que se dirige hacia él, con ese contoneo circular, muy lento, muy dulce, que mientras dura su marcha la hace objeto de un halago acariciador, secreto, e interminable, de ella misma a sí misma, tan pronto ve la masa oscura de esta melena vaporosa y seca bajo la que el rostro, muy pequeño y triangular, blanco, aparece invadido por los ojos inmensos, muy claros, de una gravedad desolada por el remordimiento inefable de ser portadora de ese cuerpo adúltero, Lol se confiesa haber reconocido a Tatiana Karl. Sólo entonces, piensa, después de flotar aquí y allá, lejos, el nombre está ahí: Tatiana Karl.

Iba vestida discretamente, con un traje sastre negro. Pero el pelo lo llevaba muy arreglado, sujeto por una flor gris, realzado por peinetas de oro; había puesto todo su cuidado en fijar el frágil peinado, un largo y espeso mechón negro que, al pasar junto al rostro, acentuaba la mirada clara, la hacía más inmensa, aun más afligida, y lo que sólo hubiera debido ser rozado por la mirada, que no podía dejarse al viento, sin que se destruyera, hubiera debido —Lol lo adivinaba— aprisionarse en un velo oscuro, para que llegado el momento oportuno fuera el único que malograra y destruyera la admirable sencillez, un solo gesto y entonces quedaría bañada en la caída de su cabellera, de la que Lol se acuerda de repente y vuelve a verla luminosamente yuxtapuesta a ésta. Se dice entonces que un día u otro se vería en la obligación de

cortarse esa cabellera, la cansaba, amenazaba con encorvar sus hombros debido al peso, con desfigurarla debido a su volumen demasiado importante para sus ojos tan grandes, para su rostro tan menudo, de piel y de huesos tan finos. Tatiana Karl no se ha cortado el cabello, ha sostenido el desafío de tener demasiado.

¿Era así Tatiana, aquel día? ¿O un poco, completamente diferente? También llevaba los cabellos sueltos, a la espalda, llevaba ropas claras. No sé más.

Intercambiaron algunas palabras y se marcharon por ese mismo bulevar, más allá del paseo.

Caminaban a un paso uno del otro. Apenas hablaban.

Creo ver lo que Lol V. Stein debió de ver:

Entre ellos hay una armonía sorprendente que no procede de un conocimiento mutuo sino, precisamente al contrario, de su desprecio. Ambos tienen la misma expresión de consternación silenciosa, de miedo, de profunda indiferencia. Al acercarse, van más deprisa. Lol V. Stein acecha, los incuba, fabrica a esos amantes. Su aspecto no la engaña. No se aman. ¿Qué tiene que decir al respecto? Otros lo dirían, al menos. Ella, en cambio, no habla. Les unen otros lazos que no son los del sentimiento, ni los de la felicidad, se trata de otra cosa que no prodiga ni pena ni gloria. No son felices ni infelices. Su unión está hecha de insensibilidad, de un modo generalizado y que aprehenden momentáneamente, cualquier preferencia está proscrita. Están juntos, dos trenes que se cruzan muy de cerca, el paisaje carnal y vegetal es parecido a su alrededor, lo ven, no están solos. Se puede pactar con ellos. Por caminos contrarios han llegado al mismo resultado que Lol V. Stein, ellos a fuerza de hacer, de decir, de probar, de equivocarse, de irse y de volver, de mentir, de perder, de ganar, de avanzar, de volver otra vez, y Lol a fuerza de nada.

Hay una plaza por ocupar, que no logró cubrir en T. Beach, hace diez años. ¿Dónde? No quiere esta localidad de la ópera de T. Beach. ¿Cuál? Tendrá que contentarse con ésta para lograr por fin abrirse paso, avanzar un poco más hacia esa orilla lejana donde habitan los demás ¿Hacia qué? ¿Cuál es esa orilla?

El alto caserón, estrecho, en otro tiempo debió de ser bien una caserna, bien un edificio administrativo cualquiera. Una parte sirve de depósito de autobuses. La otra, es el Hôtel des Bois, de mala reputación pero el único al que las parejas de la ciudad pueden ir seguras. El bulevar se llama bulevar Des Bois, del que dicho hotel es el último número. En la fachada, hay una hilera de alisos muy viejos, algunos de ellos desaparecidos. Detrás se extiende un gran campo de centeno, llano, sin árboles.

Todavía hay sol en estas campiñas llanas, en estos campos.

Lol reconoce ese hotel por haber estado en él con Michael Richardson durante su juventud. Sin duda, ha llegado a veces hasta ahí durante sus paseos. Ahí fue donde Michael Richardson le hizo su juramento de amor. El recuerdo de la tarde invernal también ha sido sepultado en la ignorancia, en la lenta, cotidiana glaciación de S. Tahla bajo sus pasos.

Es una joven de S. Tahla quien, en este lugar, ha empezado a acicalarse —debió

de durar meses— para el baile de T. Beach. Es desde ahí desde donde partió hacia el baile.

Lol pierde algún tiempo en el bulevar des Bois. No vale la pena seguirles desde el momento en que sabe adónde van. Su gran temor es ser reconocida por Tatiana Karl.

Cuando llega al hotel ya han subido.

Lol espera, en la calle. El sol se pone. Llega el crepúsculo, enrojecido, indudablemente triste. Lol espera.

Lol V. Stein está detrás del Hôtel des Bois, apostada en la esquina del edificio. El tiempo pasa. Ignora si son aún las habitaciones que dan al campo de centeno las que se alquilan por horas. Ese campo a unos metros de donde se halla, se sumerge, se sumerge cada vez más en una sombra verde y lechosa.

Una ventana se ilumina en el segundo piso del Hôtel des Bois. Las mismas habitaciones de su época.

La veo llegar. Muy de prisa, alcanza el campo de centeno, se deja deslizar, se encuentra sentada, se tiende. Ante ella, esa ventana iluminada. Pero Lol se halla lejos de su luz.

No tiene idea de lo que hace. Sigo creyendo que es la primera vez, que está ahí sin tener idea de estar ahí, que si se lo preguntaran diría que descansa. Del cansancio de haber llegado hasta ahí. Del que seguirá. De tener que volver. Viviente, muriente, respira profundamente, esta noche el aire es meloso, de una agotadora suavidad. No se pregunta de dónde le llega la maravillosa debilidad que la ha acostado en ese campo. La deja actuar, llenarla hasta la sofocación, mecerle rudamente, despiadadamente hasta el sueño de Lol V. Stein.

El centeno cruje bajo sus riñones. Tierno centeno de principios de verano. Con la mirada clavada en la ventana iluminada, una mujer escucha el vacío —alimentarse, devorar ese espectáculo inexistente, invisible, la luz de una habitación donde otros están.

De lejos, con dedos de hada, el recuerdo de una cierta memoria pasa. Roza a Lol poco después de haberse tendido en el campo, le muestra a esta hora tardía de la tarde, en el campo de centeno, a esta mujer que contempla una pequeña ventana rectangular, un reducido escenario, delimitado como una piedra, en el que todavía no ha aparecido nadie. Y quizá Lol tenga miedo, pero poco, de la eventualidad de una separación aun mayor con los otros. Sin embargo, sabe que algunos lucharían —ella, todavía ayer—, que volverían corriendo a casa en cuanto un resto de razón les indujera a sorprenderse en ese campo. Pero es el último miedo que Lol ha aprendido, el que otros tendrían en su lugar, esta noche. Lo aprisionarían en su seno, con coraje. Pero ella, al contrario, lo ama, lo amansa, lo acaricia entre sus manos, sobre el centeno.

Al otro lado del hotel, el horizonte ha perdido sus colores. Anochece.

La sombra del hombre pasa por el rectángulo de luz. Una primera vez, después una segunda, en sentido contrario.

La luz cambia, se intensifica. No procede del fondo, a la izquierda de la ventana, sino del techo.

Tatiana Karl, desnuda con sus cabellos oscuros, atraviesa a su vez la escena de luz, lentamente. Quizá sea en el rectángulo de visibilidad de Lol donde se detiene. Se vuelve hacia el fondo donde debe de hallarse el hombre.

La ventana es pequeña y Lol sólo debe de ver el busto de los amantes, cortado a la altura del vientre. No ve, pues, el final de los cabellos de Tatiana.

A esta distancia, cuando hablan, no les oye. Sólo ve el movimiento de sus rostros desencantados, parecido al movimiento de una parte del cuerpo. Hablan poco. Y además sólo les ve cuando pasan cerca del fondo de la habitación, detrás de la ventana. La expresión muda de sus rostros se parece, piensa Lol.

El vuelve a atravesar la luz, pero esta vez vestido. Y poco después, Tatiana Karl, aún desnuda: se detiene, se arquea hacia atrás, la cabeza ligeramente levantada y, con un movimiento del torso, los brazos en el aire, las manos dispuestas para recibirlos, echa los cabellos hacia adelante, los retuerce y los echa de nuevo hacia atrás. Sus senos, en relación con su delgadez, son pesados, ya están bastante estropeados, lo único estropeado en el cuerpo de Tatiana Karl. Lol debe de recordar qué puras eran sus relaciones en otro tiempo. Tatiana Karl tiene la misma edad que Lol V. Stein.

Recuerdo: el hombre llega mientras ella se ocupa de su melena, se inclina, hunde su cabeza en la masa flexible y abundante, la besa, la mujer sigue recogiendo sus cabellos, le deja hacer, sigue y abandona.

Desaparecen del marco de la ventana durante un momento bastante prolongado.

Tatiana vuelve otra vez sola, sus cabellos sueltos de nuevo. Entonces se dirige hacia la ventana, con un cigarrillo en los labios, y se acoda en ella.

Ve a Lol: no se mueve. Sabe que nadie puede descubrirla si no han advertido su presencia en el campo. Tatiana Karl no ve la mancha oscura en el centeno.

Tatiana Karl se aleja de la ventana para reaparecer vestida, cubierta de nuevo por su traje sastre negro. El también pasa, por última vez, con la chaqueta al hombro.

La habitación se apaga poco después.

Un taxi, sin duda llamado por teléfono, se detiene delante del hotel.

Lol se levanta. Ha anochecido por completo. Está entumecida, primero camina mal pero deprisa, una vez llega a la placita encuentra un taxi. Se ha hecho la hora de cenar. Su retraso es enorme.

Su marido está en la calle, espera, alarmado.

Mintió y la creyeron. Contó que tuvo que alejarse del centro para hacer una compra, compra que sólo podía hacer en los viveros de los suburbios, plantas para un seto que se le había ocurrido hacer, entre el jardín y la calle.

La compadecieron tiernamente por haber tenido que caminar tanto por calles sombrías y desiertas.

El amor que Lol había experimentado por Michael Richardson era, para su marido, la más segura garantía de la fidelidad de su mujer. No podía encontrar por

segunda vez un hombre hecho a la medida del de T. Beach, o bien era necesario que lo inventara, pero ella no inventaba nada, creía Jean Bedford.

Durante los días que siguieron, Lol buscó la dirección de Tatiana Karl.

No abandonó sus paseos.

Pero la luz del baile se ha roto de repente. Ha dejado de ver claro. Mohos grises recubren uniformemente los rostros, los cuerpos de los amantes.

Los Karl nunca habían vivido en S. Tahla. Lol y Tatiana se hicieron amigas en el colegio, pasaban sus vacaciones en T. Beach. Sus padres no eran, por así decirlo, conocidos. Lol había olvidado la dirección de los Karl. Escribió a la Asociación del colegio: cuando el padre de Tatiana se jubiló, los Karl se trasladaron, vivían a orillas del mar, cerca de T. Beach. Después de ese traslado no habían tenido noticias de Tatiana. Lol se empecinó, escribió una larga carta a la señora Karl para decirle cuánto le gustaría volver a ver a Tatiana, la única de sus amigas a la que no había olvidado. La señora Karl contestó a Lol muy afectuosamente, y le dio la dirección de su hija, en S. Tahla, casada desde hacía ocho años con el doctor Beugner.

Tatiana vivía en un gran chalet, al sur de S. Tahla, cerca del bosque.

En repetidas ocasiones, Lol fue a pasear por los alrededores de ese chalet que ya había visto, como todos los de la ciudad.

Se hallaba sobre una ligera elevación. Un parque, grande y arbolado, impedía verlo bien, de frente; pero, por detrás, por el sinuoso canal de un gran sendero, se divisaba mejor, pisos con balcones, espaciosa terraza en la que Tatiana, en verano, permanece con frecuencia. Por ese lado es donde se halla la verja de entrada.

Sin duda no entraba en los planes de Lol precipitarse a casa de Tatiana sino, primero, rodear el edificio, vagar por las calles que la circundaban. ¿Quién sabía? Quizá Tatiana saliera, se encontrarían así, volverían a encontrarse así, aparentemente, por casualidad.

No sucedió.

La primera vez, Lol debió de ver a Tatiana Karl en la terraza, echada en una tumbona, en bañador, al sol, con los ojos cerrados. La segunda vez, también. Una vez, Tatiana Karl no debía de estar. Ahí aparecía su tumbona, una mesa y revistas coloreadas. Aquel día el tiempo estaba cubierto. Lol se rezagó. Tatiana no apareció.

Lol decidió entonces visitar a Tatiana. Dijo a su marido que tenía intención de volver a ver a una antigua amiga del colegio, Tatiana Karl, de quien había encontrado una foto por casualidad, mientras ponía orden. ¿Le había hablado de ella alguna vez? Ya no sabía. No, Jean Bedford desconocía ese nombre.

Tal iniciativa sorprendió a Jean Bedford, ya que Lol jamás experimentaba el deseo de ver o de volver a ver a nadie. Preguntó a Lol. Ella no desistió de la única

razón que le dio: deseaba tener noticias de sus antiguas amigas del colegio, sobre todo de ésta, de Tatiana Karl, quien, en su recuerdo, era la más interesante de todas. ¿Cómo sabía su dirección en S. Tahla? La había visto salir de un cine del centro. Escribió a la Asociación del colegio.

Jean Bedford se había acostumbrado a ver a su mujer satisfecha a lo largo de los años, sin reclamar nada más a su alrededor. La imagen de Lol hablando con cualquier persona resultaba inimaginable e incluso parecía un tanto repulsiva para quien la conociera. Sin embargo, diríase que Jean Bedford no hizo nada para impedir que Lol se condujera por fin como las demás mujeres. Esta iniciativa, que demostraba cuánto mejoraba con el paso del tiempo, debía llegar tarde o temprano, lo había deseado, debió de recordar Jean Bedford, ¿o es que prefería que ella permaneciera tal como había estado durante diez años en U. Bridge, en esa virtuosidad irreprochable? Supongo que el miedo invadió a Jean Bedford: era de sí mismo de quien debía desconfiar. Debió de fingir sentirse feliz por la iniciativa de Lol. Todo lo que la arrancaba de su rutina cotidiana, le dijo, le encantaba. ¿No lo sabía? ¿Y sus paseos? ¿Podría conocer a Tatiana Karl? Lol se lo prometió al cabo de unos días.

Lol se compró un vestido. Retrasó la visita a Tatiana Karl dos días, el tiempo de llevar a cabo esa difícil compra. Se decidió por un vestido de pleno verano, blanco. Ese vestido, según la opinión de toda la casa, le sentaba muy bien.

Aquel día se arregló durante dos horas, a escondidas de su marido, de sus hijos, de sus criados. No sólo su marido, todos sabían que iba a visitar a una amiga del colegio a la que había estado muy unida. Se extrañaron, pero en silencio. En el momento de salir, la elogiaron. Se creyó en la obligación de dar detalles: había elegido aquel vestido blanco con objeto de que Tatiana Karl la reconociera mejor, más fácilmente; fue a orillas del mar, lo recordaba, en T. Beach, donde vio a Tatiana Karl por última vez, hacía diez años, y durante sus vacaciones, por deseo de un amigo, iba siempre de blanco.

La tumbona estaba en su sitio, la mesa también, y las revistas. Tatiana Karl quizá estuviera en casa. Era un sábado hacia las cuatro. Hacía buen tiempo.

Creo esto:

Lol, una vez más, da la vuelta al chalet, no ya con la esperanza de dar con Tatiana, sino para intentar calmar un poco esa impaciencia que la agita, que la haría echar a correr: no hay que dar señales a esa gente que aún ignora que su tranquilidad va a ser turbada para siempre. Tatiana Karl se le ha hecho tan querida en pocos días que si su tentativa fallara, si no la viera, la ciudad se haría irrespirable, mortal. Era preciso lograrlo. Estos días serán para esa gente, más exactamente que un futuro más lejano, lo que Lol V. Stein haga de ellos. Forjará las circunstancias precisas, después abrirá las puertas debidas: pasarán.

Da la vuelta alrededor de la casa, pasa ligeramente de la hora que se ha fijado

para la visita, feliz.

¿En qué perdido universo ha aprendido Lol V. Stein la voluntad feroz, el método?

Quizás hubiera resultado preferible llegar a casa de Tatiana Karl por la noche. Pero ha considerado que debía dar pruebas de discreción y se ha conformado con las horas de visita habituales para la burguesía de la que Tatiana y ella forman parte.

Llama a la verja. Ve, por así decirlo, el rosa de su sangre en sus mejillas. Debe estar bastante hermosa para que resulte visible, hoy. Hoy, según su deseo, Lol V. Stein debe verse.

Una doncella salió a la terraza, la observó un momento, desapareció hacia el interior. Unos segundos después Tatiana Karl, con un vestido azul, apareció a su vez en la terraza y miró.

La terraza está a unos cien metros de la verja. Tatiana se esfuerza por reconocer a quien llega así, de improviso. No reconoce, ordena abrir. La doncella desaparece de nuevo. La verja se abre por medio de un disparador eléctrico que sobresalta a Lol.

Se halla en el interior del parque. La verja vuelve a cerrarse.

Avanza por el sendero. Está a medio camino del recorrido cuando dos hombres se reúnen con Tatiana. Uno de esos hombres es el que busca. El la ve por primera vez.

Sonríe al grupo y sigue caminando lentamente hacia la terraza. Se divisan parterres de flores en el césped, a lo largo del sendero, las hortensias se marchitan a la sombra de los árboles, su malva postración constituye sin duda su único pensamiento. Las hortensias, las hortensias de Tatiana, al mismo tiempo que Tatiana, ahora, quien de un momento a otro gritará mi nombre.

—Eres Lola, ¿me equivoco?

El la mira. Le parece que tiene la misma mirada interesada que en la calle. Es Tatiana, esta vez es su voz, tierna, tierna de repente, de una coloración antigua, su triste voz de niña.

—¡No es posible! ¿Eres Lol? ¿No me equivoco, verdad?

—Soy —dijo Lol.

Tatiana desciende la escalera corriendo, llega hasta Lol, se detiene antes de darle alcance, la mira con una sorpresa desbordante pero un poco despavorida, que va del placer al displacer, del temor a la tranquilidad, Lol la intrusa, la niña del patio, Lol de T. Beach, ese baile, ese baile, la loca, ¿la seguía queriendo? Sí.

Lol se encuentra entre sus brazos.

Los hombres, desde la terraza, contemplan cómo se abrazan. Han oído hablar de ella a Tatiana Karl.

Ambas se hallan muy cerca de la terraza. De un momento a otro la distancia que las separa de esta terraza quedará salvada para siempre.

Antes de que eso suceda el hombre a quien Lol busca se encuentra de repente en la diana de su mirada. Lol, la cabeza en el hombro de Tatiana, lo ve: se ha tambaleado ligeramente, ha desviado la mirada. Lol no se ha equivocado.

Tatiana ya no huele a la ropa blanca fresca, del dormitorio desde donde su risa

corría, por la noche, a la búsqueda de oídos a los que contar las travesuras del día siguiente. El día siguiente está ahí. Tatiana, vestida con una piel de oro, embalsama el ámbar, ahora, el presente, el único presente, que serpentea en el polvo y que se posa al fin en el grito, el dulce grito de alas rotas cuya fisura sólo Lol V. Stein percibe.

—¡Dios mío! Diez años sin verte Lola.

—Sí, diez años, Tatiana.

Enlazadas, ascienden los peldaños de la escalera. Tatiana la presenta a Pierre Beugner, su marido, y Jacques Hold, uno de sus amigos, la distancia se ha salvado, yo.

Treinta y seis años, formo parte de la clase médica. Sólo hace un año que llegué a S. Tahla. Estoy al servicio de Pierre Beugner en el Hospital departamental. Soy el amante de Tatiana Karl.

Desde que Lol ha entrado en la casa no ha tenido ninguna mirada para mí.

Enseguida le ha hablado a Tatiana de una fotografía encontrada recientemente, por casualidad, al poner en orden una habitación del desván: aparecían las dos juntas, cogidas de la mano, en el patio del colegio, en uniforme, a los quince años. Tatiana no recordaba esa fotografía. Incluso yo creí en su existencia. Tatiana le pidió que se la dejara ver. Lol se lo prometió.

—Tatiana nos ha hablado de usted —dijo Pierre Beugner.

Tatiana no es habladora y aquel día lo estaba menos de lo habitual. Escuchaba la más insignificante palabra de Lol V. Stein, la incitaba a hablar de su vida reciente. Desearía hacérsela conocer y, a la vez, saber aún más sobre su modo de vida, su marido, sus hijos, su casa, su empleo del tiempo, su pasado. Lol habló poco pero con bastante claridad, con bastante nitidez como para tranquilizar a quien fuese sobre su estado actual, pero no a ella, a Tatiana. Tatiana se inquietaba por Lol de un modo distinto al de los demás: que hubiera recobrado la razón hasta tal extremo la entristecía. Nunca debería uno curarse por completo de la pasión. Y además, la de Lol fue inefable, siempre lo reconoce, a pesar de las reservas que todavía tiene respecto a la parte que tuvo en la crisis de Lol.

—Hablas de tu vida como un libro —dijo Tatiana.

—Año tras año —dijo Lol, con una sonrisa turbada—, no veo nada diferente a mi alrededor.

—Dime algo, sabes muy bien qué, de cuando éramos jóvenes —suplicó Tatiana.

Lol intenta con todas sus fuerzas adivinar qué en su juventud, qué detalle hubiera permitido a Tatiana volver a encontrar algo de esa amistad tan viva que le profesaba en el colegio. No lo logró. Dijo:

—Si quieres saberlo, creo que hubo un error.

Tatiana no respondió.

La conversación se tornó banal, se demoró, se embotó porque Tatiana espiaba a Lol, sus menores sonrisas, sus menores gestos, y sólo se ocupaba de eso. Pierre Beugner habló a Lol de S. Tahla, de los cambios producidos en el lugar desde la juventud de ambas mujeres. Lol lo sabía todo acerca del desarrollo de S. Tahla, la abertura de nuevas calles, los proyectos de construcción de los suburbios, habló de ello con una voz pausada, como de su existencia. Después se hizo de nuevo el silencio. Se habló de U. Bridge, se habló.

Nada podía dejar entrever en esta mujer, ni siquiera fugazmente, el extraño luto que había llevado Lol V. Stein por Michael Richardson.

De su locura, consumida, arrasada, nada parecía subsistir, ningún vestigio excepto su presencia en casa de Tatiana Karl aquella tarde. La razón de esa presencia coloreaba un horizonte lineal y monótono, pero poco, pues resultaba plausible que se aburriera y fuera a casa de Tatiana. Tatiana, sin embargo, se preguntaba por qué se encontraba allí. Era inevitable: no tenía nada que decir, que contar a Tatiana, nada que contar; de sus recuerdos del colegio, parecía tener una memoria muy dañada, perdida; a los diez años pasados en U. Bridge, les había dado la vuelta en unos minutos.

Yo era el único en saber, debido a esa mirada inmensa, famélica, que me dirigió al abrazar a Tatiana, que su presencia allí tenía una razón precisa. ¿Cómo era posible? Dudaba. Para complacerme más en hallar de nuevo la precisión de esa mirada, volvía a dudar. Difería totalmente de las que lanzaba ahora. No quedaba ni rastro. Pero el desinterés que ahora me demostraba era demasiado grande para ser natural. Evitaba verme. No le dirigí la palabra.

—¿Qué error? —preguntó por fin Tatiana.

Tensa, no agradándole que le formulen preguntas así, no dejó sin embargo de contestar, desconsolada por decepcionar a Tatiana.

—Respecto a las razones. Hubo un error respecto a las razones.

—Eso ya lo sabía —dijo Tatiana—, es decir... desconfiaba... las cosas nunca son tan simples...

Pierre Beugner, una vez más, dio un giro a la conversación, evidentemente era el único de nosotros tres que soportaba con dificultad el rostro de Lol cuando hablaba de su juventud; empezó a hablar de nuevo, a hablarle, ¿de qué?, de la belleza de su jardín, pasó por delante, qué buena idea el seto entre la casa y la calle tan concurrida.

Lol parecía olerse algo, sospechar que entre Tatiana y yo existía algo más que una relación amistosa. Cuando Tatiana abandona a Lol, cuando deja de formularle preguntas, se hace más patente: Tatiana, en presencia de sus amantes, siempre se conmueve por el recuerdo siempre reciente de la tarde en el Hôtel des Bois. Al cambiar de sitio, al levantarse, al arreglarse el peinado, al sentarse, su movimiento siempre es carnal. Su cuerpo de muchacha, su cicatriz, su feliz calamidad, grita, clama al paraíso perdido de su unidad, clama sin cesar, desde ahora, que se le consuelen, sólo se siente completa en una cama de hotel.

Tatiana sirve el té. Lol la sigue con la mirada. La miramos. Lol V. Stein y yo la miramos. Cualquier otro aspecto de Tatiana se convierte en algo secundario: ante Lol y ante mí es sólo la amante de Jacques Hold. No oigo bien lo que evocan, ambas, ahora, con un tono ligero, acerca de su juventud, del pelo de Tatiana. Lol dice:

—Por la noche, todo el dormitorio venía a ver tus cabellos sueltos. Te ayudaban.

Nunca se hablará del rubio de Lol, ni de sus ojos, nunca.

Sabré por qué, del modo que sea, sabré por qué.

Ha sucedido. Mientras Tatiana se arregla una vez más el peinado me acuerdo de ayer —Lol la mira—, me acuerdo de mi cabeza pegada a sus senos, ayer. Ignoro que Lol lo ha visto y sin embargo la clase de mirada que dirige hacia Tatiana provoca mi recuerdo. Lo que ya ignoro menos, creo, es lo que puede ocurrirle a Tatiana cuando vuelva a peinarse, desnuda, en la habitación del Hôtel des Bois.

¿Qué ocultaba esta tranquila resucitada de un amor tan grande, tan intenso, dicen, que pareció haber perdido la razón? Yo estaba sobre aviso. Es dulce, sonriente, habla de Tatiana Karl.

Tatiana no creía que ese baile fuese el único impulsor de la locura de Lol V. Stein; la remontaba hasta mucho antes, mucho antes en su vida, mucho antes en su juventud, la situaba en otra parte. En el colegio, dijo, a Lol le faltaba algo, ya estaba extrañamente incompleta, había vivido su juventud como en una petición de lo que sería pero que no llegaría a ser. En el colegio era una maravilla de dulzura y de indiferencia, cambiaba de amigas, jamás luchaba contra el aburrimiento, nunca una lágrima de muchacha. Cuando corrió el rumor de su noviazgo con Michael Richardson, Tatiana sólo creyó la noticia a medias. ¿A quién habría podido encontrar Lol, capaz de retener su entera atención? ¿O, al menos, una parte suficiente como para inducirla a comprometerse con el matrimonio? ¿Quién habría conquistado su corazón inacabado? ¿Cree aún Tatiana haberse equivocado?

Creo que Tatiana me refirió conversaciones, muchas, y también rumores que corrieron por S. Tahla durante la época de la boda de Lol V. Stein. ¿Estaría encinta de su primera hija? No lo recuerdo con exactitud, forman un rumor, lejano, en ese momento, ya no los distingo de los relatos de Tatiana. En este momento, sólo yo entre todos esos falsarios, sé: no sé nada. Fue mi primer descubrimiento respecto a ella: no saber nada de Lol era ya conocerla. Se podía, pensé, saber aún menos, cada vez menos, de Lol V. Stein.

El tiempo transcurría. Lol permanecía allí, siempre feliz, sin convencer a nadie de que se trataba de volver a ver a Tatiana.

—¿Pasas a veces por delante de casa? —pregunta Tatiana.

Lol dice que suele pasear por la tarde, cada día, hoy había venido adrede, había escrito varias cartas al colegio y luego a sus padres después de haber encontrado la fotografía.

¿Por qué se quedaba más y más?

He aquí el atardecer.

Al atardecer, Tatiana siempre se entristecía. Jamás se olvidaba. Ese atardecer volvió a mirar durante un instante al exterior: el estandarte blanco de los amantes en su primer viaje sigue flotando sobre la ciudad oscurecida. El fracaso deja de ser el botín de Tatiana, se esparce, se derrama por el universo. Tatiana dice que desearía hacer un viaje. Pregunta a Lol si comparte ese deseo. Lol dice no haberlo pensado todavía.

—Quizá. Pero, ¿dónde?

—Ya se te ocurrirá —dice Tatiana.

Se sorprendieron de no haberse encontrado aún en el centro de S. Tahla. Pero lo cierto, dice Tatiana, es que sale poco, que durante esta estación hace frecuentes viajes a casa de sus padres. Es mentira. Tatiana tiene tiempo libre. Yo ocupo todo el tiempo libre de Tatiana.

Lol cuenta su vida, desde su matrimonio: sus partos, sus vacaciones. Detalla —quizá crea que es eso lo que quieren saber— las dimensiones de la última casa que habitó, en U. Bridge, estancia por estancia, de un modo suficientemente prolongado como para que la incomodidad anide en Tatiana Karl y en Pierre Beugner otra vez. No me pierdo una palabra. Cuenta, de hecho, el despoblamiento de una morada con su traslado.

—El salón es tan grande que se hubiera podido bailar en él. Nunca pude solucionarlo, amueblarlo, nada bastaba.

Sigue describiendo. Habla de U. Bridge. De repente ya no lo hace para complacernos, y prudentemente, como ha debido proponérselo. Habla más deprisa, en voz alta, su mirada se aparta de nosotros: dice que el mar no está lejos del chalet que habitaba en U. Bridge. Tatiana se sobresalta: el mar se halla a dos horas de U. Bridge. Pero Lol no se da cuenta de nada.

—Es decir, que sin esos nuevos edificios se hubiera podido ver el mar desde mi habitación.

Describe esa habitación y el error queda en el camino. Vuelve de nuevo a T. Beach, que no confunde con ningún otro lugar, de nuevo está presente, en posesión de recursos.

—Un día regresaré allí; no hay excusas que valgan.

Deseaba volver a ver su mirada sobre mí, dije:

—¿Por qué no hacerlo este verano?

Me miró, tal como deseaba. La mirada que se le escapó cambió el curso de su pensamiento. Respondió al azar:

—Quizás este año. Me encanta la playa —a Tatiana—: ¿te acuerdas?

Sus ojos son aterciopelados como sólo lo son los ojos oscuros, pero los suyos son de agua muerta y de cieno entremezclados, sólo una dulzura somnolienta los cruza en ese instante.

—Sigues poseyendo tu dulce rostro —dijo Tatiana.

He aquí, en una sonrisa, he aquí una burla alegre, poco oportuna, a mi entender.

Tatiana, de repente, reconoce algo.

—¡Ah! —dice—. También te burlabas así cuando te lo decían.

Quizás ella acababa de dormir durante un buen rato.

—No me burlaba. Tú te lo pensabas. Eras tan bella, Tatiana... ¡Cómo me acuerdo!

Tatiana se levantó para besar a Lol. Otra mujer dio paso a ésta, imprevisible, fuera de lugar, irreconocible. ¿De qué se burlaba si se burlaba?

Estaba obligado a conocerla porque ella quería que así sucediera. Está sonrosada para mí, sonrío, se burla, para mí. Hace calor, uno se asfixia de repente en el salón de Tatiana. Digo:

—Usted también es hermosa.

Con un gesto brusco de cabeza, como si la hubiera abofeteado, se vuelve hacia mí.

—¿Le parece?

—Sí —dice Pierre Beugner.

Vuelve a reír.

—¡Qué ocurrencia!

Tatiana se pone seria. Estima con fervor a su amiga. Me doy cuenta de que está casi segura de que Lol no está curada por completo. Está profundamente sosegada, lo sé; esta supervivencia incluso pálida de la locura de Lol hace fracasar la horrible fugacidad de las cosas, amortigua un poco la huida insensata de los pasados veranos.

—Tu voz ha cambiado —dice Tatiana—, pero tu risa la hubiera reconocido detrás de una puerta de hierro.

Lol dice:

—No te preocupes, Tatiana; no debes preocuparte.

Con la mirada baja esperaba. Nadie le contestaba. Era a mí a quien se había dirigido.

Se inclinó hacia Tatiana, curiosa, divertida.

—¿Cómo era antes? No logro recordarlo con exactitud.

—Un poco brutal. Hablabas de prisa. Se te entendía mal.

Lol rió de buena gana.

—Era sorda —dijo—, pero nadie lo sabía. Tenía voz de sorda.

Los jueves, cuenta Tatiana, las dos se negaban a salir en fila, con el colegio, bailaban en el patio vacío —¿bailamos, Tatiana?—, un pick-up en un edificio vecino, siempre el mismo, tocaba viejos bailes —un programa para recordar— que ellas escuchaban, ausentes las celadoras, solas en el inmenso patio del colegio donde, aquel día, se oía el ruido de las calles. Vamos, Tatiana, va, bailemos, exasperadas a veces, juegan, gritan, juegan a darse miedo.

La mirábamos escuchar a Tatiana y parecía tomarme por testigo de ese pasado. ¿Es verdad? ¿Es verdad tal como lo cuenta?

—Tatiana nos ha hablado de esos jueves —dijo Pierre Beugner.

Tatiana, como cada día, ha dejado que se instale la semipenumbra del crepúsculo y puedo contemplar a Lol V. Stein durante un buen rato bastante largo, antes de que se vaya, para no olvidarla jamás.

Cuando Tatiana encendió la luz, Lol se levantó con pesar. ¿Qué domicilio ilusorio iba a encontrar? Yo no lo sabía aún.

Una vez en pie, a punto de marcharse, dijo por fin lo que tenía que decir: desea volver a ver a Tatiana.

—Quiero volver a verte Tatiana.

Entonces, lo que hubiera debido parecer habitual pareció falso. Yo bajo la vista. Tatiana, que intenta encontrar mi mirada, la pierde cual una moneda caída. ¿Por qué Lol, que diríase tan indiferente con todo el mundo, quiere volver a verme, a mí, a Tatiana? Salgo a la escalera. No es completamente de noche, me doy cuenta, está lejos de serlo. Oigo que Tatiana pregunta:

—¿Por qué deseas volver a verme? ¿Tantas ganas de verme te ha inspirado la foto? Estoy intrigada.

Me vuelvo: Lol V. Stein se turba, busca mi mirada, pasa de la mentira a la sinceridad, se detiene en la mentira, con coraje.

—La razón es esa foto, sí —añade—. Y también que debía conocer gente.

Tatiana ríe.

—Eso no te va, Lola.

Advierto que la manera de reír de Lol es incomparable cuando miente. Dice:

—Ya veremos, ya veremos adónde nos conduce esto. ¡Me siento tan bien contigo!

—Veremos —dice Tatiana alegremente.

—Uno siempre puede dejar de verme, lo comprendo.

—Lo sé —dice Tatiana.

Una compañía teatral, en gira, pasaba por S. Tahla aquella semana. ¿No era una ocasión para verse? Después irían a casa, Tatiana conocería por fin a Jean Bedford. ¿No podían ir también Pierre Beugner y Jacques Hold?

Tatiana dudó, luego dijo que irían, que renunciaba ir al mar. Pierre Beugner estaba libre. Intentaré, dije yo, anular una cena. Aquella misma tarde debíamos encontrarnos con Tatiana en el Hôtel des Bois.

Tatiana se había convertido en mi mujer en S. Tahla, la admirable belleza de mi prostitución, yo no podía prescindir de Tatiana.

Al día siguiente telefoneé a Tatiana, le dije que no iríamos a casa de los Bedford. Creyó en mi sinceridad. Me dijo que le resultaba imposible rechazar, por ser la primera vez, la invitación de Lol.

Jean Bedford se ha retirado a su habitación. Mañana tiene un concierto. Hace

ejercicios de violín.

En este momento, hacia las once y media, nos hallamos en la sala de juegos de los niños. Una estancia grande y desnuda. Hay un billar. Los juguetes de los niños están en un rincón, guardados en cajas. El billar es muy viejo, ya debía de estar en casa de los Stein antes del nacimiento de Lol.

Pierre Beugner puntúa. Lo miro. Al salir del teatro me ha dicho que había que dejar a Tatiana y a Lol V. Stein solas un rato, antes de reunirse con ellas. Era probable, había añadido, que Lol tuviera que hacer alguna confidencia importante a Tatiana, la insistencia que había puesto en volver a verla lo demostraba.

Doy la vuelta alrededor del billar. Las ventanas están abiertas al jardín. También una gran puerta que da al césped. La sala es contigua a la habitación de Jean Bedford. Lol y Tatiana pueden, al igual que nosotros, oír el violín, pero en un tono menos alto. Un vestíbulo las separa de esas dos estancias donde permanecen los hombres. Deben de oír, también, el sordo choque de las bolas de billar. Los ejercicios de Jean Bedford sobre doble cuerda son muy agudos. Su monótono frenesí es perdidamente musical, el canto esencial del instrumento.

Hace buen tiempo. Sin embargo Lol, contrariamente a su costumbre, ha cerrado los vanos del salón. Cuando hemos llegado delante de la casa, oscura, de ventanas abiertas, le ha dicho a Tatiana, que se extrañaba, que lo hacía en esta estación. Esta noche, no. ¿Por qué? Sin duda se lo ha pedido Tatiana. Es Tatiana quien tiene que abrir su corazón a Lol, ese corazón del que nunca hablamos entre nosotros, no Lol, lo sé.

Lol ha enseñado sus tres hijos, dormidos, a Tatiana. Se ha oído prorrumpir sus risas contenidas en las habitaciones de arriba. Y a continuación han vuelto a bajar al salón. Estábamos ya en el billar. No sé si Lol se ha sorprendido al no vernos. Se ha oído el cierre de tres vanos.

Ella, desde el otro lado del vestíbulo, y yo aquí, en la sala de juegos por la que rondo, esperamos volver a vernos.

La obra era divertida. Ellas han reído. Lol y yo hemos reído juntos en tres ocasiones. Durante el descanso, al pasar junto a Tatiana y a Pierre Beugner me he dado cuenta que hablaban de Lol, en un apartado muy breve.

Salgo de la sala de billar. Pierre Beugner no lo advierte. Por lo general, no solemos permanecer a solas mucho rato, debido a Tatiana. No creo que Pierre lo ignore todo, como pretende Tatiana. Doy algunos pasos alrededor de la casa y heme aquí, detrás de uno de los vanos laterales del salón.

Lol está sentada frente a ese vano. Aún no me ve. El salón es menos grande que la sala de billar, amueblado con sillones dispares, con una vitrina muy grande de madera negra en la que hay libros y una colección de mariposas. Las paredes son blancas, están desnudas. Todo muestra una limpieza meticulosa y un orden rectilíneo, la mayor parte de los sillones están dispuestos a lo largo de la pared, la iluminación, insuficiente, cae desde el techo.

Lol se levanta y ofrece una copa de jerez a Tatiana. Ella aún no bebe. Tatiana debe de estar a punto de hacer alguna confidencia a Lol. Habla, hace pausas, baja la mirada, dice algo, aún no. Lol se agita, intenta parar el golpe. No desea confidencias de Tatiana, es inútil, se diría incluso que la molestarían. ¿Estamos en sus manos? ¿Por qué? ¿Cómo? No sé nada.

No me encontraré con Tatiana en el Hôtel des Bois hasta al cabo de dos días, pasado mañana. Me gustaría que fuera esta noche, después de esta visita a Lol. Creo que esta noche mi deseo de Tatiana se saciaría para siempre, tarea realizada por ardua que sea, tan difícil, por larga que sea, tan agotadora, entonces me hallaría frente a una certeza.

¿Cuál? Concernería a Lol pero ignoro cómo, el sentido que tendría, qué espacio físico o mental de Lol se iluminaría bajo el efecto de mi deseo colmado de Tatiana, no intento saberlo.

He aquí que Tatiana se levanta, dice algo con vehemencia. Entonces Lol, primero, se aparta, y luego vuelve, se acerca de nuevo a Tatiana y acaricia suavemente sus cabellos.

Hasta el último momento he intentado arrastrar a Tatiana al Hôtel des Bois, cuando era a Lol a quien yo debía volver a ver. No puedo hacer eso a una amiga, ha dicho Tatiana, después de una ausencia tan larga, ese pasado, también esa fragilidad, ¿lo has notado? No puedo dejar de ir. Tatiana ha creído en mi sinceridad. Pronto, muy pronto, apenas al cabo de dos días poseeré por completo a Tatiana Karl, del todo, hasta el final.

Lol sigue acariciando los cabellos de Tatiana. Primero, la mira intensamente; después, su mirada se ausenta, acaricia como el ciego que intenta reconocer algo. Y entonces Tatiana retrocede. Lol levanta la mirada y veo cómo sus labios pronuncian Tatiana Karl. Tiene una mirada opaca y dulce. La mirada que era para Tatiana cae sobre mí, me descubre detrás del vano de la ventana. No revela ninguna emoción. Tatiana no se da cuenta de nada. Da algunos pasos hacia Tatiana, regresa, la abraza por la cintura suavemente e, insensiblemente, la conduce hacia la puerta vidriera que da al jardín. La abre. He comprendido. Avanzo a lo largo del muro. Ya está. Permanezco en la esquina de la casa. Así, las oigo. De repente, he aquí sus voces mezcladas, tiernas, en la disolución nocturna, de una feminidad que, a la par, acude a mi encuentro. Las oigo. Es lo que Lol deseaba. Dice:

—Mira esos árboles, nuestros hermosos árboles. ¡Qué agradable resulta!

—¿Qué ha sido lo más difícil, Lola? —pregunta Tatiana.

—Los horarios. Para los niños, las cenas, dormir...

Tatiana se lamenta, con un suspiro prolongado, cansado.

—En casa sigue reinando el oscuro desorden. Mi marido es rico, no tengo hijos, qué se le va a hacer... qué se le va a hacer...

Lol, con el mismo movimiento de hace un instante, conduce a Tatiana al centro del salón. Vuelvo al vano de la ventana desde donde las veo. Las oigo y las veo. Le

acerca un sillón, de modo que quedará de espaldas al jardín. Se sienta en frente. Todo el abanico de ventanas está bajo su mirada. Si quiere mirar, puede. No lo hace ni una sola vez.

—¿Deseas cambiar, Tatiana?

Tatiana se alza de hombros y no contesta, al menos no oigo nada.

—Estás en un error. No cambies, Tatiana. ¡Oh, no, no cambies!

—Al principio, podía elegir: vivir como lo hacíamos cuando éramos jóvenes, de acuerdo con una idea general de la vida, ¿te acuerdas?, o bien instalarme en una existencia muy determinada, como tú, ya sabes lo que quiero decir, perdona, pero lo sabes.

Las escucho. No ha olvidado mi presencia pero está realmente dividida entre los dos. Dice:

—No pude elegir mi vida. Era mejor para mí, decían, ¿qué habría hecho yo? Pero ahora imagino otra que hubiera podido poseer en lugar de ésta. Tatiana, esta noche soy muy feliz.

Esta vez es Tatiana quien se levanta y abraza a Lol. Las veo perfectamente. Lol ofrece cierta resistencia a Tatiana, pero ésta debe de atribuirlo al pudor de Lol. No se ofende. Lol escapa, se sitúa en medio del salón. Me escondo detrás del muro. Cuando vuelvo a mirar, han vuelto a ocupar su sitio en los sillones.

—Escucha a Jean. A veces toca hasta las cuatro de la madrugada. Nos ha olvidado por completo.

—¿Le escuchas siempre?

—Casi siempre. Sobre todo cuando...

Tatiana espera. El resto de la frase no llegará. Tatiana prosigue:

—¿Y para el futuro, Lol? ¿No has pensado algo? ¿Algo un poco distinto? —¡Con qué ternura ha hablado Tatiana!

Lol ha cogido una copa de jerez, bebe a pequeños sorbos. Medita.

—Aún no lo sé —dice por fin—. Pienso más en mañana que en un futuro lejano. La casa es tan grande... Siempre tengo algo nuevo que empezar. Resulta difícil evitarlo. ¡Oh, hablo de preocupaciones domésticas!, ¿sabes?, de compras, de compras por hacer.

Tatiana ríe.

—Te haces la tonta —dice ella.

Se levanta otra vez y da la vuelta al salón, un poco impaciente. Lol no se mueve. Me escondo. Ya no veo nada. Ahora ha debido de regresar a su sitio. Sí.

—¿Qué compras? —pregunta brutalmente Tatiana.

Lol levanta la cabeza, ¿se ha vuelto loca? Quizás yo irrumpa en el salón y haga callar a Tatiana. Lol dice inmediatamente, con tono culpable.

—Pues platos desaparejados para siempre, por ejemplo. Sí, uno cree que los encontrará en cualquier tienda de las afueras.

—Jean Bedford me ha hablado de unas compras que hiciste la semana pasada en

las afueras, tan lejos, tan tarde... ¡qué acontecimiento! Dime, Lol, ¿es verdad?

—¿Ha tenido tiempo de contártelo en tan poco rato?

Voy de un vano de ventana a otro, para ver o para oír mejor. La voz de Lol ya no denota inquietud. Apenas se ha vuelto hacia Tatiana. Lo que va a decir no le interesa. Parece escuchar, escuchar algo que Tatiana no oye: mis idas y venidas a lo largo del muro.

—El asunto ha surgido de una manera natural. Hablábamos de ti, de tu vida, de tu orden, que según parece le hace sufrir un poco. ¿Lo sabías?

—Nunca ha dicho nada respecto a eso, ya no me acuerdo. —Lol añade—: Creo que cuando salgo es feliz. —Lol añade—: Escucha la música y cómo juegan allí, en el billar. Ellos también nos han olvidado. Recibimos a poca gente sobre todo tan tarde. Y sin embargo, ya ves, me encanta.

—¿Querías comprar unos arbustos, no?, ¿plantas para un seto? —pregunta Tatiana, esta vez con excesiva naturalidad.

—Un amigo de Jean me dijo que en esta región a veces se consigue cultivar granados. Empecé a buscarlos.

—Una probabilidad entre mil, Lol.

—Ninguna —dice Lol gravemente—, ninguna.

Tal mentira no molesta a Tatiana, al contrario. Lol V. Stein miente. Prudente, con precaución, esta vez, para variar de método, Tatiana se aventura por otro ámbito, más lejano.

—¿Tan amigas éramos en el colegio? ¿Cómo aparecemos en la foto?

Lol adopta una actitud desolada.

—La he vuelto a perder —dice.

Tatiana, ahora, lo sabe: Lol V. Stein miente también a Tatiana Karl. La mentira es brutal, incomprensible, de una oscuridad insondable. Lol sonrío a Tatiana. Diríase que Tatiana recoge velas, que va a desistir.

—Ya no sé si éramos muy amigas —dice Lol.

—En el colegio —dice Tatiana—. ¿No te acuerdas del colegio?

Tatiana contempla fijamente a Lol: ¿va a rechazarla para siempre o, por el contrario, volverá a verla, volverá a verla con pasión? Lol sigue sonriéndole, indiferente. ¿Acaso es conmigo con quien está, detrás del vano de la ventana? ¿O en otra parte?

—No me acuerdo —dice—. De ninguna amistad. De nada de este tipo de cosas.

Diríase que toma conciencia de que hubiera debido ir con cuidado, que se asusta un poco de lo que va a seguir. Veo su mirada buscando la mía. Tatiana aún no se ha dado cuenta de nada. Dice, miente a su vez, tantea:

—No sé si volveré a verte tan a menudo como tú parece desear.

Lol suplica.

—¡Ya verás, Tatiana, ya verás! —dice—. Te acostumbrarás a mí.

—Tengo amantes —dice Tatiana—. Mis amantes ocupan todo mi tiempo libre.

Deseo que sea así.

Lol se sienta. En su mirada se lee una tristeza descorazonadora.

—No sabía que emplearas esas palabras, Tatiana —dice en voz baja.

Se levanta. Se aleja de Tatiana caminando de puntillas como si allí, muy cerca, hubiera que preservar un sueño de niño. Tatiana la sigue, un tanto contrita ante lo que cree ser el aumento de la tristeza de Lol. Están en la ventana, muy cerca de mí.

—¿Qué te parece ese amigo nuestro, Jacques Hold?

Lol se vuelve hacia el jardín. Alza su voz, inexpresiva, recitativa.

—El mejor de todos los hombres está muerto para mí. No poseo opinión al respecto.

Se callan. Las veo de espaldas, enmarcadas por la cortina de la vidriera. Tatiana murmura:

—Después de tantos años quisiera preguntarte si...

No oigo el resto de la frase de Tatiana porque avanzo hacia la escalera donde Lol está ahora, vuelta de espaldas hacia el jardín. La voz de Lol sigue siendo clara, sonora. Quiere huir de la confidencia, hacerla pública.

—No sé —dice—. No sé si aún pienso en aquello.

Se vuelve, sonrío, dice casi de un tirón:

—Aquí está el señor Jacques Hold, ¿no estaba usted en el billar?

—De allí vengo.

Llego hasta donde me da la luz. A Tatiana todo le parece normal.

—Parece que tenga frío —me dice.

Lol nos hace entrar. Me sirve jerez, que bebo. Tatiana está pensativa. ¿Está molesta, aunque poco, porque he aparecido demasiado pronto? No, piensa demasiado en Lol para estarlo. Lol, con las manos en las rodillas, el cuerpo doblado hacia adelante, en una pose familiar, se dirige a Tatiana.

—Del amor —dice— me acuerdo.

Tatiana mira fijamente al vacío.

—¡Ese bailé! ¡Oh, Lol, ese baile!

Lol, sin cambiar de pose, mira fijamente el mismo vacío que Tatiana.

—¿Cómo? —pregunta—. ¿Cómo lo sabes?

Tatiana vacila. Por fin, grita.

—¡Pero, Lol, estuve allí: toda la noche, a tu lado!

Lol no se sorprende, ni siquiera intenta recordar, es inútil.

—¡Ah! ¡Eras tú! —dice—. Lo había olvidado.

¿Lo cree Tatiana? Duda, espía a Lol, palpitante, satisfecha más allá de sus esperanzas.

Entonces Lol pregunta con una curiosidad rota, emigrada centenaria de su juventud:

—¿Sufría? Dímelo, Tatiana, no lo he sabido nunca.

Tatiana dice:

—No.

Mueve la cabeza pausadamente.

—No. Soy tu único testigo. Puedo decírtelo: no. Tú les sonreías. No sufrías.

Lol clava sus dedos en las mejillas. Emboscadas ambas en ese baile, me olvidan.

—Lo recuerdo —dice—, debía de sonreír.

Doy la vuelta a la estancia, alrededor de las dos mujeres. Se callan.

Salgo. Voy a buscar a Pierre Beugner a la sala de billar.

—Nos esperan.

—Le he estado buscando.

—Estaba en el jardín. ¿Viene?

—¿Usted cree?

—Creo que les da igual hablar de eso ante nuestra presencia. Quizás incluso lo prefieran.

Entramos en el salón. De nuevo se callan.

—¿No avisa a Jean Bedford?

Lol se levanta, entra en el vestíbulo, cierra la puerta —el sonido del violín se atenúa de repente.

—Esta noche prefiere mantenerse aleado de nosotros.

Nos sirve jerez, bebe de nuevo. Pierre Beugner bebe de un trago, el silencio le asusta, lo soporta mal.

—Estoy a la disposición de Tatiana para irnos —dice—, cuando ella quiera.

—¡Oh, no! —suplica Lol.

Estoy de pie, vagabundeo por la estancia, la mirada puesta en ella. Debería de resultar evidente. Pero Tatiana está sumergida en el baile de T. Beach. No tiene ganas de marcharse, no ha contestado a su marido. Ese baile ha sido también el de Tatiana. Vuelve a ver, no ve a su alrededor, a alguien presente.

—Jean ama la música cada vez más —dice Lol—. A veces toca hasta el amanecer. Sucede cada vez con más frecuencia.

—Se habla de él, se habla de sus conciertos —dice Pierre Beugner—. Es raro asistir a una cena, a una velada, donde no se hable de él.

—Eso es casi verdad —dije.

Lol habla para retenerles, para retenerme, busca el modo de facilitarme el trabajo. Tatiana no escucha.

—Tú, Tatiana, hablas de él —dice Pierre Beugner—, porque se ha casado con Lol.

Lol se sienta en el borde de su silla, presta a levantarse si alguien da la señal de partida. Dice:

—Jean se casó en condiciones muy divertidas. La gente habla de él también por este motivo, recuerdan nuestra boda.

Entonces pregunto a Tatiana:

—¿Cómo era Michael Richardson?

No se sorprenden, se dirigen una mirada interminable, interminable, están de acuerdo en la imposibilidad de contar, de rendir cuenta de esos instantes, de esa noche cuya verdadera densidad sólo ellas conocen, y cuyas horas han visto caer, una a una hasta la última que halló el amor en otras manos, con otro nombre, con otro error.

—Nunca regresó, nunca —dice Tatiana—. ¡Qué noche!

—¿Regresó?

—Ya no posee nada en T. Beach. Sus padres murieron. Vendió su heredad, sin venir.

—Lo sabía —dice Lol.

Hablan entre ellas. El violín sigue sonando. Sin duda Jean Bedford toca tanto esta noche para no estar con nosotros.

—Quizás haya muerto.

—Quizá. Lo amabas como se ama a la vida.

Lol hace una mueca ligera, dubitativa.

—¿Por qué llegó la policía?

Tatiana nos mira, un tanto extrañada, estupefacta: eso no lo sabía.

—Tu madre habló... pero la policía no vino.

Reflexiona. Y es en ese momento cuando vuelve la oscuridad. Pero ella sólo regresa al baile, a ninguna otra parte aún.

—Ya me lo parecía. ¿Era necesario que se marchara?

—¿Cuándo?

—¿Por la mañana?

Lol vivió toda su juventud en S. Tahla, aquí, su padre era de origen alemán, era profesor de Historia en la universidad, su madre era de S. Tahla, Lol tiene un hermano nueve años mayor que ella, vive en París, no habla de ese único pariente, Lol conoció al hombre de T. Beach durante las vacaciones escolares de verano, una mañana, en las canchas, tenía veinticinco años, hijo único de los grandes terratenientes de los alrededores, sin empleo, cultivado, brillante, muy brillante, de humor sombrío, Lol amó a Michael Richardson en cuanto le vio.

—Ya que cambió, debía marcharse.

—La mujer —dice Tatiana—, era Anne-Marie Stretter, una francesa, la mujer del cónsul de Francia en Calcuta.

—¿Murió?

—No. Está envejecida.

—¿Cómo lo sabes?

—A veces la veo, en verano, pasa algunos días en T. Beach. Aquello acabó. Nunca dejó a su marido. Aquello debió de durar poco entre ellos, algunos meses.

—Algunos meses —repite Lol.

Tatiana le coge las manos, baja la voz.

—Escucha, Lol, escúchame. ¿Por qué dices lo que no es verdad? ¿Lo haces

adrede?

—A mi alrededor —prosigue Lol—, se han equivocado respecto a las razones.

—Contéstame.

—He mentado.

Pregunto:

—¿Cuándo?

—Siempre.

—¿Cuando gritabas?

Lol no intenta retroceder, se abandona a Tatiana. No nos movemos, no realizamos ningún movimiento, las dos mujeres nos han olvidado.

—No. Allí, no.

—¿Querías que se quedaran?

—¿Qué quieres decir? —dice Lol.

—¿Qué querías?

Lol calla. Nadie insiste. Después me contesta:

—Verles.

Voy hacia la escalera. La espero. Desde el primer momento, cuando se han abrazado delante de la terraza, espero a Lol V. Stein. Lo desea. Esta noche, al retenernos, juega con ese fuego, aplaza esta espera, sin cesar, diríase que aún espera en T. Beach lo que sucederá aquí. Me equivoco. ¿Adónde va a parar uno con ella? Uno puede equivocarse sin cesar, pero no, me detengo: quiere ver llegar conmigo la oscuridad de mañana, que será la noche de T. Beach, quiere ver cómo avanza hacia nosotros, cómo nos engulle. Ella es la noche de T. Beach. De repente, cuando bese su boca, la puerta se abrirá, entraré. Pierre Beugner escucha, ya no habla de marcharse, su incomodidad ha desaparecido.

—El era más joven que ella —dice Tatiana—, pero al final de la noche parecían tener la misma edad. Todos teníamos una edad inmensa, incalculable. Tú eras la más vieja.

Cada vez que habla una de ellas, una esclusa se levanta. Sé que la última nunca llegará.

—¿Te fijaste, Tatiana, si al bailar se dijeron algo, por fin?

—Me fijé, pero no oí nada.

—Yo oí: tal vez ella muera.

—No. Tú permaneciste durante todo el tiempo allí donde estabas, a mi lado, detrás de las plantas verdes, al fondo, no pudiste oír nada.

Lol regresa. Ahí está, indiferente de pronto, ausente.

—Así, la mujer que me acariciaba la mano, ¿eras tú, Tatiana?

—Era yo.

—¡Ah, nadie, nadie pensó en eso!

Entro. Ambas se dan cuenta de que no me he perdido ni una palabra.

—Cuando empezó a amanecer, él te buscó con la mirada sin encontrarte. ¿Lo

sabías?

Lol no sabía nada.

El acercamiento a Lol no existe. Uno no puede acercarse o alejarse de ella. Hay que esperar que venga a buscarte, que ella quiera. Quiere, se me hace patente, que la conozca y la vea en un cierto espacio que habita en este momento. ¿Cuál?

¿Está habitado por fantasmas de T. Beach, por la única superviviente, que es Tatiana, minado de falsas apariencias, por veinte mujeres que se llaman Lol? ¿Es diferente? Dentro de poco Lol me presentará a Lol. ¿Cómo me conducirá hasta ella?

—Desde hace diez años creo que sólo habían quedado tres personas: ellos y yo.

Vuelvo a preguntar:

—¿Qué desearía?

Exactamente con la misma vacilación, el mismo intervalo de silencio, responde:

—Verles.

Lo veo todo. Incluso el amor. Los ojos de Lol están apuñalados por la luz: alrededor, un círculo oscuro. Veo, a la vez, la luz y la oscuridad que la cierne. Avanza hacia mí, sigue, con idéntico paso. No puede avanzar más deprisa, ni aminorar el paso. La menor modificación en su movimiento me parecería como una catástrofe, el fracaso definitivo de nuestra historia: nadie acudiría a la cita.

Pero, ¿qué es lo que ignoro de mí mismo hasta ese extremo y que ella me incita a conocer?, ¿quién estará allí en ese momento, a su lado?

Se acerca. Sigue acercándose, incluso en presencia de los demás. Nadie la ve avanzar.

Aún habla de Michael Richardson, al final habían comprendido, intentaban salir del baile, equivocándose, dirigiéndose hacia puertas imaginarias.

Cuando habla, cuando se mueve, mira o se distrae, tengo la impresión de tener bajo mi mirada un modo personal y capital de mentir, un campo inmenso pero con lindes de acero, la mentira. Esta mujer miente para nosotros acerca de T. Beach, acerca de S. Tahla, acerca de esta velada, para mí, para nosotros, mentirá dentro de poco acerca de nuestro encuentro. Lo adivino, también miente acerca de sí misma, para nosotros miente porque ha sido la única en pronunciar —aunque en silencio— el divorcio que nos envuelve, a ella y a nosotros, y lo ha hecho en su sueño tan intenso que ignora haberlo tenido y se le ha escapado.

Deseo como un sediento beber la leche brumosa e insípida de la palabra que surge de Lol V. Stein, formar parte de su mentira. Que me arrastre, que exista por fin en lo sucesivo, diferidamente, la aventura, que me triture con el resto, seré servil, que la esperanza de ser servil signifique ser triturado con el resto.

Se hace un largo silencio. La causa es la atención creciente que nos dirigimos. ¿Nadie lo advierte, todavía nadie? ¿Estoy seguro?

Lol se dirige hacia la escalera, lentamente, regresa del mismo modo.

Al verla pienso que quizás eso sea suficiente para mí, eso, verla, y que quizás en eso consista todo, que será inútil avanzar más en los gestos, en lo que se diga. Mis

manos se convierten en la trampa donde inmovilizarla, detener ese ir y venir continuo de un extremo al otro del tiempo.

—Es muy tarde y Pierre se levanta muy temprano —dice, por fin, Tatiana.

Ha creído que la salida de Lol era una invitación a marcharse.

—¡Oh, no! —dice Lol—. Cuando he cerrado la puerta de su estudio, Jean ni siquiera se ha dado cuenta. No, por favor, Tatiana.

—No tiene importancia —dice Tatiana—. Nos disculparás con él.

Ya está, me he perdido el avance, miraba a Lol: ahora la mirada de Tatiana es dura. Las cosas no funcionan como ella hubiera deseado. Acaba de descubrirlo: Lol no lo dice todo. ¿Y no hay en la estancia, entre una y otra, como una circulación subterránea, un hedor a ese veneno al que teme más que a cualquier otro, en su presencia, un entendimiento del que está excluida?

—Ocurre algo en esta casa, Lol —dice, esforzándose por sonreír—. ¿O se trata de una sensación? ¿Esperas a alguien a estas horas de la noche? ¿Alguien de quien tienes miedo? ¿Por qué nos retienes así?

—Alguien que viniera sólo para usted —dice Pierre Beugner. Ríe.

—¡Oh! No lo creo —dice Lol.

Se burla de esa manera que ya no le gusta a Tatiana. No. Me equivoco otra vez. Tatiana no sabe nada.

—La verdad es que si deseáis marcharos, podéis hacerlo. Me hubiera gustado que permaneciéramos más rato juntos esta noche.

—Nos escondes algo, Lol —dice Tatiana.

—Aunque Lol cuente su secreto —dice Pierre Beugner— quizá no sea el que cree, a pesar de sí misma, sería diferente, del...

Me oigo decir:

—¡Basta!

Tatiana no pierde la tranquilidad. Me equivoco otra vez. Tatiana dice:

—Es muy tarde, todo se complica. Perdónale. Dinos algo, Lol.

Lol V. Stein se diría que descansa un poquito, cansada de una victoria que habría sido demasiado fácil. Lo que sí sé de verdad es lo que está en juego en esta victoria: el retroceso de la claridad. Para cualquiera que no fuera ninguno de nosotros, en este instante, su mirada resultaría demasiado alegre.

Dice sin dirigirse a nadie:

—Es la felicidad.

Enrojece. Ríe. La palabra le divierte.

—Ahora podéis marcharos —dice.

—¿No puedes decir por qué? —pregunta Tatiana.

—No se entendería, no serviría de nada.

Tatiana patea.

—De todos modos —dice Tatiana—, una palabra, Lol, acerca de esa felicidad.

—En los últimos días he conocido a alguien —dice Lol—. La felicidad procede

de ese encuentro.

Tatiana se levanta. Pierre Beugner se levanta también. Se acercan a Lol.

—¡Ah! ¡Es eso, es eso! —dice Tatiana.

Acaba de rozar el terror, no sé cuál, tiene una sonrisa de convaleciente. Casi grita.

—¡Oh, Lola! ¡Cuídate, Lol!

Lol, a su vez, se levanta. Frente a ella, detrás de Tatiana, Jacques Hold, yo. Se ha equivocado, piensa. No es él quien busca a Lol V. Stein. Se trata de otro. Lol dice:

—Nada me molesta en la historia de mi juventud. Incluso si las cosas debieran volver a empezar, no me molestarían nada.

—Cuidado, cuidado, Lol.

Tatiana se vuelve hacia Jacques Hold.

—¿Viene?

Jacques Hold dice:

—No.

Tatiana los contempla a ambos, a uno detrás del otro.

—Vaya, vaya —dice—. ¿Va a acompañar la felicidad de Lol V. Stein?

Lol ha acompañado a los Beugner. Llega, lentamente, y se apoya contra la vidriera. El rostro bajo, las manos detrás de la espalda pegada a la cortina, se queda ahí. Caeré. Una flojedad me sube por el cuerpo, un nivel se eleva, la sangre anegada, el corazón de cieno, blando, se atasca, va a dormirse. ¿A quién ha encontrado en mi lugar?

—¿Y este encuentro?

La buena mujer está encorvada, delgada, en su vestido negro, levanta la mano, me llama.

—¡Oh! Jacques Hold, estaba segura de que lo había adivinado.

Pide socorro a la brutalidad. El circo.

—A pesar de todo, dígalo, vamos. —¿Qué?

—¿Quién es?

—Es usted, Usted, Jacques Hold. Le conocí hace siete días. Primero solo, y después en compañía de una mujer Le seguí hasta el Hôtel des Bois.

Tengo miedo. Quisiera volver con Tatiana, estar en la calle.

—¿Por qué?

Aparta las manos de la cortina, se endereza, llega.

—Le he elegido.

Llega, mira, aún no nos hemos acercado nunca. Está blanca de una blancura desnuda. Besa mi boca. No le doy nada. He tenido demasiado miedo, aún no puedo. Tiene prevista esta imposibilidad. Estoy en la noche de T. Beach. Está hecho. Allí no se da nada a Lol V. Stein. Ella toma. Aún tengo ganas de huir.

—¿Qué quiere?

No lo sabe.

—Quiero —dice.

Se calla, mira mi boca. Y después, he aquí que nos miramos recíprocamente. Despótica, irresistiblemente, quiere.

—¿Por qué?

Avisa: no, dice mi nombre.

—Jacques Hold.

¡Virginidad de Lol pronunciando ese nombre! ¿Quién había advertido la inconsistencia de la creencia en esta persona así llamada sino ella, Lol V. Stein, la llamada Lol V. Stein? Fulgurante hallazgo de lo que los demás han desechado, que no han reconocido, que no se veía, inanidad compartida por todos los hombres de S. Tahla tan definitoria de mí mismo como el recorrido de mi sangre. Me ha recogido, me ha acogido en el nido. Por primera vez mi nombre pronunciado no nombra.

—Lola Valérie Stein.

—Sí.

A través de la transparencia de su ser incendiado, de su naturaleza destruida, me acoge una sonrisa. Su elección está exenta de cualquier preferencia. Soy el hombre de S. Tahla al que ha decidido seguir. Aquí estamos, encadenados, juntos. Nuestro despoblamiento aumenta. Nos repetimos nuestro nombre.

Me acerco a ese cuerpo. Quiero tocarlo. Primero con mis manos y a continuación con mis labios.

Me he vuelto torpe. En el momento en que mis manos se posan en Lol el recuerdo de un muerto desconocido regresa a mi memoria: servirá al eterno Richardson, el hombre de T. Beach, se mezclará con él, todo en desorden sólo formará uno, ya no se reconocerá quién es quién, ni antes, ni después, ni durante, se perderá de vista, de nombre, morirá así por haber olvidado la muerte trozo a trozo, tiempo a tiempo, nombre a nombre. Se abren caminos. Su boca se abre en la mía. Su mano abierta posada en mi brazo prefigura un futuro multiforme y único, mano resplandeciente y unida a falanges curvadas, quebradas, de una ligereza de pluma y que poseen, para mí, la novedad de una flor.

Posee un cuerpo largo y hermoso, muy derecho, envarado por la adopción de un eclipse constante, de una alineación en una cierta moda aprendida en la infancia, un cuerpo de pensionista crecida. Pero su dulce humildad aparece por entero en su rostro y en el gesto de sus dedos cuando tocan un objeto o mi mano.

—¡A veces tienes una mirada tan clara! ¡Eres tan rubia!

Los cabellos de Lol tienen el toque floral de sus manos. Embelesada, dice que no me equivoco.

—Es verdad.

Su mirada brilla bajo los párpados muy caídos. Hay que habituarse al enrarecimiento del aire alrededor de esos pequeños planetas azules a los que la mirada pesa, se aferra, en peligro de naufragio.

—Salías de un cine. Era el pasado jueves. ¿Recuerdas qué calor hacía? Llevabas la chaqueta en la mano.

Escucho. El violín sigue insinuándose entre las palabras, se encarniza con algunos pasajes, vuelve a empezar.

—Sin ni siquiera pensarlo, no sabías qué hacer contigo mismo. Salías de ese pasillo negro, de ese cine al que habías ido solo para matar el tiempo. Aquel día disponías de tiempo. Una vez ya en el bulevar, miraste a las mujeres que pasaban a tu alrededor.

—¡No es cierto!

—¡Quizá! —exclama Lol.

Su voz, de nuevo, es tranquila, como sin duda fue en su juventud, pero conserva su ínfima lentitud. Se introduce ella sola entre mis brazos, los ojos cerrados, esperando que ocurra otra cosa, lo que ha de suceder y que su cuerpo ya celebraba. Aquí está, dicho en voz muy baja:

—La mujer que después llegó a la plaza de los autobuses era Tatiana Karl.

No le contesto.

—Era ella. Tú eras un hombre que tarde o temprano llegaría a ella. Lo sabía.

Sus párpados se cubren de un fino rosado de sudor. Beso los ojos cerrados, noto la movilidad de sus ojos cerrados bajo mis labios. La suelto. La dejo. Me dirijo al otro extremo del salón. Se queda donde está. Me informo.

—¿No será que me parezco a Michael Richardson?

—No, no es eso —dice Lol—. No te pareces. No —alarga las palabras—, no sé qué es.

El violín enmudece. Callamos. Suena de nuevo.

—Tu habitación se iluminó y vi a Tatiana atravesar la luz. Estaba desnuda bajo sus cabellos oscuros.

No se mueve, la mirada hacia el jardín, espera. Acaba de decir que está desnuda bajo sus cabellos oscuros. Esta frase es la última que ha pronunciado. Oigo: «desnuda bajo sus cabellos oscuros, desnuda, desnuda, cabellos oscuros». Las dos últimas palabras, sobre todo, suenan con idéntica y extraña intensidad. Es cierto que Tatiana estaba como Lol acaba de describirla, desnuda bajo sus cabellos oscuros. Está así, para su amante, en la habitación cerrada. La intensidad de la frase aumenta de repente, el aire ha crujido a su alrededor, la frase estalla, revienta los sentidos. La oigo con una fuerza ensordecedora y no la entiendo, ni siquiera comprendo que no significa nada.

Lol sigue alejada de mí, clavada en el suelo, sigue vuelta hacia el jardín, sin un parpadeo.

La desnudez de Tatiana ya desnuda aumenta en una sobreexcitación que la priva aún más del menor sentido posible. El vacío es estatua. El pedestal está ahí: la frase. El vacío es Tatiana desnuda bajo sus cabellos oscuros, el hecho. Se transforma, se prodiga, el hecho ya no contiene al hecho, Tatiana sale de sí misma, se propala por las ventanas abiertas, sobre la ciudad, por los caminos, lodo, líquido, oleada de desnudez. Aquí está Tatiana Karl desnuda bajo sus cabellos, de repente, entre Lol V. Stein y yo.

La frase acaba de morir, ya no oigo nada, es el silencio, ha muerto a los pies de Lol. Tatiana ocupa su lugar. Toco, como un ciego, no reconozco nada de lo que ya he tocado. Lol espera que reconozca no un acuerdo respecto a ella sino que deje de tener miedo de Tatiana. Ya no tengo miedo. En este momento somos dos los que vemos a Tatiana desnuda bajo sus cabellos oscuros. Digo a ciegas:

—Admirable puta, Tatiana.

La cabeza se ha movido. Lol tiene un acento que aún no le conocía, lastimoso y agudo. La bestia separada de la selva duerme, sueña con el ecuador del nacimiento, con un estremecimiento, su sueño solar llora.

—La mejor, la mejor de todas, ¿verdad?

Digo:

—La mejor.

Me dirijo hacia Lol V. Stein. La abrazo, la lamo, la siento, beso sus dientes. No se mueve. Se ha vuelto hermosa. Dice:

—¡Qué extraordinaria coincidencia!

No contesto. La dejo de nuevo un tanto alejada de mí, sola, en mitad del salón. No parece advertir que me he alejado. Añado:

—Voy a dejar a Tatiana Karl.

Se deja resbalar en el suelo, muda, adopta un gesto de infinita súplica.

—Te lo suplico, te lo ruego, no lo hagas.

Corro hacia ella, la levanto. Otros podrían equivocarse. Su rostro no expresa ningún dolor sino confianza.

—¿Qué?

—Te lo suplico.

—Di por qué.

Dice:

—No quiero.

Estamos encerrados en algún sitio. Todos los ecos mueren. Empiezo a ver claro, despacio, muy despacio. Veo paredes, lisas, que no ofrecen ningún asidero, hace un momento no estaban aquí, acaban de alzarse a nuestro alrededor. Si me ofrecieran salvación no lo comprendería. Mi propia ignorancia está encerrada. Lol está ante mí, suplica de nuevo, de repente me fastidia traducirla.

—No dejaré a Tatiana Karl.

—Exacto. Debes volver a verla.

—El martes.

El violín deja de oírse. Se retira, deja tras de sí los cráteres abiertos del inmediato recuerdo. Aparte de Lol, los demás me espantan.

—¿Y tú? ¿Tú, cuándo?

Dice el miércoles, el lugar, la hora.

No regreso a mi casa. En la ciudad no hay nada abierto. Entonces voy hasta el chalet de los Beugner, llego delante de la casa, después entro por la puerta del

jardinero. La ventana de Tatiana está iluminada. Golpeo los cristales. Está acostumbrada. Se viste muy deprisa. Son las tres de la madrugada. Obra tan despacio que, estoy seguro, Pierre Beugner no ignora nada. Pero es ella quien se empeña en obrar como si el asunto fuera secreto. Cree que pasa por una mujer fiel en S. Tahla. Defiende esta reputación.

—¿El martes? —pregunta.

—También el martes.

He aparcado el coche cerca del chalet. Vamos al Hôtel des Bois, todos los semáforos están apagados durante el tiempo de recorrer la ciudad. En el coche, Tatiana pregunta:

—¿Cómo estaba Lol después de marcharnos?

—Razonable.

Era al atardecer, el martes, cuando me dirigí a la ventana de la habitación del Hôtel des Bois donde esperaba a Tatiana Karl, a la hora concertada, y creí ver, a media distancia entre el pie de la colina y el hotel, una forma gris, una mujer cuyo rubio ceniciento a través de los tallos del centeno no podía engañarme; a pesar de que me lo esperaba, experimenté una emoción muy violenta cuya verdadera naturaleza no acerté a saber enseguida, entre la duda y el espanto, el horror y la alegría, la tentación de gritar cuidado, de socorrer, de renunciar para siempre o de enamorarme para siempre, para toda Lol V. Stein. Ahogué un grito, deseé la ayuda de Dios, salí corriendo, regresé sobre mis pasos, di vueltas por la habitación, demasiado solo para amar o para dejar de amar, sufriendo, sufriendo la deplorable insuficiencia de mi ser para comprender este hecho.

Después, la emoción se ha aplacado un poco, se ha replegado sobre sí misma, he podido contenerla. Ese momento ha coincidido con el instante en que me ha dado cuenta de que ella también debía de verme.

Miento. No me moví de la ventana, verificado hasta las lágrimas.

De repente el cabello rubio ha dejado de ser el mismo, se ha movido, después se ha quedado inmóvil. He creído que ha debido de darse cuenta de que he descubierto su presencia.

Nos miramos, lo he creído. ¿Durante cuánto tiempo?

Volví la cabeza, al final de mis fuerzas, hacia la derecha del campo de centeno donde ella no estaba. Por ese lado, llegaba Tatiana, con un traje sastre negro. Pagó el taxi y se internó lentamente entre los alisos.

Ha abierto la puerta de la habitación, despacio, sin llamar. Le he pedido que se acerque conmigo hasta la ventana, un momento. Tatiana se ha acercado. Le he enseñado la colina y el campo de centeno. Me quedé detrás de ella. Así, se la he

señalado a Tatiana.

—Nunca miramos. Es bastante bonito desde este lado del hotel.

Tatiana no ha visto nada, ha llegado hasta el fondo de la habitación.

—No, este paisaje es triste.

Me ha llamado.

—No hay nada que ver, ven.

Sin perdonar ningún acercamiento, Jacques Hold se aproxima a Tatiana Karl.

Jacques Hold poseyó a Tatiana Karl sin piedad. Ella no opuso ninguna resistencia, no dijo nada, no rechazó nada, se maravilló de semejante posesión.

Su placer fue intenso y compartido.

Lol deseaba que vivieran ese instante de absoluto olvido de Lol, ese instante, ese destello diluido, en el tiempo uniforme de su acecho, sin tener la menor esperanza de percibirlo.

Y lo vivieron.

Aferrado a Tatiana Karl, Jacques Hold no podía separarse de ella. Le habló: Tatiana Karl estaba insegura del destino de las palabras Hold le decía. Sin duda no dirigidas, ni tampoco a otra que Jacques creía que le estuvieran mujer, ausente ese día, pero sí que expresaban la necesidad de su corazón. Pero, ¿por qué esta vez más que otra? Tatiana buscó en su historia, por qué.

—Tatiana, eres mi vida, mi vida.

Ese día Tatiana escucha las divagaciones de su amante, al principio con un deleite que le place, el de estar entre los brazos de un hombre una mujer mal designada.

—Tatiana, te quiero, te quiero.

Tatiana asiente, consoladora, maternalmente tierna:

—Sí. Estoy aquí. A tu lado.

Al principio con el deleite, que le place, de ver en qué libertad se está a su lado; después, de repente, desconcertada, en el oriente pernicioso de las palabras.

—Tatiana, hermana mía, Tatiana.

Oír eso, lo que él diría si no fuera Tatiana, ¡ah, dulce palabra!

—¿Cómo hacerte aún más, Tatiana?

Debía de hacer una hora que estábamos allí los tres, que nos había visto aparecer, por turno, en el recuadro de la ventana, ese espejo que no reflejaba nada y ante el que debía sentir, deliciosamente, la desposesión deseada de su persona.

—Quizá sin saberlo... —dijo Tatiana—, tú y yo...

Anocheció al fin.

Jacques Hold comenzó de nuevo a poseer, cada vez peor, a Tatiana Karl. En un momento dado habló sin cesar a otra a quien no veía, a quien no oía, y en cuya intimidad, extrañamente, parecía encontrarse.

Y luego llegó el momento en que Jacques Hold ya no tuvo recursos para volver a poseer a Tatiana Karl.

Tatiana Karl creyó que se había dormido. Le dejó en ese descanso, se acurrucó

contra él, que se hallaba a mil leguas de allí, en ninguna parte, en los campos, y esperó que la tomara una vez más. Pero inútilmente. Mientras dormía, creía ella, le habló:

—¡Esas palabras! ¡Deberías callar esas palabras, qué peligro!

Tatiana Karl se lamentó. No era aquella a quien él hubiera podido amar. Pero, ¿no hubiera podido serlo, igual que otra? Quedó claro desde el principio que sólo sería la mujer de S. Tahla, ninguna otra, ninguna, ninguna, que no creía que el cambio fulminante de Michael Richardson influyera para algo en esta decisión. Pero, qué lastima de repente, esas palabras, ¿empobrecidas de sentimiento?

Aquella noche, por primera vez después del baile de T. Beach, dijo Tatiana, recobró, sintió en la boca el sabor común, la miel del corazón.

Volví a la ventana, ella seguía allí, allí, en el campo, sola en ese campo, de un modo que no podía demostrar ante nadie. Lo he descubierto al mismo tiempo que he descubierto mi amor, su suficiencia inviolable, gigante en manos de un niño.

Volvió a la cama, se tendió a lo largo de Tatiana Karl. Se abrazaron en el frescor del naciente atardecer. El perfume del centeno entraba por la ventana abierta. Se lo dijo a Tatiana:

—¿El olor del centeno?

Ella lo olía. Le dijo que era tarde y que debía regresar. Lo citó para al cabo de tres días, con el terror de que se negara. Al contrario, aceptó sin intentar recordar si aquel día estaría libre.

Desde el umbral de la puerta, Tatiana preguntó si él podía decirle algo respecto a su situación.

—Quiero volver a verte —dijo él—, volver a verte más y más.

—¡Ah! No deberías hablar así, no deberías hacerlo.

Cuando se ha marchado, he apagado las luces de la habitación con el fin de permitir a Lol alejarse del campo y regresar a la ciudad sin peligro de encontrarme.

Al día siguiente por la tarde me las arreglo para ausentarme del hospital durante una hora. La busco. Vuelvo a pasar por delante del cine delante del que me encontró. Paso por delante de su casa: el salón está abierto, el coche de Jean Bedford no está, es un jueves, oigo una risa de niña procedente del césped al que da la sala de billar, luego dos risas que se mezclan, sólo hay dos niñas, tres. Una camarera, joven y bastante hermosa, sale por la escalera, en delantal blanco, enfila por un camino que desemboca en el césped, se fija en mí, parado en la calle, me sonrío, desaparece. Me marchó. Quiero evitar dirigirme hacia el Hôtel des Bois, voy, aparco el coche, rodeo el hotel desde bastante lejos, doy la vuelta al campo de centeno, el campo está vacío, ella sólo viene aquí cuando estamos nosotros, Tatiana y yo. Me marchó. Avanzo lentamente por las calles principales, se me ocurre la idea de que quizá se encuentre por el barrio de Tatiana. Allí está. Está en el bulevar que bordea la casa, a doscientos

metros de ésta. Aparco el coche y la sigo a pie. Va hasta el final del bulevar. Camina bastante rápido, su andar es suelto, hermoso. Me parece más alta que las otras dos veces que la he visto. Lleva su abrigo gris, un sombrero negro sin ala. Gira a la derecha, en la dirección que conduce a su casa, desaparece. Regreso al coche, agotado. Prosigue, pues, sus paseos, y yo podría, si no soy capaz de esperar, provocar un encuentro. Caminaba bastante deprisa, a veces disminuía el paso hasta detenerse, después emprendía de nuevo la marcha. Era más alta que en su casa, más esbelta. Reconocí el abrigo gris, el sombrero negro sin ala, no, no lo llevaba en el campo de centeno. Nunca la abordaré. Yo tampoco. No iré a decirle: «No he podido esperar hasta tal día, a tal hora». Mañana. El domingo, ¿sale? Helo aquí. Es inmenso y hermoso. No estoy de servicio en el hospital. Un día me separa de ella. La busco en coche, durante horas, a pie. No está en ningún sitio. Su casa siempre aparece igual, con los vanos abiertos. El coche de Jean Bedford nunca está, ninguna risa de niña. A las cinco voy a tomar el té a casa de los Beugner. Tatiana me recuerda la invitación de Lol para pasado mañana, lunes. Tonta invitación. Se diría que quiere hacer como los demás, dice Tatiana, llevar una vida normal. Por la noche, ese domingo por la noche, vuelvo otra vez delante de su casa. Casa de vanos abiertos. El violín de Jean Bedford. Está ahí, sentada en el salón. Sus cabellos, sueltos. Tres niñas, ocupadas en no sé qué, circulan a su alrededor. No se mueve, ausente, no habla a las niñas. Las niñas tampoco le dirigen la palabra. Una a una —permanezco allí durante bastante rato— las niñas la besan y se van. Las ventanas se iluminan en el primer piso. Se queda en el salón, en la misma postura. De repente, he aquí que se sonríe a sí misma. No la llamo. Se levanta, apaga, desaparece. Es mañana.

Es un salón de té cerca de la estación de Green Town. Green Town está a menos de una hora, en coche, desde S. Tahla. Ha elegido este lugar, este salón de té.

Cuando llegué, ya estaba allí. Todavía no había mucha gente, todavía es pronto. La he visto enseguida, sola, rodeada de mesas vacías. Me ha sonreído, desde el fondo del salón de té, con una sonrisa encantadora, convencional, distinta de la que le conozco.

Me ha acogido casi amablemente, con gentileza. Pero, cuando ha alzado la mirada, he descubierto una alegría bárbara, loca, de la que todo su ser debía de estar inflamado: la alegría de estar allí, frente a él, en un secreto que le implica, que nunca le desvelará, él lo sabe.

—Te he buscado, caminando por las calles.

—Paseo —dice ella—, ¿olvidé decírtelo? Doy largos paseos cada día.

—Se lo dijiste a Tatiana.

Una vez más creo que podría detenerme ahí, mantenerme ahí, tenerla bajo la mirada, simplemente.

Sólo verla me hunde. Ella no reclama palabra alguna y podría soportar un silencio

indefinido. Quisiera actuar, decir, pronunciar un largo gemido hecho de todas las palabras fundidas y devueltas al mismo magma, inteligible para Lol V. Stein. Me callo. Digo:

—Nunca he esperado tanto ese día en que no pasará nada.

—Nos dirigimos hacia algo. Aunque no pase nada avanzamos hacia algún fin.

—¿Cuál?

—No lo sé. Sólo sé algo sobre la inmovilidad de la vida. Así, cuando ésta se rompe, sé.

Ha vuelto a ponerse el mismo vestido blanco que llevaba la primera vez en casa de Tatiana Karl. Se ve debajo de la gabardina gris, desabrochada. Al ver que miro el vestido, se quita del todo la gabardina gris. Así, me muestra sus brazos desnudos. El verano está en sus frescos brazos.

Dice muy quedo, inclinada hacia adelante:

—Tatiana.

No he dudado de que se trataba de una pregunta.

—Nos vimos el martes.

Ya lo sabía. Se torna hermosa, con esa belleza que avanzada la noche, tarde, le arranqué cuatro días antes.

Pregunta con un suspiro:

—¿Cómo?

No he contestado enseguida. Ha creído que me equivocaba respecto a la pregunta. Sigue:

—¿Cómo estaba Tatiana?

Si ella no hubiera hablado de Tatiana Karl, lo hubiera hecho yo. Está angustiada, no sabe lo que seguirá, lo que provocará la respuesta. Somos dos ante su pregunta, su confesión.

Acepto. Ya acepté el martes. Y, sin duda, incluso antes, desde los primeros instantes de nuestro encuentro.

—Tatiana es admirable.

—¿No puedes prescindir de ella, verdad?

Experimento la sensación de que casi se ha alcanzado un sueño. Las carnes se desgarran, sangran, despiertan. Ella intenta escuchar un estrépito interior, no lo logra, está desbordada por el desenlace, incluso incumplido, de su deseo. Sus párpados aletean bajo el afecto de una luz demasiado intensa. Dejo de mirarla durante el tiempo que dura el final muy largo de ese instante.

Contesto:

—No puedo prescindir de ella.

Después, es imposible, vuelvo a mirarla. Las lágrimas llenan sus ojos. Reprime un sufrimiento muy intenso en el que no se hunde, que, por el contrario, soporta con todas sus fuerzas, al borde de su expresión culminante, que será la de la felicidad. No digo nada. No acudo en su ayuda durante esa irregularidad de su ser. El instante se

acaba. Lol reprime sus lágrimas, que regresan al oleaje contenido de las lágrimas de su cuerpo. El instante no se ha deslizado ni hacia la victoria ni hacia la derrota, no se ha coloreado de nada, sólo el placer, negador, ha pasado.

Dice:

—Y dentro de un tiempo, todo irá mejor entre Tatiana y tú, ya verás.

Le sonrío, siempre en el mismo estado ignorante y a la vez advertido de un futuro que sólo ella nombra sin conocerlo.

Somos dos a ignorar. Digo:

—Quisiera.

Su cara cambia, palidece.

—Pero, ¿qué haríamos con eso?

Comprendo su veredicto, yo lo hubiera pronunciado en su lugar. Puedo ponerme en su lugar, pero del lado que ella no quiere.

—También yo quisiera —dice.

Baja la voz. Hay en sus párpados el sudor cuyo sabor conozco desde la otra noche.

—Pero Tatiana está ahí, única en tu vida.

Repito:

—Única en mi vida. Es lo que digo al hablar de ella.

—Es necesario —dice, y añade—: ya, puesto que te amo.

La palabra cruza el espacio, busca y se posa. Lol ha posado la palabra en mí.

Ama, ama a quien debe amar a Tatiana. Nadie. Nadie ama a Tatiana en mí. Formo parte de una perspectiva que está a punto de construir con una obstinación impresionante, no lucharé. Tatiana, poco a poco, entra, derrumba las puertas.

—Ven, caminemos. Tengo algo que decirte.

Hemos paseado por el bulevar, por detrás de la estación, donde había poca gente. La he cogido del brazo.

—Tatiana llegó un poco más tarde que yo a la habitación. A veces lo hace adrede para intentar hacerme creer que no vendrá. Lo sé. Pero ayer tenía unas ganas locas de tener a Tatiana conmigo.

Espero. No pregunta nada. ¿Cómo saber que sabe? ¿Que está segura de que la descubriré detrás del centeno? ¿Por qué no pregunta? Prosigo:

—Cuando llegó presentaba ese aspecto meritorio, ya sabes, su aspecto de remordimiento y de vergüenza mal entendida, pero tú y yo sabemos qué enmascara eso en Tatiana.

—Pequeña Tatiana.

—Sí.

Cuenta a Lol V. Stein:

Tatiana se quita sus ropas y Jacques Hold la contempla, mira con interés a la que no es su amor. A cada prenda de ropa caída reconoce, cada vez mejor, ese cuerpo insaciable cuya existencia le resulta indiferente. Ya ha explorado ese cuerpo, lo

conoce mejor que la propia Tatiana. Sin embargo, contempla detenidamente esos claros de un blanco que se matiza en los contornos de las formas, sea del azul arterial puro, sea del lustre solar. La contempla hasta perder de vista la identidad de cada forma, de todas las formas e incluso la del cuerpo entero.

—Tatiana dice algo —murmura Lol V. Stein.

Si fuera conveniente para ella, yo inventaría a Dios si fuera preciso.

—Pronuncia tu nombre.

No inventé.

Jacques Hold esconde el rostro de Tatiana Karl bajo las sábanas y así tiene el cuerpo decapitado en su mano, para su entera satisfacción. Le da la vuelta, la endereza, la coloca como quiere, separa los miembros o los junta, contempla intensamente su belleza irreversible, entra en ella, se inmoviliza, espera el envasamiento en el olvido, el olvido está ahí.

—¡Ah, cómo se deja hacer Tatiana, qué maravilla! ¡Debe de ser extraordinario!

Esa cita proporcionó a ambos, a Tatiana y a él, mucho placer, más que de costumbre.

—¿No dice nada más?

—Habla de Lol V. Stein debajo de la sábana que la cubre.

Tatiana cuenta con muchos detalles, y volviendo a menudo sobre los mismos, el baile del Casino municipal donde Lol, dicen, perdió la razón. Muy detalladamente describe a la mujer delgada vestida de negro, Anne-Marie Stretter, y la pareja que formaba con Michael Richardson, cómo tenían aún fuerzas para bailar, cuán absolutamente asombroso era ver que aquella costumbre aún había podido subsistir en ese huracán de la noche que parecía haber expulsado de su vida toda costumbre, incluso, dice Tatiana, la del amor.

—No puedes imaginártelo —dice Lol.

Fue necesario hacer callar de nuevo a Tatiana bajo la sábana. Pero enseguida, incluso más tarde, volvió a empezar. En el momento de separarse pregunta a Jacques Hold si ha vuelto a ver a Lol. Aunque no haya nada convenido entre ambos respecto a ese asunto, decide mentir a Tatiana.

Lol se detiene.

—Tatiana no comprendería —dice.

Me inclino, siento su rostro. Exhala un perfume infantil, como de talco.

—Contrariamente a nuestra costumbre, permití que se marchara primero. Apagué la luz de la habitación. Permanecí a oscuras durante un buen rato.

Pasa al lado de la respuesta, a un soplo, justo el tiempo de decir otra cosa, tristemente:

—Tatiana tiene siempre tanta prisa...

Contesto:

—Sí.

Dice, contemplando el bulevar:

—No tengo medios para saber qué sucedió entre Tatiana y tú en aquella habitación. Nunca lo sabré. Cuando tú me lo cuentas es distinto.

Empieza a caminar, pregunta muy por lo bajo:

—¿No soy yo, verdad, Tatiana debajo de la sábana, con la cabeza oculta?

La abrazo, debo de hacerle daño, suelta un gritito, la suelto.

—Es para ti.

Caminamos junto a un muro, ocultos. Respira contra mi pecho. Ya no veo su rostro tan dulce, su gráfica diáfana, sus ojos casi siempre asombrados, asombrados, indagadores.

Y he aquí que la idea de su ausencia se convierte en algo insoportable. Le confieso la torturante idea que se me ha ocurrido. Estaba sorprendida, no experimentaba nada parecido. No lo comprendía.

—¿Por qué iba a irme?

Me he excusado. Pero no he podido remediar el horror, está ahí. Reconocía la ausencia, la ausencia de ayer, me falta a cada instante, ya.

Ha hablado con su marido. Le ha dicho que cree que todo termina entre ambos. No la ha creído. ¿Acaso le habrá dicho, ya antes, algo parecido? No, nunca se lo había dicho.

Pregunto: ¿Siempre has regresado?

He hablado con naturalidad, pero no se ha equivocado respecto al repentino cambio de mi voz. Dice:

—Lol siempre ha regresado excepto con Jean Bedford.

Se lanza a una larga digresión sobre un temor que la asalta: a su alrededor, se cree que no es imposible que un día recaiga, sobre todo su marido. Se debe a que ella no le ha hablado tan claramente como hubiera deseado. No pregunto sobre qué se basaría ese temor, en ese momento. No lo dice. A lo largo de diez años, no debe de haber hablado nunca acerca de esa amenaza.

—Jean Bedford cree haberme salvado de la desesperación, nunca se lo he desmentido, nunca le he dicho que se trataba de otra cosa.

—¿De qué?

—Dejé de amar a mi novio desde el momento en que la mujer entró.

Estamos sentados en un banco. Lol ha perdido el tren que se había prometido coger. La abrazo, me devuelve mis besos.

—Cuando digo que dejé de amarlo quiero decir que no puedes imaginar hasta dónde se puede llegar en la ausencia del amor.

—Dime una palabra para decirlo.

—No la conozco.

—La vida de Tatiana ya no cuenta, para mí, más que la de una desconocida, lejana, de la que ni siquiera supiera el nombre.

—Aún es más que eso.

No nos separamos. La tengo sobre los labios, cálida.

—Es una sustitución.

No la suelto. Me habla. Los trenes pasan.

—¿Querías verles?

Cojo su boca. La tranquilizo. Pero se aparta, mira al suelo.

—Sí. Ya no estaba en mi lugar. Ellos se me llevaron.

Frunce ligeramente el ceño y el gesto es tan inhabitual en ella, lo sé, ya, que me alarmo.

—A veces tengo miedo de que eso vuelva a empezar.

No la cojo entre mis brazos.

—No.

—Pero no se tiene miedo. Es una palabra.

Suspira.

—No comprendo quién está en mi lugar.

La atraigo hacia mí. Sus labios están frescos, casi fríos.

—No cambia.

—Pero si un día yo... —choca contra la palabra que no encuentra—, ¿me dejarán pasear?

—Te esconderé.

—¿Se equivocarán?

—No.

Se vuelve y dice en voz alta, con una sonrisa de una confianza vertiginosa.

—Sé que tú, haga lo que haga, lo comprenderás. Habrá que demostrar a los demás que tienes razón.

Voy a llevármela ahora mismo, para siempre. Se acurruca, dispuesta a que se la lleven.

—Quisiera quedarme contigo.

—¿Por qué no?

—Tatiana.

—Es cierto.

—Podrías amar también a Tatiana —dice—, sería igual...

Añade:

—No comprendo lo que ocurre.

—Sería igual para...

Pregunto:

—¿Por qué esa cena dentro de dos días?

—Es necesario, para Tatiana. Callemos un momento.

Su silencio. Permanecemos inmóviles, nuestros rostros apenas se tocan, sin una palabra, mucho rato. El ruido de los trenes se funde en un solo clamor, lo oímos. Me dice sin moverse, con desánimo.

—En determinado estado, toda huella de sentimiento queda excluida. Cuando me callo de una determinada manera, no te amo. ¿Lo has notado?

—Lo he notado.

Se despereza, ríe.

—Y luego empiezo de nuevo a respirar —dice.

El jueves, a las cinco, he de ver a Tatiana. Se lo digo.

Así pues, la comida tuvo lugar en casa de Lol.

Están invitadas otras tres personas, desconocidas para Beugner y para mí. Una dama de edad avanzada, profesora en el conservatorio de música de U. Bridge, sus dos hijos, un joven y una joven cuyo marido, aparentemente muy esperado por Jean Bedford, no llegará hasta después de cenar.

Soy el último en llegar.

No tengo cita con ella. En el momento en que cogía el tren me dijo que la fijaríamos esta noche. Espero.

La cena es relativamente silenciosa. Lol no hace ningún esfuerzo para evitarlo, quizá no se dé cuenta. En toda la velada no se ha tomado la molestia de explicarnos, ni siquiera mediante una lejana alusión, por qué nos ha reunido. ¿Por qué? Debemos de ser las únicas personas a quienes conoce lo suficientemente como para invitarlas a su casa. Si Jean Bedford tiene amigos, músicos sobre todo, sé por Tatiana que los ve sin su mujer, fuera. Lol ha reunido a todos sus conocidos, resulta evidente. Pero, ¿por qué?

Se crea un aparte entre la dama de avanzada edad y Jean Bedford. Oigo: «Si los jóvenes conocieran la existencia de nuestros conciertos llenaríamos la sala, créame». La mujer joven habla con Pierre Beugner. Oigo: «París en octubre». Luego: «Al fin me decidí...».

Tatiana Karl, Lol V. Stein y yo nos encontramos de nuevo: callamos. Tatiana me ha telefoneado esta noche. Ayer busqué a Lol sin encontrarla ni por la ciudad ni en su casa. El salón, donde permanece con sus hijas después de cenar, no se iluminó. Dormí mal, siempre con el mismo temor, que sólo el día disipa, de que se enteren de algo, de que ya no le permitan salir sola por S. Tahla.

Tatiana parece impaciente por llegar al final de la cena, está inquieta. Creo que tiene algo que preguntar a Lol.

Seguimos casi completamente callados. Tatiana pregunta a Lol dónde pasará las vacaciones. En Francia, dice Lol. Callamos de nuevo. Tatiana nos mira alternativamente, debe de constatar que ha desaparecido la atención que nos prestábamos la otra vez, en casa de Lol. Después de nuestra última cita en el Hôtel des Bois —voy a menudo a comer a casa de los Beugner, como un solterón— no me ha hablado más de Lol.

A ratos, la conversación se generaliza. Se formulan preguntas a la dueña de la casa. Las tres personas invitadas la tratan con una familiaridad afectuosa. Se está con ella más amable de lo necesario, de lo que sus frases o sus respuestas exigen. En esta

dulce amabilidad —practicada también por su marido— veo signos de la inquietud pasada y futura, constante, en la que deben de vivir todos sus allegados. Le hablan porque hay que hacerlo, pero temen sus respuestas. Dicha inquietud, ¿se acusa esta noche más que de costumbre? No sé. Si no es así me tranquiliza, la considero una confirmación de lo que Lol me dijo acerca de su marido: ni Jean Bedford ni nadie sospecha nada, su única preocupación, al parecer, consistiría en impedir que su mujer resbalara en una frase peligrosa, en público. Sobre todo, quizás, esta noche. No ve con buenos ojos esa velada que, sin embargo, ha permitido organizar a Lol. Si teme a alguien es a Tatiana Karl y lo observo con frecuencia, me he dado perfecta cuenta de que ha notado la insistente mirada de Tatiana dirigida a su mujer. No se olvida de Lol aunque habla de sus conciertos con la vieja dama. Ama a Lol. Pero desposeído de ella, es probable que siga así: afable. La atracción —¡qué extraño!— que Lol V. Stein ejerce sobre ambos más bien me alejaría de él. No creo que la conozca mucho más que por el rumor de su antigua locura, debe creer que tiene una mujer llena de encantos inesperados, entre ellos —no es el menor— el de estar amenazada. Cree proteger a su mujer.

Durante un tiempo muerto de la cena, mientras planea la evidente absurdidad de la iniciativa esterilizante de Lol, mi amor ha sido visto, lo he sentido visible y visto, a pesar mío, por Tatiana Karl. Pero Tatiana aún ha dudado.

Se habla de la última casa de los Bedford, del jardín.

Lol está a mi derecha, entre Pierre Beugner y yo. De repente avanza su rostro, sin mirada, sin expresión, hacia mí, como si fuera a plantearme una pregunta que no llega. Y así, tan cercana, pregunta a la dama que se halla al otro lado de la mesa.

—¿Hay otra vez niños en el jardín?

La he sentido a mi derecha, una mano me separaba de su rostro, salida, surgida de la nebulosa general, de pronto punta acerba, punta fija del amor. Entonces se me corta la respiración, uno se ahoga porque hay demasiado aire. Tatiana lo ha notado. Lol también. Se ha apartado, muy despacio. La mentira ha vuelto a taparse. He recuperado la calma. Sin duda, Tatiana va de la versión de la enfermiza distracción de Lol a la de un gesto no del todo inconsiderado —cuyo sentido ignora. La anciana no ha visto nada, responde:

—Hay niños en el jardín. Son tremendos.

—¿Y los macizos que he planteado antes de irme?

—Lo siento, Lol.

Lol se queda atónita. Desea una interrupción en la sempiterna repetición de la vida.

—Hay que destruir las casas cuando se dejan. La gente lo hace.

La anciana dama le comenta a Lol, con amable ironía, que otros podrían necesitar las viviendas dejadas por ustedes. Lol se ríe, ríe. Me contagia su risa y luego se la contagia a Tatiana.

Parece haberse ocupado mucho, a lo largo de diez años de su vida, de ese parque

donde han crecido sus hijas. Lo ha dejado a los nuevos propietarios en un estado perfecto. Los amigos músicos hablan de los parterres y de los árboles dedicándole muchos elogios. Durante diez años a Lol le concedieron ese parque con el fin de que esté aquí esta noche, milagrosamente preservada en su diferencia con quienes se lo ofrecieron.

¿No le aburre esa casa?, le pregunta la joven, ¿esa casa, grande y hermosa de U. Bridge? Lol no contesta enseguida, todos la observan, algo pasa en su mirada, como un estremecimiento. Se inmoviliza bajo el peso de un pesar, ¿de qué?, de versiones desconocidas, salvajes, de los pájaros salvajes de su vida, ¿qué sabemos nosotros?, que la atraviesan de parte a parte, ¿se precipitan?, después el viento de ese vuelo, ¿se apacigua? Contesta que ignora haber habitado. La frase queda sin terminar. Pasan un par de segundos, prosigue, dice, riendo, que se trata de una broma, un modo de decir que se encuentra más a gusto aquí, en S. Tahla, que en U. Bridge. No hay comentarios, pronuncia bien: S. Tahla, U. Bridge. Ríe un poco demasiado, da demasiadas explicaciones. Sufro, pero poco, todos tienen miedo, pero poco. Lol calla. Tatiana confirma, seguramente, su versión de la distracción. Lol V. Stein está todavía enferma.

Dejan la mesa.

El marido de la joven llega con dos amigos. Sigue ocupándose de las veladas musicales que Jean Bedford había creado en U. Bridge. No se han visto desde hace mucho tiempo, hablan con gran entusiasmo. El tiempo deja de languidecer, somos los suficientes como para que las idas y venidas de unos hacia otros pasen desapercibidas a la mayoría de los presentes excepto a Tatiana Karl.

Quizá no haya sido por atolondramiento por lo que Lol nos ha reunido esta noche, quizás haya sido para vernos juntos, a Tatiana y a mí, ver en qué situación nos hallamos después de su irrupción en mi vida. No sé nada.

Lol se halla prendida en un movimiento envolvente de Tatiana. Pienso en la noche en que Jean Bedford la conoció: Tatiana, mientras le habla, le cierra el paso con la suficiente destreza como para que Lol no se dé cuenta de que no lo franquea, Tatiana le impide así ir hacia los otros invitados, la libera de su grupo, se la lleva, la aísla. La maniobra ha durado unos veinte minutos. Lol parece bien donde está, con Tatiana, en el otro extremo del salón, sentada en una mesita entre la escalera y el vano de la ventana a través del que yo miraba la otra noche.

Esta noche las dos lucen trajes oscuros que las estilizan, las hace más delgadas, menos distintas la una de la otra, quizás, a los ojos de los hombres. Tatiana Karl, al contrario del peinado que lleva con sus amantes, lleva hoy uno flexible, hacia atrás, casi hasta rozar la espalda en una mata recogida, pesada. Su vestido no ciñe su cuerpo como los austeros trajes sastre de las tardes. El traje de Lol, al contrario del de Tatiana, creo, se ajusta a su cuerpo y le presta, aun más, esa sabia rigidez de colegiala crecida. Se peina así, un moño prieto por encima de la nuca, desde hace quizá diez años. Creo que esta noche va un poco demasiado maquillada, sin esmero.

Reconozco la sonrisa de Tatiana cuando consigue tener a Lol para ella. Espera la confianza, la espera flamante, conmovedora pero equívoca, lo bastante torpemente engañosa como para que ella la comprenda perfectamente.

Al verlas así juntas se creería fácilmente que Tatiana Karl es, junto conmigo, la única persona que no cuenta en absoluto con la extravagancia latente o manifiesta de Lol. Lo creo.

Me acerco a su isla. Tatiana aún no me ve.

Por el movimiento de los labios de Tatiana he comprendido el sentido de la pregunta planteada a Lol. En ellos se leía la palabra felicidad.

—¿Y tu felicidad? ¿Y esa felicidad?

Lol sonrío hacia mí. Voy. Aún me da tiempo para acercarme. Estoy en diagonal respecto a Tatiana, que sólo mira a Lol. Avanzo silenciosamente, me deslizo entre los demás. He llegado lo bastante cerca como para oír. Me detengo. Lol, sin embargo, aún no contesta. Alza la mirada hacia mí con intención de comunicar a Tatiana mi presencia. Ya está. Tatiana reprime rápidamente una cierta irritación: quiere verme en el Hôtel des Bois, no aquí con Lol V. Stein.

Desde lejos presentamos los tres una indiferencia aparente.

Tatiana y yo acechamos la respuesta de Lol. El corazón me late deprisa y temo que Tatiana descubra, sólo ella puede hacerlo, ese desorden en la sangre de su amante. Casi la rozaba. Retrocedo un paso. No ha descubierto nada.

Lol va a contestar. Me lo espero todo. Que acabe conmigo de la misma manera que me ha descubierto. Mi corazón se aplaca.

—Mi felicidad está aquí.

Lentamente Tatiana Karl se vuelve hacia mí y, sonriente, con una notable sangre fría me toma por testigo de la forma de esta declaración de su amiga.

—¡Qué bien lo ha dicho! ¿Lo ha oído?

—Lo ha dicho.

—¡Pero que muy bien! ¿No le parece?

Entonces Tatiana escruta la estancia, la ruidosa reunión del fondo del salón, esos signos exteriores de la existencia de Lol.

—Desde que te he vuelto a ver pienso mucho en ti.

Con un movimiento infantil Lol sigue con la mirada la mirada de Tatiana alrededor del salón. No comprende. Tatiana se torna silenciosa y tierna.

—Pero, ¿y Jean? —dice—. ¿Y las niñas? ¿Qué harás?

Lol ríe.

—¡Las mirabas! ¡Era eso lo que mirabas!

No puede detener la risa. Tatiana acaba también por reír, pero dolorosamente, no interpreta ya la mundana, reconozco a la que telefona de noche.

—Me das miedo, Lol.

Lol se sorprende. Su sorpresa apunta claramente al miedo que Tatiana no confiesa. Ha desvelado la mentira. Ya está. Pregunta gravemente:

—¿De qué tienes miedo, Tatiana?

De repente, Tatiana ya no oculta nada. Pero sin confesar el verdadero motivo de su miedo.

—No lo sé.

Lol contempla el salón y explica a Tatiana algo distinto de lo que ésta hubiera deseado saber. Insiste, Tatiana ha caído en su propia trampa, acerca de la felicidad de Lol V. Stein.

—No deseaba nada, ¿comprendes, Tatiana? No deseaba nada de lo que ocurre. Nada importa.

—Y si lo hubieras deseado, ¿acaso no sería todo igual ahora?

Lol medita y su aspecto de reflexión, su simulado olvido posee la perfección del arte. Sé que dice cualquier cosa:

—Es igual. El primer día era igual que ahora. Para mí.

Tatiana suspira, suspira profundamente, se lamenta, se lamenta, al borde de las lágrimas.

—¡Pero... esa felicidad, esa felicidad! ¡Dime, dime algo de ella!

Digo:

—Lol V. Stein la debía cobijar ya en su interior cuando la encontró.

Tatiana se ha vuelto hacia mí con la misma lentitud de hace un instante. Acaba de levantarse el telón del tormento de Tatiana Karl. Pero, curiosamente, su sospecha no recae de inmediato en Lol.

—¿Cómo sabe esas cosas de Lol? Quiere decir: ¿cómo las sabe en lugar de una mujer?, ¿de una mujer que podría ser Lol?

El tono mordaz y sordo de Tatiana es el mismo que utiliza a veces en el Hôtel des Bois. Lol se ha levantado. ¿Por qué ese terror? Hace un gesto de huida, nos dejará a los dos aquí.

No se puede hablar así, no se puede.

—Perdón —dice Tatiana—. Jacques Hold, desde hace unos días, está sumido en un curioso estado. Dice cualquier cosa.

Por teléfono me ha preguntado si concibo una posible relación no de amor, sino amorosa, entre nosotros, más adelante, más adelante.

—Tú puedes actuar como si fuera posible que, algún día, esforzándote un poco, encontraras algo nuevo en mí, cambiaré de voz, de vestidos, me cortaré el pelo, no quedará nada.

No desistí de lo que sostenía. Le dije que la amaba. Me colgó.

Lol está tranquila. Tatiana le suplica de nuevo.

—Dime algo sobre la felicidad, dímelo.

Lol pregunta, sin irritación, amablemente:

—¿Por qué, Tatiana?

—¡Qué pregunta, Lol!

Entonces Lol piensa, su rostro se crispa, y, con dificultad, intenta hablar sobre la

felicidad.

—Fue la otra noche, a la hora del crepúsculo, pero cuando el sol ya se había puesto. Hubo un instante de luz muy intensa, no sé por qué, un minuto. No veía el mar directamente. Lo veía ante mí en un espejo situado en una pared. Sentí una tentación muy poderosa de ir hacia él, de ir a contemplarlo.

No sigue. Pregunto:

—¿Y fue?

De eso Lol se acuerda instantáneamente.

—No. Estoy segura, no fui a la playa. La imagen en el espejo estaba allí.

Tatiana se ha olvidado de mí en favor de Lol. Le coge una mano, la besa.

—Dime más, Lol.

—No fui a la playa —dice Lol.

Tatiana no insiste.

Ayer, durante el día, Lol hizo un viaje rápido a orillas del mar, por eso no la encontré. No ha dicho nada. La imagen del campo de centeno vuelve a mi pensamiento, brutal, me pregunto hasta la tortura, me pregunto qué espero aún de Lol. ¿Qué? ¿Estoy, estaré, pues, engañado por su propia locura? ¿Qué ha estado buscando a orillas del mar, donde yo no estoy, qué pasto lejos de mí? Si Tatiana no plantea la pregunta, la plantearé yo. La plantea.

—¿Dónde fuiste? ¿Se puede preguntar?

Lol dice con el ligero pesar de dirigirse a Tatiana Karl, o me equivoco otra vez:

—A T. Beach.

Jean Bedford, sin duda para romper la unidad de nuestro grupo, pone en marcha el pick-up. No espero, ya ni siquiera me planteo la cuestión, no calculo qué será lo más prudente, invito a Lol. Nos alejamos de Tatiana, que se queda sola.

Bailo demasiado despacio y, a menudo, mis pies se anquilosan, fallo los tiempos. Lol, distraída, se acopla a mis errores.

Tatiana sigue con la mirada nuestra penosa evolución alrededor del salón.

Por fin, Pierre Beugner va hacia ella. Bailan.

Hace cien años que tengo a Lol entre mis brazos. Le hablo de manera imperceptible. Gracias a los cambiantes movimientos de Pierre Beugner, Tatiana queda oculta, así no puede vernos ni oírnos.

—Fuiste a orillas del mar.

—Ayer fui a T. Beach.

—¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué? ¿Por qué fuiste allí?

—Creía que...

No termina. Insisto, con dulzura.

—Intenta decírmelo. Que...

—Lo habrías adivinado.

—No puede ser, tengo que verte, no puede ser.

Aquí está Tatiana. ¿Ha notado que he repetido algo de manera precipitada? Callamos. Después, estamos de nuevo únicamente bajo la mirada tibia, un poco, aunque sólo apenas, intrigada de Jean Bedford.

Lol está extraviada, entre mis brazos, de repente no me sigue, está torpe.

—Si quieres iremos juntos a T. Beach, pasado mañana.

—¿Cuánto tiempo?

—Un día, quizá.

Tenemos que encontrarnos en la estación, muy pronto. Me dice una hora determinada. Tengo que hablar con Pierre Beugner para ponerle al corriente de mi ausencia. ¿Debo hacerlo?

Invento.

Qué callados siguen, piensa Tatiana. Estoy acostumbrada, sé hundirle en mudos y tristes embotamientos, los abandona con pena, le gustan. No creo haberle visto observar nunca conmigo ese silencio que observa con Lol V. Stein, ni siquiera la primera vez que vino a buscarme, una tarde, en ausencia de Pierre, y me condujo, sin pronunciar palabra, al Hôtel des Bois. He aquí lo que desconozco: el hombre que se eclipsa, dice que ama, desea, quiere volver a ver, se eclipsa más a medida que lo dice. Debo de tener un poco de fiebre. Todo me abandona, mi vida, mi vida.

Lol baila de nuevo, sosegadamente, me sigue. Cuando Tatiana no lo ve, la aparto un poco para ver sus ojos. Los veo: una transparencia me contempla. Dejo de ver otra vez. La oprimo contra mí, no se resiste, nadie nos observa, creo. La transparencia me ha atravesado, aún la veo, empañada ahora, ha ido hacia algo más vago, interminable, irá hacia algo, interminable, que nunca conoceré.

—Lol Valérie Stein, ¿eh?

—¡Ah, sí!

Le he hecho daño. He sentido un «ah» cálido en mi cuello.

—Habrás que acabar de una vez. ¿Cuándo?

No contesta. Tatiana reemprende su vigilancia.

Invento: Tatiana habla a Pierre Beugner:

—Será necesario que hable de Lol con Jacques Hold.

¿Se equivoca Pierre Beugner acerca de la verdadera intención? Da a Tatiana un amor de vuelta de muchas pruebas, sentimiento que arrastra y que arrastrará hasta la muerte, están unidos, su casa es más sólida que cualquier otra, ha resistido todos los vientos. La primera y última obligación que resulta impensable que Tatiana eluda en su vida, algún día, es regresar siempre; Pierre Beugner es su regreso, su tregua, su única constancia.

Invento:

Esta noche, Pierre Beugner percibe, con el oído pegado a la pared, la leve fisura que Lol oye siempre en la voz de su mujer.

Soy yo quien paga su intimidad en ese momento de su existencia, sin que nunca

se comente entre ellos.

Pierre Beugner dice:

—Lol V. Stein aún está enferma, ¿has visto esa ausencia, en la mesa? ¡Qué impresionante! Y sin duda es eso lo que le interesa a Jacques Hold.

—¿Tú crees? ¿Y ella? ¿Se presta a ese interés?

Pierre Beugner la consuela.

—Pobre, ¿qué quieres que haga?

Pierre Beugner estrecha a su mujer entre sus brazos, quiere impedir que el sufrimiento, aún naciente, adquiera consistencia. Dice:

—No he notado nada entre ellos, debo reconocerlo, aparte de ese interés del que te hablaba.

Tatiana se impacienta un poco pero no lo demuestra.

—Si los observaras con atención.

—Lo haré.

Otro disco ha sustituido al primero. Las parejas no se han separado. Están al otro extremo del salón. De pronto, lo más sorprendente no es su torpeza, que ahora no es tan flagrante, sino la expresión de sus rostros mientras bailan, ni amable, ni cortés, ni molesta y que es —Tatiana tiene razón— la de la observación rigurosa de una reserva sofocante. Sobre todo cuando Jacques Hold habla a Lol y ésta le contesta sin que nada se modifique en dicha reserva, nada deje adivinar un poco la naturaleza de la pregunta planteada o de la respuesta que va a dársele.

Lol me contesta:

—Si se supiera cuándo.

He olvidado a Tatiana Karl, he cometido ese crimen. Estaba en el tren, la tenía a mi lado, durante horas, rodábamos ya hacia T. Beach.

—¿Por qué hacer ese viaje ahora?

—Es verano. Es el momento.

Dado que no le contesto, me explica.

—Además hay que darse prisa. Tatiana desconfía.

Se detiene. ¿Desearía Lol que entre Pierre Beugner y Tatiana sucediera lo que invento?

—¿Quieres?

—Sí. Pero tú también deberías quererlo. Ella no debe saber nada.

Casi mundana, podría tranquilizar a observadores menos exigentes que Tatiana y Pierre Beugner.

—Puedo equivocarme. Quizá todo sea perfecto.

—¿Por qué T. Beach otra vez?

—Por mí.

Pierre Beugner me sonrío con cordialidad. En el fondo de esa sonrisa hay ahora una certeza, una advertencia de que mañana, si Tatiana llora, seré despedido de su servicio en el hospital departamental. Invento que Pierre Beugner miente.

—Son invenciones tuyas —le dice a su mujer—. Lol V. Stein le es completamente indiferente. Apenas escucha lo que le dice.

Tatiana Karl se halla sitiada por la mentira, sufre un vértigo y afluye el pensamiento de la muerte, agua fresca, que se extiende sobre esta quemadura, que llega a recubrir esta vergüenza, que llega, entonces la verdad se hará. ¿Qué verdad? Tatiana suspira. El baile ha terminado.

He bailado con la mujer de U. Bridge, bien, y le he hablado, también he cometido ese crimen, con alivio, lo he cometido. Y Tatiana ha debido de estar segura de que se trataba de Lol V. Stein. Pero, ¿habría descubierto yo solo lo que me interesa de Lol V. Stein?, ¿no es ella quien me lo ha señalado?, ¿no es un asunto de ella? La única novedad para Tatiana traicionada, esta noche, desde hace años, es sufrir. Invento que esta novedad retuerce el corazón, abre compuertas de sudor en la densidad de la suntuosa melena, priva a la mirada de su soberbia desolación, la encoge, hace vacilar el pesimismo de ayer: ¿quién sabe?, quizás el estandarte blanco de los amantes del primer viaje pase muy cerca de mi casa.

Tatiana se abre paso entre el grupo, llega, me pide que baile con ella la pieza que se inicia.

Bailo con Tatiana Karl.

Lol está sentada cerca del fonógrafo. Parece ser la única en no haberlo notado. Los discos pasan por sus manos, parece desanimada. Lo que creo acerca de Lol V. Stein esta noche: las cosas se perfilan a su alrededor y, al percibir de repente las aristas vivas, los restos que se arrastran por doquier en el mundo, que dan vueltas, ese desperdicio medio roído por las ratas, ve el dolor de Tatiana, está confundida, por doquier el sentimiento, se resbala sobre esa grasa. Creía en la posible existencia de un tiempo que se llenara y se vaciara alternativamente, que se atestara y se desatestara, y que además esté siempre dispuesto a servir, aún lo cree, lo creará siempre, jamás curará.

Tatiana me habla de Lol, en voz baja, apresurada.

—Cuando Lol habla de la felicidad, ¿de qué habla?

No he mentido.

—No lo sé.

—Pero, ¿qué ocurre, qué te pasa?

Con indecencia, por primera vez a lo largo de sus relaciones con Jacques Hold, Tatiana alza la mirada hacia su amante en presencia de su marido, y tan cerca que él podría posar los labios en sus ojos. Digo:

—Te amo.

Una vez pronunciadas las palabras, la boca ha quedado entreabierta, para que fluyan hasta la última gota. Pero si dan la orden una vez más, habrá que volver a empezar. Tatiana ha visto que su mirada, bajo los párpados caídos, se desviaba de ella más que nunca, hacia donde no se halla ella, hacia las manos trémulas de Lol V. Stein posadas en los discos.

Ya se lo había dicho esta mañana, por teléfono.

Se estremece bajo el ultraje pero el golpe está dado, apaleada Tatiana. Tatiana Karl atrapa estas palabras cuando las encuentra, hoy se debate, pero las ha oído.

—Embustero, embustero.

Baja la cabeza.

—Ya no puedo soportar tu mirada, tu sucia mirada.

Y luego:

—Es porque crees que lo que hacemos juntos no importa, ¿verdad?

—No. Es cierto: te amo.

—Cállate.

Reúne fuerzas, intenta herir más a fondo.

—¿Has observado qué muerto está el aspecto, el cuerpo de Lol al lado del mío?, ¿que no expresa nada?

—Lo he observado.

—¿Has observado algo más que puedas decirme?

Lol sigue sola, allá, los discos pasan por sus manos.

—Resulta difícil. Lol V. Stein no es, por decirlo de algún modo, alguien consecuente.

Con voz aparentemente aliviada, con tono casi ligero, Tatiana Karl profiere una amenaza cuyo alcance ignora, que para mí encierra un espanto sin nombre.

—Tú mismo. Si cambias demasiado respecto a mí, dejaré de verte.

Después del baile me dirijo hacia Pierre Beugner para comunicarle mi intención de ausentarme, durante toda una jornada, dentro de dos días. No me pregunta nada.

Y luego regreso, una vez más, hacia Tatiana. Le he dicho:

—Mañana. A las seis. Estaré en el Hôtel des Bois.

Ella ha dicho:

—No.

Estoy en el lugar de la cita, a las seis, el día convenido. Tatiana, seguramente, no vendrá.

La forma gris está en el campo de centeno. Permanezco en la ventana durante bastante tiempo. No se mueve. Diríase que se ha dormido.

Me tiendo en la cama. Transcurre una hora. Enciendo la luz cuando es necesario.

Me levanto, me desnudo, vuelvo a tenderme. Ardo en deseos de Tatiana. Hasta llorar.

No sé qué hacer. Voy hacia la ventana, sí, duerme. Viene aquí para dormir. Duerme. Me alejo de la ventana, vuelvo a acostarme. Me acaricio. El habla a Lol V. Stein perdida para siempre, la consuela de una desdicha inexistente y que ella ignora. Así transcurre el tiempo. Llega el olvido. Llama a Tatiana, le pide ayuda.

Tatiana ha entrado, despeinada, con los ojos también enrojecidos. Lol está sumida

en su felicidad, nuestra tristeza me parece despreciable. El olor del campo llega hasta mí. Y he aquí el de Tatiana que lo supera.

Se sienta en el borde de la cama, y después, lentamente, se desnuda, se tiende a mi lado, llora. Le digo:

—Estoy desesperado.

Ni siquiera intento poseerla, sé que sería incapaz de hacerlo. Siento demasiado amor por esa forma que está en el campo, desde ahora, demasiado amor, se acabó:

—Has llegado demasiado tarde.

Hace desaparecer su rostro en las sábanas, habla desde muy lejos.

—¿Cuándo?

Ya no puedo mentir. Acaricio sus cabellos derramados por las sábanas.

—Este año, este verano, has llegado demasiado tarde.

—No podía llegar a la hora exacta. Te amo porque es demasiado tarde.

Se levanta, alza la cabeza.

—¿Es Lol?

—No sé.

Más lágrimas.

—¿Es nuestra pequeña Lol?

—Vuelve a tu casa.

—¿Esta chiflada?

Grita. Se lo impido con una mano.

—Dime que es Lol o grito.

—No. No es Lol.

Se levanta, circula desnuda por la habitación, se dirige hacia la ventana, vuelve, regresa a la ventana, tampoco sabe dónde meterse, tiene algo que decir, duda, que no llega a salir y que sale muy quedo. Me informa.

—Vamos a dejar de vernos.

Se acabó.

—Lo sé.

Tatiana tiene vergüenza de lo que seguirá durante los próximos días, esconde el rostro entre las manos.

—Nuestra pequeña Lol, es ella, lo sé.

De nuevo la invade la cólera con su tierno sueño.

—¿Cómo es posible? ¡Una chiflada!

—No es Lol.

Aun más calmada, tiembla de pies a cabeza. Se acerca. Su mirada parte mi mirada.

—Lo sabré, ya lo sabes.

Se aleja, está frente al campo de centeno, ya no veo su rostro, está vuelto hacia el campo, después vuelvo a verlo, no ha cambiado. Mira el sol poniente, el campo de centeno encendido.

—Sabré hacerlo, prevenirla con dulzura, sabré, sin hacerle daño, decirle que te deje tranquilo. Está loca, no sufrirá, los locos son así, ¿sabes?

—El viernes a las diez, vendrás otra vez, Tatiana.

Llora. Las lágrimas aún se derraman, de lejos, de detrás de las lágrimas, esperadas como todas las lágrimas, llegadas por fin, y, creo recordarlo, Tatiana parecía no sentirse descontenta, encontrarse rejuvenecida.

Como la primera vez, Lol ya está aquí, en el andén de la estación, casi sola, los trenes de los trabajadores pasan más temprano, el viento fresco corre bajo su abrigo gris, su sombra se alarga sobre las piedras del andén hacia las de la mañana, se une a una luz verde que divaga y se aferra por doquier en miríadas de diminutos destellos cegadores, se aferra a sus ojos que ríen, de lejos, y van a mi encuentro, su mineral de carne brilla, brilla, al descubierto.

No se apresura, el tren no parte hasta dentro de cinco minutos, va un poco despeinada, sin sombrero, para llegar aquí ha atravesado jardines, y jardines donde nada detiene el viento.

De cerca reconozco, en el mineral, la alegría de todo el ser de Lol V. Stein. Se baña en la alegría. Sus señales aparecen iluminadas hasta el límite de lo posible, surgen a oleadas de toda ella. Estrictamente, sólo existe la causa de esta alegría, que no puede verse.

En cuanto la he visto con su abrigo gris, con su uniforme de S. Tahla, ha sido la mujer del campo de centeno situado detrás del Hôtel des Bois. La que no está. Y la que está en ese campo y a mi lado, a ambas las he tenido encerradas en mí.

He olvidado el resto.

Y durante el viaje, durante toda la jornada, esta situación ha permanecido inmutable, ha estado a mi lado, separada de mí, abismo y hermana. Puesto que sé — ¿he sabido alguna vez algo hasta este extremo?— que me resulta incognoscible, no se puede estar más cerca de un ser humano de lo que yo lo estoy de ella, más cerca de ella que ella misma, tan constantemente huida de su vida. Si otras, que también lo sabrán, vienen detrás de mí, acepto su llegada.

Vagamos por el andén de la estación, sin decir nada. En cuanto nuestras miradas se encuentran, reímos.

Este tren, entre el de los obreros y el de los viajeros, va casi vacío, sólo nos conviene a nosotros. Lo ha elegido adrede, dice, porque es muy lento. Llegaremos a T. Beach alrededor del mediodía.

—Deseaba visitar T. Beach contigo.

—Ya lo visitaste anteayer.

¿Consideraba carente de importancia el hecho de decirlo o no?

—No, nunca he regresado del todo. Anteayer no salí de la estación. Estuve en la sala de espera. Dormí. Sin ti, comprendí que no valía la pena. No hubiera reconocido

nada. Tomé el primer tren de regreso.

Basculó toda contra mí, blandamente, púdicamente. Reclamaba ser besada 'sin pedirlo.

—En mis recuerdos de T. Beach ya no puedo prescindir de ti.

La cogí por la cintura y la acaricié. El compartimento está vacío como una cama hecha. Unas niñas, tres, cruzan por mi pensamiento. No las conozco. La mayor es Lol, dice Tatiana.

—Tatiana —dice, en voz muy baja.

—Tatiana estuvo allí ayer. Tenías razón. ¡Admirable Tatiana!

Tatiana está ahí, como otra, Tatiana por ejemplo, la de ayer y la de mañana, sea la que sea. Me hundo en su cuerpo cálido y vacío, hora vacía para Lol, hora resplandeciente de su olvido, me incorporo, chupo la sangre de Tatiana. Tatiana está ahí, para que olvide en ella a Lol V. Stein. Debajo de mí, poco a poco, queda exangüe.

El centeno susurra en el viento del atardecer alrededor del cuerpo de esta mujer que contempla un hotel en el que estoy con otra, con Tatiana.

Lol, a mi lado, se acerca, se acerca a Tatiana. ¡Le gustaría! El compartimento sigue vacío en las paradas. Todavía seguimos solos.

—Quieres que te lleve al hotel ahora mismo.

—No lo creo. He tenido ganas. Más.

No sigue. Coge mis manos, que yo había retirado, y las vuelve a posar en ella. Digo, suplico:

—No puedo más, he de verte cada día.

—Yo tampoco puedo más. Hay que tener cuidado. Hace dos días regresé tarde, encontré a Jean en la calle, esperándome.

Dudo: ¿me vio en la ventana del hotel, la penúltima vez, esta última vez? ¿Vio que yo la veía? Habla de tal incidente con naturalidad. No pregunto de dónde regresaba. Dice:

—A veces salgo tarde, como ese día.

—¿Lo has vuelto a hacer? ¿Lo has repetido?

—Sí, pero él no me esperaba. Eso es lo grave. En cuanto a volver a vernos, cada día es imposible pues está Tatiana.

Se acurruca de nuevo, cierra los ojos, calla, con delicadeza. Su contento respira profundamente a mi lado. Ninguna señal de su diferencia bajo mi mano, bajo mi mirada. Y sin embargo, y sin embargo. ¿Quién está aquí, en este instante, tan cerca y tan lejos, qué ideas vagabundas vienen y vuelven a visitarla, de noche, de día, a todas horas?, ¿en este mismo momento? ¿En este instante en que podría creerla en este tren, a mi lado, como estarían otras mujeres? A nuestro alrededor, muros: intento trepar, me aferro, caigo, reincido, quizá, quizá, pero mi razón sigue igual, impávida, y caigo.

—Me gustaría hablarte un poco de la felicidad que siento al amarte —dice—.

Necesito decírtelo desde hace días.

El sol de la ventana le da de lleno. Sus dedos se mueven puntuando la frase y caen de nuevo sobre su falda blanca. No veo su rostro.

—No te amo, sin embargo te amo, ¿me comprendes?

Pregunto:

—¿Por qué no te matas? ¿Por qué no te has matado ya?

—No, te equivocas, no se trata de eso.

Lo dice sin tristeza. Si me equivoco lo hago menos gravemente que los demás. Sólo puedo equivocarme respecto a ella profundamente. Lo sabe. Dice:

—Es la primera vez que te equivocas.

—¿Te gusta?

—Sí. Sobre todo así. Estás tan cerca de...

Cuenta esa felicidad de amar, materialmente. En su vida cotidiana, con otro hombre, esa felicidad existe sin drama.

Dentro de unas horas o dentro de unos días, ¿cuándo llegará el final? La acogerán de prisa. La consolarán. La rodearán de afecto en su casa de S. Tahla.

—Te escondo cosas, es verdad. Por la noche sueño que te las digo. Pero con el día todo queda en calma. Comprendo.

—No es necesario que me lo cuentes todo.

—No, no es necesario, ¿ves?, no miento.

Desde hace tres noches, desde su viaje a T. Beach, temo que haga otro viaje. El miedo no se disipa con la mañana. No le he dicho que la he seguido durante sus paseos, que cada día paso por delante de su casa.

—A veces, durante el día, logro imaginarme sin ti, aunque te conozco, pero ya no estás ahí, también tú has desaparecido; no hago tonterías, paseo, duermo muy bien. Me siento perfectamente sin ti desde que te he conocido. Quizá sea en esos momentos, cuando llego a creer que has desaparecido que...

Espero. Cuando piensa, logra continuar. Piensa. Sus párpados cerrados laten imperceptiblemente con su corazón, está tranquila, hoy le gusta hablar de esto.

—Que soy la mejor, la que debo.

—¿Cuándo volverá a empezar el sufrimiento?

Se sorprende.

—No.

—¿Nunca sufres?

El tono cambia, oculta algo.

—Ya ves, es curioso, ¿verdad? No lo sé.

—¿Nunca, nunca?

Medita.

—Cuando el trabajo doméstico está mal hecho —se lamenta—, no me preguntes.

—Se acabó.

Está de nuevo tranquila, grave, piensa, al cabo de un largo minuto, he aquí que

exclama este pensamiento:

—¡Ah!, me gustaría poder darte mi ingratitud, qué fea soy, de lo cual se deduce que no se me puede amar, quisiera darte eso.

—Me lo has dado.

Levanta un poco la cara, primero sorprendida, después, de repente, envejecida, deformada por una emoción muy intensa que le quita su gracia, su finura, la torna carnal. Imagino su desnudez junto a la mía, completa, curiosamente, por primera vez, el tiempo extraordinariamente rápido de saber que si llega el momento no podré soportarlo. Cuerpo de Lol V. Stein, tan lejano y sin embargo indisolublemente casado consigo mismo, solitario.

Sigue hablando de su felicidad.

—El mar estaba en el espejo de la sala de espera. La playa estaba desierta a aquella hora. Había cogido un tren muy lento. Todos los bañistas habían regresado. El mar estaba como cuando yo era joven. Tú no estabas en la ciudad, ni siquiera antes. Si creyera en ti como los demás creen en Dios Podría preguntarme por qué tú, ¿a qué viene eso? Sin embargo, la playa estaba desierta como si no hubiera sido terminada por Dios.

A mi vez, le cuento lo que sucedió la antevíspera en mi habitación: había inspeccionado bien mi habitación y cambiado varios objetos de sitio, como a escondidas, y de acuerdo con la visión que ella hubiera tenido de la estancia, si hubiera venido, y también de acuerdo con su lugar entre ellos, ella moviéndose, entre ellos inmóviles. Los imaginé tantas veces cambiados de sitio que un sufrimiento se apoderó de mí, una especie de desdicha anidó en mis manos, al no poder decidir el lugar exacto de esos objetos en relación con su vida. Desistí, ya no podía intentar situarla viva en la muerte de las cosas.

Mientras hablo no la suelto. Hay que cogerla siempre, no soltarla. Se queda así. Habla.

Comprendo lo que quiere decirme: lo que digo respecto a los objetos de mi habitación, se ha producido con su cuerpo, le da qué pensar. Lo ha paseado por la ciudad. Pero no basta. Aún se pregunta dónde debería estar ese cuerpo, dónde colocarlo exactamente, para que deje de lamentarse.

—Estoy menos lejos que antes de saber. Durante mucho tiempo he estado poniéndolo fuera de donde debiera haber estado. Ahora creo que me acerco al lugar donde será feliz.

Sólo por su rostro, sólo por él, cuando lo toco con mi mano abierta de modo cada vez más presuroso y brutal, experimenta el placer del amor. No me he equivocado. La contemplaba de muy cerca. Todo el calor de su respiración me quemaba la boca. Sus ojos están muertos y cuando los vuelve a abrir recibo su primera mirada, desmayada. Gime débilmente. La mirada ha surgido de su abismo y se ha posado en mí, triste y nula. Dice:

—Tatiana.

La tranquilizó.

—Mañana. A partir de mañana.

La cojo entre mis brazos. Contemplamos el paisaje. Una estación. El tren se detiene. Una ciudad pequeña se agrupa alrededor de un ayuntamiento recién repintado de amarillo. Empieza a recordar materialmente los lugares.

—Es la penúltima estación antes de T. Beach —dice.

Habla. Se habla. Escucho atentamente un monólogo un tanto incoherente, sin importancia respecto a mí. Escucho cómo se pone en marcha su memoria, cómo aprehende formas huecas que yuxtapone unas a otras como siguiendo un juego cuyas reglas se han perdido.

—Había trigo, trigo maduro —y añade—. ¡Qué paciencia!

Fue en ese tren en el que partió para siempre, en un compartimento como éste, rodeada de la familia que secaba el sudor que corría por su frente, que la hacía beber, que la hacía tenderse en el asiento, una madre la llama su pajarito, su bonita.

—El tren pasaba más lejos de ese bosque. No había ninguna sombra en el campo y sin embargo hacía mucho sol. Me duelen los ojos.

—¿Hacía sol anteayer?

No se dio cuenta. ¿Qué vio anteayer? No se lo pregunto. En este instante se halla sumida en un proceso mecánico de reconocimientos sucesivos de lugares, cosas, están ahí, no puede equivocarse, nos encontramos en el tren que se dirige a T. Beach. En un acaloramiento que, diríase, le es momentáneamente necesario, reúne un bosque, el trigo, la paciencia.

Está muy ocupada con lo que intenta volver a ver. Es la primera vez que se ausenta tanto de mí. Sin embargo, de vez en cuando, vuelve la cabeza y me sonrío como alguien que, no sería necesario creérmelo, no olvida.

La proximidad disminuye, el apremio, por fin habla casi todo el rato. No lo oigo todo. Sigo teniéndola entre mis brazos. A alguien que vomita se le abraza tiernamente. Empiezo a contemplar, también yo, esos lugares indestructibles que en este momento se convierten en los de mi advenimiento. Ha llegado el momento de mi acceso a la memoria de Lol V. Stein.

El baile aparecerá al final del viaje, se derrumbará cual castillo de arena como en ese instante el viaje mismo. Por última vez en su vida se encuentra con su memoria, la entierra. Lo que recordará en el futuro será la imagen de hoy, de esa compañía al lado. Será lo que actualmente es S. Tahla, arruinada bajo sus pasos del presente. Digo:

—Te quiero tanto. ¿Qué haremos?

Dice que sabe. No sabe.

El tren avanza más despacio por un campo soleado. El horizonte se ilumina cada vez más. Llegamos a una región donde la luz bañará todo, a una hora propicia, la que vacía las playas, será alrededor de mediodía.

—Cuando miras a Tatiana sin verla, como la otra noche, tengo la impresión de

reconocer a alguien a quien he olvidado, la propia Tatiana durante el baile. Entonces, siento cierto miedo. Quizá sea necesario que no os vea juntos excepto...

Ha hablado deprisa. Quizá la frase haya quedado inacabada, en esta ocasión, debido al frenazo de llegada: llegamos a T. Beach. Se levanta, se acerca a la ventana, me levanto también y juntos vemos acercarse la estación balnearia.

Resplandece en la luz vertical.

Aquí está el mar, en calma, irisado de modo distinto según el fondo, de un azul cansado.

El tren desciende hacia el mar. En lo alto del cielo, más arriba, hay, suspendida, una bruma violenta que el sol rasga en este momento.

Vemos que hay muy poca gente en la playa. La curva majestuosa de un golfo está coloreada por un amplio círculo de casetas de baño. Altas farolas blancas regularmente espaciadas prestan al lugar el aspecto altivo de un gran bulevar, una altitud extraña, urbana, como si el mar hubiera alcanzado la ciudad, desde la infancia.

En el centro de T. Beach, de una blancura lechosa, inmenso pájaro posado, sus dos alas regulares rodeadas de balaustradas, su terraza suspendida, sus cúpulas verdes, sus persianas verdes echadas al verano, sus baladres, sus flores, sus querubines, sus guirnaldas, sus oros, su blancura siempre lechosa, de nieve, de azúcar, el Casino municipal.

Con el rechinamiento agudo y prolongado de frenos avanza lentamente. Se detiene, visible por entero.

Lol ríe, bromea.

—El Casino de T. Beach. ¡Lo conozco!

Sale del compartimento, se detiene en el pasillo, reflexiona.

—No nos quedaremos en la sala de espera.

Río.

—No.

Por el andén y por la calle, camina de mi brazo, mi mujer. Salimos de nuestra noche de amor, el compartimento del tren. Debido a lo que ha sucedido entre nosotros en el tren, nos tocamos con más facilidad, con más familiaridad. Ahora conozco el poder, la sensibilidad de este rostro tan dulce —también lo es su cuerpo, sus ojos, sus ojos que ven también lo son— sumergido en la dulzura de una infancia interminable que sobrenada a flor de piel. Le digo:

—Después del viaje en tren te conozco mejor.

Comprende perfectamente lo que quiero decir, aminora el paso. Supera una tentación de volverse atrás.

—Formas parte de este viaje que me han impedido hacer durante diez años. ¡Qué tontería!

A la salida de la estación mira hacia un lado de la calle, luego hacia el otro, duda en tomar tal o cual dirección. La llevo hacia el Casino del que la ciudad, ahora, oculta el cuerpo principal.

Sólo experimenta un reconocimiento formal, siempre muy puro, muy tranquilo, un poco divertido quizá. Su mano en la mía. El recuerdo propiamente dicho es anterior a ese mismo recuerdo. Antes de ser loca había sido razonable en T. Beach. ¿Qué digo?

Digo:

—Esta ciudad no nos servirá de nada.

—¿Qué recordaré?

—Llegas aquí como a S. Tahla.

—Aquí como a S. Tahla —repite Lol.

La calle es ancha y desciende con nosotros hacia el mar. La remontan jóvenes en bañador, con ropas de colores vivos. Tienen el mismo color de piel, los cabellos pegados por el agua del mar, parecen componer una sola familia de miembros muy numerosos. Se separan, adiós, se citan para luego, todos en la playa. La mayoría entra en pequeños chalets de una planta, amueblados, dejan la calle aun más desierta a medida que se avanza. Voces de mujeres gritan nombres. Niños responden que ya van. Lol observa su infancia con curiosidad.

Sin darnos cuenta llegamos delante del Casino. A nuestra izquierda, a cien metros, ahí estaba, en mitad de un césped que no podíamos ver desde la estación.

—¿Y si entráramos? —dice Lol.

Lo atraviesa un largo pasillo que, por un lado, se abre sobre el mar, y, por el otro, sobre la plaza más céntrica de T. Beach.

En el casino municipal de T. Beach no hay nadie excepto una dama en el guardarropa, en la entrada, y un hombre vestido de negro que ronda con las manos detrás de la espalda, bostezando.

Grandes cortinas rameadas, oscuras, cierran todas las salidas, se mueven constantemente al viento que barre el pasillo.

Cuando el viento sopla más fuerte se divisan salas desiertas con ventanas cerradas, una sala de Juego, dos salas de juego, mesas cubiertas con grandes láminas de chapa verde cerradas con candados.

Lol asoma la cabeza por todos lados y ríe, como encantada con ese juego de volver a ver. Esta risa se me contagia. Ríe porque busca algo que creía poder encontrar aquí, que debería, pues, encontrar y que no encuentra. Va, viene, levanta una cortina, asoma la nariz, dice que no es eso, que digan lo que digan, no es eso. Me toma por testigo de su fracaso a cada caída de cortina, me mira y ríe. En la sombra de un pasillo sus ojos brillan, vivos, claros.

Lo examina todo. Tanto los carteles que anuncian las galas, las competiciones, como los escaparates de joyas, de trajes, de perfumes. Otro en mi lugar se hubiera podido equivocar respecto a ella en este momento. Me siento espectador de una felicidad imprevista, irresistible.

El hombre que hace la ronda se nos acerca, se inclina ante Lol, le pregunta si necesita sus servicios, si puede ayudarla. Lol, turbada, se vuelve hacia mí.

—Buscamos el salón de baile.

El hombre es amable, dice que a esas horas, por supuesto, el Casino está cerrado. Esta noche a las diez y media. Le explico, digo que un vistazo nos bastaría porque veníamos aquí cuando éramos jóvenes, sólo echar un vistazo, para volver a verlo, eso es lo que quisiéramos.

El hombre sonrío, comprende, y dice que le sigamos.

—Está todo cerrado. Lo verán mal.

Gira por el pasillo perpendicularmente al anterior: eso es lo que había que hacer. Lol ha dejado de reír, aminora el paso, nos sigue a remolque. Llegamos. El hombre levanta una cortina, no se ve nada todavía, y pregunta si, por cierto, nos acordamos del nombre del salón, porque en el Casino hay dos salas de baile.

—La Potiniere —dice Lol.

—En tal caso, aquí es.

Entramos. El hombre suelta la cortina. Nos encontramos en una sala bastante grande. Las mesas rodean, concéntricamente, una pista de baile. A un lado hay un escenario cerrado por dos cortinas rojas; al otro, un pasillo bordeado de plantas verdes. Una mesa cubierta con un mantel blanco está ahí, estrecha y larga.

Lol miraba. Detrás de ella, intentaba acoplar de tan cerca mi mirada a la suya que empecé a recordar, segundo a segundo, su recuerdo. Recordé sucesos simultáneos a los que la vieron, semejanzas perfiladas desvanecidas tan pronto como las entreveía en la noche oscura de la sala. Oí los foxtrots de una juventud sin historia. Una rubia reía a mandíbula batiente. Una pareja de amantes llegó a su lado, bálido lento, mordaza primaria del amor, aún ignoraba lo que eso significaba. Una crepitación de accidentes secundarios, de gritos de madre, se producen. La vasta y sombría pradera de la aurora llega. Una calma monumental lo cubre todo, lo engulle todo. Un rastro subsiste, uno. Solo, imborrable, al principio no se sabe dónde. Pero, ¿cuál? ¿No se sabe? Ningún rastro, ninguno, todo ha sido enterrado, Lol con todo.

El hombre camina, va y viene detrás de la cortina del pasillo, tose, espera sin impaciencia. Me acerco a Lol. No me ve ir hacia ella. Mira a intervalos, no ve bien, cierra los ojos para ver mejor, vuelve a abrirlos. Su expresión es concienzuda, terca. Puede ver otra vez indefinidamente así, volver a ver tontamente lo que no se puede volver a ver.

Hemos oído el disparador de un conmutador y la sala se ilumina con diez arañas juntas. Lol lanza un grito. Digo al hombre:

—Gracias. No vale la pena.

El hombre apaga. La sala queda, por contraste, mucho más oscura. Lol sale. El hombre aguarda, sonriente, detrás de la cortina.

—¿Hace mucho tiempo? —pregunta.

—Diez años —dice Lol.

—Estaba aquí.

Cambia de expresión, reconoce a la señorita Lola Stein. La infatigable bailarina,

diecisiete años, dieciocho años, de la Potiniere. Dice:

—Perdón.

También él debe de saber el resto de la historia, me doy perfecta cuenta. Lol no advierte en absoluto tal reconocimiento.

Salimos por la puerta que da a la playa.

Hemos ido hacia allí sin decidirlo. Al llegar a la luz, Lol se ha desperezado, ha bostezado prolongadamente. Ha sonreído, ha dicho:

—Me he levantado tan temprano que tengo sueño.

El sol, la mar, baja, baja, deja tras de sí las ciénagas azules del cielo.

Se tiende sobre la arena, contempla las ciénagas.

—Vayamos a comer, tengo hambre. Se duerme.

Su mano se duerme con ella, posada sobre la arena. Juego con su anillo. Debajo, la carne es más clara, fina, como la de una cicatriz. No sabe nada. Le quito el anillo, lo huelo, no exhala ningún olor, vuelvo a ponérselo. Ella no sabe nada.

No intento luchar contra la mortal insipidez de la memoria de Lol V. Stein. Duermo.

Sigue durmiendo, en la misma posición. Hace una hora que duerme. La luz declina un poco. Sus pestañas proyectan una sombra. Sopla poco viento. Su mano sigue en el mismo sitio donde se ha dormido, un poco más hundida en la arena, sus uñas no se ven.

Se despierta muy deprisa, después de haberlo hecho yo. Por este lado hay muy poca gente, la playa está cenagosa, se bañan más lejos, a kilómetros, la mar está muy baja, quieta por el momento, gaviotas idiotas chillan. Nos estudiamos. Nuestro encuentro es reciente. Primero estamos sorprendidos. Después recuperamos nuestra memoria pendiente, maravillosa, recién fresca de la mañana, nos abrazamos, la oprimo, nos quedamos así, sin hablarnos, sin que se pueda pronunciar ninguna palabra hasta el momento en que, por la playa, donde están los bañistas, Lol con el rostro en mi cuello no lo ve, se produce un movimiento de gente, una aglomeración alrededor de algo, quizás un perro muerto.

Se levanta, me conduce hacia un pequeño restaurante que conoce. Se muere de hambre.

Aquí estamos, pues, en T. Beach. Lol V. Stein y yo. Comemos. Se hubieran podido producir otros procesos, otras revoluciones entre otras personas en nuestro lugar, con otros nombres, hubieran podido tener lugar otras duraciones, más largas o más cortas, otras historias de olvido, de caída vertical en el olvido, de acceso fulminante a otras memorias, otras noches largas, de amor sin fin, ¿qué sé yo? No me interesa, Lol tiene razón.

Lol come, se alimenta.

Niego el final que probablemente vendrá a separarnos, su facilidad, su simplicidad desoladora, pues desde el momento en que lo niego, acepto el otro, el que está por inventar, el que ignoro, que nadie ha inventado aún: el final sin final, el nacimiento sin fin de Lol V. Stein.

Al verla comer, olvido.

No podemos evitar pasar la noche en T. Beach. Tal evidencia se nos impone mientras comemos. Se cimenta en nosotros, olvidamos que hubiera podido ser de otro modo. Lol dice:

—Si quieres, esta noche nos quedamos.

No podemos regresar, es cierto.

Digo:

—Nos quedaremos. No podemos hacer otra cosa.

—Telefonaré a mi marido. Sin embargo, no basta que esté en T. Beach para que él...

Añade:

—Después seré muy razonable. Como ya le dije que nuestra historia ha tocado a su fin, ¿acaso no puedo cambiar? Puedo, ya ves.

Se aferra a esa certeza.

—Mira mi cara, debe de notarse, dime que no podemos regresar.

—Es evidente, no podemos.

Sus ojos se llenan de lágrimas a oleadas sucesivas, sin tregua, ríe a través de esas lágrimas, no conozco esa risa.

—Quiero estar contigo, ¡cómo lo deseo!

Me pide que vaya a alquilar una habitación. Me esperará en la playa.

Voy a un hotel. Alquilo la habitación, pregunto, me contestan, pago. Estoy con ella, esperando: por fin sube la mar, cubre las ciénagas azules unas tras otras, progresivamente y con una igual lentitud pierden su individualidad y se confunden con el mar, éstas ya lo están, pero otras esperan su turno. La muerte de las ciénagas colma a Lol de una tristeza abominable, espera, la prevee, la ve. La reconoce.

Lol sueña con otro tiempo en el que lo que se producirá se produciría de otra manera. De otro modo. Mil veces. Por doquier. En otra parte. Entre otros, miles que, lo mismo que nosotros, sueñan con ese tiempo, obligatoriamente. Ese sueño me contamina.

Estoy obligado a desnudarla. No lo hará por sí misma. Hela aquí, desnuda. ¿Quién está en la cama? ¿Quién, cree ella?

Está tendida y no se mueve. Está inquieta. Está inmóvil, permanece donde la he colocado. Me sigue con la mirada como a un desconocido a través de la habitación mientras yo me desnudo a mi vez. ¿Quién es? La crisis está ahí. La ha desencadenado

nuestra situación en este momento, en esta habitación en la que nos hallamos solos, ella y yo.

—La policía está abajo.

No la contradigo.

—Golpean a la gente en la escalera.

No la contradigo.

No me reconoce en absoluto.

—No sé, ¿quién es?

Después no acierta a identificarme.

—Nos vamos.

Digo que la policía nos detendría.

Metiendo a su lado, al lado de su cuerpo cerrado. Reconozco su olor. La acaricié sin mirarla.

—¡Oh, me haces daño!

Sigo. Al tocarla reconozco las ondulaciones de un cuerpo de mujer. Dibujo flores encima. Ya no se queja. Ya no se mueve, sin duda recuerda que se halla aquí con el amante de Tatiana Karl.

Pero he aquí que al fin duda de tal identidad, la única que reconoce, la única que ha reclamado al menos durante el tiempo que la conozco. Dice:

—¿Quién es?

Gime, me pide que se lo diga. Digo:

—Tatiana Karl, por ejemplo.

Agotado, al borde de todas mis fuerzas, le pido que me ayude:

Me ayuda. Sabía. ¿Quién, antes de mí? Nunca lo sabré. Me da igual.

Después, en plena crisis, ha insultado, ha suplicado, implorado que la tome y que la deje a la vez, acosada, intentando huir de la habitación, de la cama, regresando al lecho para hacerse capturar, hábil, y no hay diferencia entre ella y Tatiana Karl salvo en su mirada exenta de remordimientos y en la propia designación —Tatiana no se nombra— y en los dos nombres que se otorgaba: Tatiana Karl y Lol V. Stein.

Es ella quien me ha despertado.

—Tendríamos que regresar.

Iba vestida, con su abrigo puesto, en pie. Seguía pareciéndose a la que había sido durante la noche. Razonable a su manera puesto que aún desearía quedarse, puesto que desearía que todo volviera a empezar y pensaba que no debía. Tenía la mirada baja, su voz, que no alzaba en absoluto, se había hecho más lenta.

Mientras me visto se dirige a la ventana, también yo evito acercarme a ella. Me recuerda que debo reunirme con Tatiana en el Hôtel des Bois a las seis. Ha olvidado

muchas cosas, pero no esa cita.

En la calle nos miramos. La he llamado por su nombre, Lol. Ríe.

No estamos solos en el compartimento, hay que hablar en voz baja.

Me habla de Michael Richardson, a petición mía. Dice cuánto le gustaba el tenis, que escribía poemas que ella consideraba hermosos. Insisto en que siga hablando. ¿Puede decirme más? Puede. Sufro por todas partes. Habla. Aún insisto. Me prodiga dolor con generosidad. Relata noches en la playa. Quiero saber aún más. Me cuenta más. Sonreímos. Ha hablado como la primera vez, en casa de Tatiana Karl.

El dolor desaparece. Se lo digo. Calla.

Se acabó, de verdad. Puede contármelo todo acerca de Michael Richardson, todo lo que ella quiera.

Le pregunto si cree a Tatiana capaz de prevenir a Jean Bedford de que algo sucede entre nosotros. No entiende la pregunta. Pero sonrío al nombre de Tatiana, al recuerdo de esa cabecita morena tan lejos de sospechar el destino.

No habla de Tatiana Karl.

Esperamos a que los últimos viajeros salgan del tren para salir nosotros.

Sin embargo, he acusado el alejamiento de Lol como una gran dificultad. Pero, ¿qué? Un segundo. Le he pedido que no regresara enseguida, que era pronto, que Tatiana podía esperar. ¿Consideraba la cuestión? No lo creo. Ha dicho:

—¿Por qué esta tarde?

La tarde caía cuando llegué al Hôtel des Bois.

Lol se nos había adelantado. Dormía en el campo de centeno, cansada, cansada por nuestro viaje.